

CULTURA, LENGUAJE Y REPRESENTACIÓN

Revista de Estudios Culturales
de la Universitat Jaume I
Volumen 2 - Mayo 2005

CULTURE, LANGUAGE AND REPRESENTATION

Cultural Studies Journal of
Universitat Jaume I
Volume 2 - May 2005

Violencia Violence y and cultura culture



© Del text: els autors, 2005

© De la present edició: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2005

Edita: Publicacions de la Universitat Jaume I. Servei de Comunicació i Publicacions

Campus del Riu Sec. Edifici Rectorat i Serveis Centrals. 12071 Castelló de la Plana

Tel. 964 72 88 19. Fax 964 72 88 32

<http://www.uji.es>

e-mail: publicacions@uji.es

ISSN: 1697-7750

Dipòsit legal: CS-34-2004

Imprimeix: **CMYKPRINT-ALMASSORA**



Cap part d'aquesta publicació, incloent-hi el disseny de la coberta, no pot ser reproduïda, emmagatzemada, ni transmesa de cap manera, ni per cap mitjà (elèctric, químic, mecànic, òptic, de gravació o bé de fotocòpia) sense autorització prèvia de la marca editorial.

Índice / Contents

5 **Presentación / Editorial**

Artículos / Articles

- 7 The Mark of Kane
EDWARD BOND
- 19 «Not Forgotten or Passed Over at the Proper Time»: The Representation of Violent Events in Contemporary Culture
SHANE ALCOBIA-MURPHY
- 41 Sobre la desconcertante maleabilidad de la memoria. Interpretaciones derechistas de la «Patagonia trágica» en Argentina, 1920-1974
ERNESTO BOHOSLAVSKY
- 59 The Representation of the Violation of Afghan Women's Social and Political Rights in Canadian Newspapers
ALIAA IBRAHIM DAKROURY
- 75 «Los discapacitados sociales». La política de Educación Especial durante la última Dictadura argentina
MARÍA FERNANDA SANTARRONE, CAROLINA KAUFMANN
- 89 Exploring the Logic of Madness: The Utopian Unity of Violence and Dialogue in Robert Walser's *Der Räuber*
MELISSA DE BRUYKER
- 107 La RAE y la violencia de género: reflexiones en torno al debate lingüístico sobre el título de una ley
MÓNICA VELANDO CASANOVA

Reseñas / Book Reviews

- 125 MARÍA JOSÉ GÁMEZ FUENTES, Cinematergrafía. La madre en el cine y la literatura de la democracia (María Moliner Marín)

Presentación

Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y sus consecuencias inmediatas, el fenómeno de la violencia ha pasado a formar parte del proceso de globalización económica, política y cultural, a pesar de tratarse de un elemento omnipresente en cualquier sociedad y cultura a lo largo de la historia. Por este motivo, se hace imprescindible su reevaluación y análisis en los niveles simbólico y material, para adecuar su definición, sus implicaciones y ramificaciones, al contexto socio-cultural contemporáneo.

El volumen se inicia con un ensayo del dramaturgo británico Edward Bond sobre el estado actual de la sociedad y el papel del hecho dramático en la superación del mismo. Este trabajo original y controvertido sienta las bases filosóficas para el resto de contribuciones en el volumen, que de algún modo desarrollan las cuestiones propuestas por Bond.

Los artículos que lo siguen examinan el fenómeno de la violencia desde diversas perspectivas (histórica, lingüística, ideológica, educacional, representacional, en los medios de comunicación, la literatura y el arte), con el denominador común de centrarse en sus implicaciones ideológicas y las dificultades derivadas de su representación. Así pues, no se puede concebir ni analizar este fenómeno como una manifestación aislada, desligada del conjunto de los componentes social, cultural, institucional o ideológico que la configuran, si se pretende abordar de manera exhaustiva y sistemática la naturaleza compleja de la violencia y sus diversas representaciones. El resultado final constituye una reflexión sobre la violencia que problematiza su esencia intrínseca, sus orígenes y sus consecuencias.

Editorial

Following the terrorist attacks of 11 September 2001 and their immediate consequences, the phenomenon of violence has entered the international dynamics of economic, political and cultural globalization, making its re-evaluation imperative, both at the symbolic and material levels, in order to adjust its definition and implications to the resulting social and cultural contexts.

The volume opens with a lucid and polemical meditation by British playwright, Edward Bond, on the present state of society and the role of drama in transcending it, laying the foundations for the rest of the articles in the volume, which dwell in one way or another on some aspect touched upon by the playwright in his contribution.

The remaining papers approach the issue of violence from a wide range of perspectives (historical, ideological, educational, linguistic, representational, in the media, in literature and art), with a shared emphasis on the ideological implications of violence, as well as the difficulties resulting from any attempt to represent it. What emerges is an overall picture that problematizes violence, its sources and its related consequences. Thus, to conceive of and analyse violence as an isolated phenomenon, disregarding the social, cultural, institutional or ideological components revolving around it, is bound to fail in addressing the complex nature of violence and its representations.

The Mark of Kane

EDWARD BOND¹

RESUMEN. El ensayo del dramaturgo británico constituye una introducción indispensable para el resto de artículos de este volumen, ya que, en todos ellos, se explora alguna de las cuestiones enunciadas por el autor con respecto a los mecanismos de composición y funcionamiento cultural y social actuales. En su reflexión sobre la malograda dramaturga, Sarah Kane, Bond repasa el conjunto de las circunstancias del hecho dramático, lo humano y la imaginación, para dibujar un certero y a la vez controvertido panorama de la sociedad actual, desde la posición del compromiso socio-político. Se abordan, entre otras cuestiones: la naturaleza del ser; los conceptos de lo trágico y lo cómico; el concepto de la inocencia radical; la composición de la sociedad como inherentemente injusta; el imperativo humano de búsqueda de la justicia y su choque histórico y actual con la sociedad. Se examinan tales cuestiones en relación con la función del teatro en la sociedad, para concluir que los parámetros de lo cómico y lo trágico están invertidos en la actual condición posmoderna, con la consiguiente incapacidad para la creatividad dentro de la cultura dominante. El hecho dramático debe recuperar la lógica de lo humano para así trascender una sociedad consumista, cuya lógica consiste en matar de manera cainita (a Sarah Kane), a modo de autodefensa, a los creadores que ella misma encumbra.

Palabras clave: drama, sociedad, cultura, lo trágico, lo cómico, posmodernismo, justicia.

-
1. Edward Bond es, sin lugar a dudas, uno de los dramaturgos británicos contemporáneos más relevantes y controvertidos desde la década de los años sesenta. Sus obras han estado asociadas a la polémica, así como a los momentos decisivos del panorama teatral británico, tales como la derogación de la censura teatral, a lo que contribuyó el escándalo y prohibición que suscitaron sus primeras obras, *Saved*, *Early Morning*, *Narrow Road to the Deep North*. Su extensa obra dramática se complementa con una amplia colección de escritos en prosa y verso que le sirven de fundamento y apoyo teóricos. En la actualidad, continua su participación en el proyecto de teatro educacional con sede en Birmingham, Big Brum; y su colaboración con el Théâtre du La Colline, dirigido por Alain Francon. Entre sus últimas obras se encuentran, *Born*, *Chair*, *Existence*, *The Balancing Act*, que serán presentadas en el Festival de Avignon, 2006, dentro de un ciclo dedicado al autor.

Su obra se puede considerar el producto de una voz independiente y original, dedicada a la constante exploración de las relaciones entre la existencia humana, la sociedad y el teatro, desde una perspectiva política de izquierdas, comprometida con el ser humano y la justicia.

ABSTRACT: This essay constitutes a necessary introduction to the rest of the articles in the volume, since it tackles the current state of society, providing an accurate and controversial description of the present social and cultural dynamics, from a committed social and political stance. In his analysis of dead playwright Sarah Kane, Bond reflects on imagination; the nature and function of drama; the nature of humanness; the concepts of the Tragic and the Comic; the idea of radical innocence; the description of society as unjust; the human imperative dealing with the search for justice and its historical and contemporary clash with society; among other matters. Such issues are examined in relation to the function of drama in society, to conclude that the parameters of the Comic and the Tragic have been inverted in consumer postmodern society with the resulting incapability for creativity within the dominant culture. Drama, thus, must recover the logic of humanness to transcend the logic of consumer society, whose aim is to kill cainitely (Kane), as a form of self-preservation, those creators it helps to promote.

Keywords: drama, society, culture, the Tragic, the Comic, postmodernism, justice.

To understand Sarah Kane you must understand the origin and logic of drama, which is also the logic of imagination and of humanness. The exordium is necessary before her plays can be understood. She is the crisis of modern drama.

Theatre is not drama. There are many sorts of theatre. Kitchen sink, propaganda, «drawing-room» (academically respectable because it may be written about without touching on reality, its signs are existential angst and «silence»), «after-dinner-speaker» (also academically respectable, its object is to exhibit the writer's cleverness), and various forms of junk art-theatre - ritual, rite, performance, happenings, symbolic (all these exploit reductive effects and claim transcendence but are sub-real). Theatre rearranges furniture but there is no house.

Van Gogh wrote of the anxiety of the white canvas. It is without conventional and ideological marks. Not all painters see the white canvas. For these others the dead-hand has already scrawled its graffiti on it. The white canvas is the barrier

Edward Bond has undoubtedly been one of the major British playwrights since the 1960s. His work has always been associated with the decisive moments in the British scene, such as the abolition of censorship, to which his groundbreaking and polemical plays, *Saved*, *Early Morning*, *Narrow Road to the Deep North*, actively contributed. Besides writing extensively for the theatre, he has produced a significant body of theoretical writings that sustain and complement his dramatic activity. Currently, he continues his involvement with the Birmingham-based Theatre-in-Education project, Big Brum, and his collaboration with Alain Francon's Théâtre du La Colline in France. His newest work, *Born, Chair, Existence, The Balancing Act* will be produced at the Avignon Festival, 2006, as part of a section dedicated to the author. His plays may be described as the work of an original and independent voice, involved in the continual exploration of the relationship between human existence, society and drama, from a left-wing political perspective, committed to the human being and the search for justice.

between plagiarism of the past and creativity of the future. All creativity creates new reality. In drama the barrier may be called «the terror of the white canvas» - *terror* because drama destroys and creates reality. The terror of the white canvas divides theatre from drama. To create drama the actor crosses the barrier to find the Invisible Object. Writers and directors may point to the site of the invisible object. Only the actor may enter the site and make the object visible.

Creativity originates in the new-born, the infant, the neonate. The self is not genetically determined. Genes order the possibility of self but not its creation. The difference between genes and self is close to that between brain and mind. Genes cannot think or experience. The mind knows it has a brain, the brain cannot know it has a mind. The neonate is the pre-self. It creates a self by becoming consciousness: *self*-consciousness is the creation of self. For the neonate, it and the world are one. Nothing is external. The neonate is in - *is* - infinity and eternity. This primordial «infinity-eternity» experiences pain and pleasure. It is aware of them. Repetition leads to awareness not just of experience but of structure. Awareness of structure necessitates a consciousness of it (since structure is not immediately present to awareness). Consciousness must be aware that it is aware. In this way the pre-self creates the self. Structure is conceptual, reasoning not sensing. The self conceives pain and pleasure as the Tragic and the Comic. These are the self's first concepts: they establish the self. The Tragic and the Comic are not sensations of pleasure and pain but concepts of their meaning. The «I» is created by entering the Tragic and the Comic. It is an intellectualisation of imagination. The mind - the self - is a dramatising structure. Drama is the search for a stable but mutable relationship between the Tragic and the Comic. The relationship derives from the self and its site, the world. Drama does not merely search for meaning, it creates it - creates human reality.

Imagination is cause not effect. We are aware not of imagination but of what is imagined. The pre-self receives the world in imagination. When the pre-self conceives the self, and the Tragic and the Comic, imagination finds reason. Thereafter, imagination seeks reason, it is the mode of its existence. It *might* seek the solipsistic imaginary but cannot because it is in site. Creativity is imagination seeking reason in its site - the world, society. Imagination has the two stipulating, structuring values: the Tragic and the Comic. It could almost be said that the self is the site's particular relation between the two. The Comic and the Tragic are the passage into the human. They are the only two existential structural concepts in which reason and imagination cannot be separated. Their logic - on site - is absolute. It is the logic of drama, which is also the logic of humanness. Human meaning is human reality.

Drama's subject is not justice but the *creation* of justice. Self-consciousness is a singularity. An object does not need a «right to be», it just *is* in the natural order. Self-consciousness is not an object but an act. To act it must be able to act,

but as its act is just to *be* this must itself enable its *being*, so that its *is* is its *ought*: self-consciousness must be the self's right to be. If blocked, the mind and consciousness are traumatised and dysfunctional. The self structurally instantiates its right to be in the moment of consciousness. This right to be is the human imperative. The right implicates that its site - place - should be the right place for «the right to be» to be in (but not because consciousness is the site - place - of itself). In sum, that the world should be its home. All and whatever the infant and later the child does is intended to make its world its home - the child is massively dominated by the drama of the Tragic and the Comic, and only later is the domination temporised by the circumstantial and trivial. This is the child's radical innocence. All tragic figures are radically innocent and the logic of tragedy is to display this innocence. When the neonate creates a self it divides itself from the world and enters it. In time it enters society. There the right to be becomes the imperative to justice. Its origin is egotistic, but its effect is altruistic. That is, it is rational - I cannot have my justice at the expense of others without creating chaos. But humanness is more than this. The first creation of the self is an act of radical innocence - the entry into primordial justice, inscribed in the relationship between the Tragic and the Comic. This is the human text, the text of the self (animals have no text). Thereafter, humanness is the search not for the utilitarian Utopia but for primordial justice founded in the Tragic and the Comic. It is the human paradox, the origin of our self-enmity and our freedom. Justice is personal, political and ontological. If this were *not* so, violence would be the sum of humanness so long as it were, in Hobbes's meaning, effective. Humanly, Auschwitz would not have been unjust but only too small-scale to be effective. But that it *is* so, makes justice the *object* of drama.

Society is unjust. The self enters injustice. The self has two needs, one is to survive, the other to live justly. They clash. Justice has no objective, determined description but it needs one. It is not an essence, for instance, but a relationship of the imperative to the possibilities of the situation on its site. The determination is logical. Justice in society cannot be what it is in the neonate-monad. Existentially the determination should relate the relationship of the Tragic and the Comic to the site - here, society. Instead, in unjust society the description of justice must legitimise injustice. Ideology does this. It does it partly by relating the social to a historical interpretation of the ontological. Ultimately ideology's power depends on its proprietorship of two things, the economy and nothingness. Ideology must administer society efficiently. To do this it creates morality. Morality is intended to administer injustice. If I do not steal (am good) I support unjust society. I survive and may prosper by being unjust. All morality is corrupt. I live in two worlds - society (and theatre) and drama (justice). Morality is an offence against justice, which is the human imperative working through the Tragic and the Comic. The law cannot give justice. If it ever tried society would

collapse. The law administers injustice for the advantage of administration. Culture is intended to make ideology coherent and plausible. Culture may be considered as society's psychology. Like the psychology of the self in unjust society, it is divided against itself. It is a lie but it must also command enough truth to make society administerable and to a degree to express the human imperative (historically in art and religion). Culture is the lie-truth - truth had at the expense of lie.

The human imperative is to seek justice but what justice is must be determined, be created, in each historical site. It is not a matter of adapting noble everlasting aphorisms to circumstances. That would be too clumsy for humanness. The logic is deeper, it creates human reality. All that is permanent is the human imperative working through the Tragic and the Comic. Seeking justice is not an ideal. It is not genetically determined, on the contrary: it is the logic made possible by Nothingness. The logic is structural in the self, coterminous with conscious being. But ideology turns it into systematic immorality. To be moral I offend my humanness. The social consequence is chaos. I am my own enemy, and I seek revenge on my enemy. Ideology's redescription provides for this: the redescription provides victims, it is a structural support of society. Often the victims are moralised into unknowing complicity and reify their phantom role. So I act out my craving for revenge on others, but I intend it against myself. My motive for my vengeful injustice is not that I am evil or animal-atavistic - I am motivated by the sublimest human need, by the *imperative for justice*. My motivation to justice is realised in my act of injustice. Conversely, the criminal is motivated not by revenge on a society which may have deprived him - the motive for crime is *radical innocence*, the enactment of the imperative to make the world just. It is not even the Freudian desire for condign punishment. If you stand on your head long enough the world turns upside down. The white canvas must be very broad to conceal such contradictions between reality and existence, between meaning and understanding. The law can never understand the paradox, but deciphering it is the logic of drama and humanness. It is the text of Euripides, of Lear and Hamlet. But now a collapsing society can no longer be held together by the disintegrating self. In modern drama site - situation - takes precedence over character.

Social culture is the historically necessary truth-lie. For long periods of time the truth-lie suffices administration and justifies culture. The human imperative is expressed (covertly to itself) in religion and the transcendental. But there are times such as our own of rapid and extreme change. Then a gap opens between technology and the social order based on it and ideology fails. The *truth*-lie turns into the *lie*-truth and then perhaps into the lie-lie. In modern society this is fascism, the union of legend and rationalism, of mysticism and science. The *lie*-truth does not enable humanness, it becomes fanatical and destructive - it fosters the God-rot

and the instrumentalisation of science which are human plagues. But drama seeks reason, and enacts, proves it in the Invisible Object, in which reason and imagination are joined in human meaning. In such times in the past drama recreated itself in a new human subjectivity and a new human reality. This was the drama of the Greeks, Jacobeans, the nineteenth-century *fin de siècle* and early modernity.

It is an empty cliché that human nature does not change. Humanness has no nature. The slightest knowledge of history shows that human *behaviour* changes prodigiously. Constant is the human imperative - I recognise myself in the cave artists' images, they enact my need for humanness, they are drawn for me. The origin of the cliché is this - we become more human but increased technological power gives greater violence to our decreasing humanness. It is the Faustian Trap. Humanness is materialism, we are in material nature. *In* it but not *of* it, we are *of* history. We do not change as animals or natural objects do. We translate material change - and initiate material change - within the logic of our subjectivity. We redramatise ourselves. There is nothing transcendental in religion, art or ourselves. Transcendentalism is just imagination in a meaningless cosmos seeking meaning that enables administration to administer and gives hope to humanness entangled in historical injustice. Imagination must have a gap - a nothingness - in which to be free - but in which it is also liable to fantasise, to amend existential failure in daydreams, utopias or even madness. Some animals have elementary reason. No animal has imagination. Animals are shut close to their environment. In humans there is a gap between the self and its environment. It is the gap of nothingness. It is the site of history, of the drama-stage and of absolute human logic.

The logic derives from the structure of creativity. It is as near-as-can-be innate in the self. It is the human imperative to justice implicit in the right to be, the radical innocence of the pursuit of justice in the changing site (our situation), and the concepts of the Tragic and the Comic and their relationship. Together these things are the self. Because for the Greeks the earth was still sacred they kept the Tragic and the Comic apart. For them reason was reverence. The Jacobeans prepared the earth for trade, they rejoined the Tragic and the Comic. For them reason was practical. Post-modernity abandons reason. There is no meaning. In its place it puts the theatres of the tragi-comic, the Absurd, post-modern primitivism, reactionary spiritualism, Beckett and the other clowns of Auschwitz not justified by their pathos, illuminated by their irony or exonerated by their bitterness. Post-modernism retards reason to linearity. To free ourselves from this chaos we must recover the Tragic and the Comic and their relationship. The relationship must be stable, but to be sensitive to change it must also be precarious - being human is dangerous and the greatest danger comes from the self. The relationship is either a new reality or a new destructiveness. Reason and imagination cannot be divided in the Tragic and the Comic. That is why their

relationship can only be enacted - recreated - in the Invisible Object. Together they enable the human, but the human does not know itself. In this Hegel is right - as yet the owl of Minerva flies at dusk.

But something - provisional and inadequate - must be said of the Tragic and the Comic and their relationship. The Tragic is meaning in the face of the meaningless universe, is vulnerability and the lesson of care, is endurance and the willingness to fear, is the pitiless abandoning of illusion and pretence. The Comic is anarchy, derision, treachery, hubris, games of death, fear, panic, nonchalance. The Tragic and the Comic take their stability from each other, and their relationship is the meaning of the self. The relationship may be understood as the situation in the gate. The gate is the site of modern drama. Tragedy asks who are the dead in the gateway? Comedy asks where does the gate lead? The relationship between the two is the logical situation in the human site, and in drama the situation in the gateway. The relationship is not changed by law or fiat or wish. It is the joint determination of freedom and necessity. The human imperative asserts its freedom not against but in terms of the situation's material necessity. What is dramatised in the gateway is what we will live and how we will die.

Society's psychology - culture - and the self's psychology both express the same logic. So far in history the two logics have sufficiently coincided. In all adversities and disasters the relationship between the Tragic and the Comic has enacted humanness. Society has ensured the self, and the self has engendered humanness in society. There is no guarantee that this continues. The self is not an essence but a relationship, not an effect of humanness but a cause of humanness. Historically the self imposes its imperative on society and society returns it to the self. What happens if society is powerful enough to abandon not the self, of course, but its human imperative? That happens when administration has sufficient power and means to totally impose its ideology on the imperative. Such a society stops creating culture and instead administers means without ends. At first this is not apparent because it lives off past culture, using up the remnants. Human dissatisfactions and problems are not redramatised to create new humanness. Instead they are made sterile - paralysed by technology and linear science. The new economic power replaces necessitousness with consumption. But to do this - to silence the imperative - morality must be made fundamentalist. Increasingly misfits and social outsiders are made victims of revenge which is increasingly severe and may become total - a post-modern form of human sacrifice. Revenge and consumption become the new morality. Consumers do not notice they live the lie-lie. How can they notice? In the working out of human logic a new reality has been created, with a new human subjectivity as part of it. That is how one day death camps became necessary institutions of their creators' administration, worthy institutions of justice. Over the gateway of Auschwitz was written *Arbeit Macht Frei*, they did not dare to write *Zum Oeutschen Volk* - the human imperative

had not been totally destroyed, exterminated. Nazism could not do it, yet democracy might.

This is not yet our situation, but we are the first society that does not create a culture. We live off our past. And as humanness is a relationship between self and society, we are dying out. To an objective observer from another world we are already dead. Our society is not post-modern, it is posthumous. The situation is not unanticipated. Some hundred years ago Freud sensed death - the Thanatos - in the beginnings of modernity. He saw it as a death-instinct in the self. But Thanatos is a characteristic not of self but of societies, it is in their logic not our instincts. The problem is not that we are evil, or have lost our religion or reverted to the beast. On the contrary, we believe in extravagant transcendentalisms and the super-rationality of science (itself a vicious combination). The problem is that we do not understand ourselves. Yet our understanding of ourselves is the meaning we give ourselves - we create the meaning, live it and *are* it. We must understand the logic of humanness and rediscover drama - it is the fatal necessity of our age.

We can now understand *Blasted*. It has two halves and between them is the barrier of the white canvas. The first half is the shabby day-to-day, which is also society's day-to-day. For the most part the characters are from a B movie. *Blasted* crosses the barrier. Posthumous society cannot cross it - certainly its reality is on the far side of the barrier, but it can bring it onto *this* side of the barrier. There it is sanitised, institutionalised, fictionalised and made normal. The second part of *Blasted* shows posthumous society's reality unsanitised. It also shows the common ontological tragedy - the self abandoned not only in posthumous society but in the meaningless universe: a self that in order to *be* must seek meaning, yet is abandoned in meaningless nothingness. All past ideology incorporated the ontological into the social - it transcendentalised nothingness. But to do that it had to relate the ontological to the human imperative and give it at least some human meaning. That is far beyond the ability of posthumous ideology: its ontological is horror movies. *Blasted* is truly innovative in the directness with which it crosses the barrier to show posthumous society's reality, its Invisible Object. The play is radical innocence talking directly to its corrupt society. It is as if Shakespeare had written Middleton's *The Changeling* (the title reveals its moment in logic; it is why in my play *The Company of Men* the protagonist has to be an orphan). Shakespeare abstained from putting a play in a madhouse. His creative role was to establish a new administrative order, but as he also enacted the human imperative he had to show that the new order would still not fulfil the imperative and in time would break down. A contemporary dramatist sees that it has broken down into chaos and there is chaos.

We are the dramatic species. Drama takes place in all human institutions and situations. There humanness or destruction may be created. But society must also

have institutions which create creation, that enact the original logic that created the self, but in terms of adult minds in the total world. This is necessary because the Tragic and the Comic are concepts and so must impose their imagination-rational interpretation in the site as it changes - it is the existential imperative of the self in change. The self must ask what is the meaning of its situation? For the Greeks the institution was the stage and drama (and its related forms), in the interregnum it was the church and religion. In modernity it is the media. But the media are just another form of consumption. They have no responsibility to the human imperative, they replace its logic with the mechanics of the market. Greek drama enacted justice, modern screens are obsessed with guilt, they reiterate violent revenge and vigilantism. They barbarise without even the spurious beneficence of other forms of consumption. We have no institution to house drama or human meaning, no creative house of creativity. We have the slums of Hollywood and the bureaucracies of TV - and the arsenals of our confusion.

It is easy to see how the self acts out the human logic. But how does the social collective act it out as if it had one will? It does not have to have one will, the logic issues over the conflicts within it. All society's structures, institutions and ideological doctrines interact - creating a logic is their *raison d'être*. The outcome of their interaction is the logic of their interaction. Necessarily society relates to its site as the self does to its. You may war within history but not against it. We can now understand Sarah Kane's role in posthumous society: suicide. When the mutually sustaining relationship of the Tragic and the Comic fails, the reason attached to imagination (in primary and later creation) becomes incoherent. Then logic makes its inexorable move. The Tragic and the Comic change places and each takes on the structural dynamic of the other. It is why post-modernism passes into posthumous-modernism. It is also Sarah Kane's trap. She did not *quite* understand *Blasted*. Nor did its first director. The owl of Minerva flies at dusk... The explanation of it she gave in later interviews was one she had been given. Many close to her told her that although she could use language she had no structure. The truth is the opposite. The structure of *Blasted* is awesomely brilliant. It is at the centre of modern drama. But she had not yet learned to introspect her creativity and there was no theatre to help her. The Royal Court's posthumous revival of *Blasted* was irresponsibly incompetent. No theatre should be excused such negligence.

That is why instead of speaking *of* her society she became its spokeswoman and spoke *for* it. She does not write the play, she becomes it. She has no alternative, it is the logic of creation in the meaningless diremption of the Tragic and the Comic. Because of the diremption, what is happening is not at first clear. She sets out to find the perfect lover. She does this on the far side of the barrier because it has become her *site* - she is the play. But the search also takes place on *this* side of the barrier. Dating, mating, matching and escort shows are TV

trivia, part of the *lie-lie*. But posthumous society plays it at face-value. It keeps (seemingly) the «tragic» and the «comic» in their right places by sanitising them as sentimentality and fun: we are lost but know where we are. It is the snake-pit world of Jerry Springer. But when you cross the barrier in posthumous society the Tragic and the Comic are *not* in their right places - the Comic drives the Tragic and meaning is changed. The logic is simple and inescapable: the search for the perfect lover is the search for someone to murder you. The murderer is the invisible object.

The next stage is even simpler. Clearly, on *this* side of the white canvas posthumous society provides consumption. What does it provide on the far side? As the Tragic and the Comic have changed places it must provide the consumption that is destruction. Society's role is to murder Sarah Kane. But the administration of morality has replaced the search for justice. Medieval society administered a *lie-truth*, it could have killed Sarah Kane for heresy, lese-majesty or treason. Posthumous society has no meaning. It kills diligently - in hecatombs - in wars and induced famines - but never for justice. It kills to sustain the consumer market. Sarah Kane seeks the human imperative where its meaning is changed. But she cannot know that - she is not writing the play but in it. She has become the prophethood of posthumous society - but she is a Cassandra who does not believe her own prophesy: in this society the Holy Grail is poisoned. Society cannot kill her because, finally, the act would be too honest - it would enact the truth of modern society, of posthumous consumption, and posthumous society is incapable of any truth. It is so entangled that it even tells lies to the truth - as a collective self its processes are transparent to all its agencies, yet it can lie even to its *own* desire for truth - a formula already established in the intensity of the self's struggle with itself in unjust society. We have made schizophrenia the art form of the dead.

Sarah Kane is locked in the play on the far side of the white canvas. Ibsen becomes Hedda Gabler. When the Tragic and the Comic change places, the imperative to humanness becomes the imperative to death. It is as it is with the criminal whose crime - however atrocious - is a search for a just world. Humanness loses everything when it loses its meaning. We cannot be human without the concept of tragedy. Whole civilisations have stood at this point. If Sarah Kane cannot find her murderer, she must kill herself. It is now the logic of her existence, the only way she can live. She has for suicide what the religious call a *calling*. Her suicide - for her - is a Comedy. For society it is a Tragedy. And there is one last step in the logic: now she is dead society can kill her. It has become safe. Her drama will be turned into theatre and marketed as a consumer product.

There is no barrier between life and drama. They are one reality, a cause in one is an effect in the other. Saying otherwise is Philistine aestheticism. Sarah Kane's last play was as total as her first. Our stage finds life only in death. If we cannot create a new drama the experiment of humanness fails. The logic that created it will destroy it.

«Not Forgotten or Passed Over at the Proper Time»: The Representation of Violent Events in Contemporary Culture¹

SHANE ALCOBIA-MURPHY
UNIVERSITY OF ABERDEEN

RESUMEN: Este artículo aborda la naturaleza problemática de las representaciones de hechos violentos, a través de las respuestas que ante los mismos dan un grupo de artistas visuales y de escritores contemporáneos. Para los artistas analizados, la preocupación primordial se centra en la propia responsabilidad con respecto al peligro de trivialización del objeto o evento, durante el proceso de interpretación y de fijación de significado que se produce en el acto de la representación. Las técnicas metadiscursivas que incorporan una visión crítica sobre las deficiencias del método de representación, tanto del texto visual como del texto lingüístico, se perfilan como las más eficaces en la consecución de tal objetivo, pues apuntan a la contingencia y provisionalidad de la actividad representacional. De esta manera, la evolución natural de los artistas comprometidos con la realidad de la violencia es hacia el tropo del silencio, al que se recurre por su potencial subversivo para trascender el modelo posmoderno de la «imagen-evento».

Palabras clave: violencia, política, representación cultural, artes visuales, pos-modernismo, metadiscursividad, arte comprometido.

ABSTRACT: This article focuses on how the representation of violent events is tackled by a number of visual artists and contemporary writers. From their response to such events, there emerges the artists' concern with avoiding the possible trivialization of violence when fixing the significance of the object or event through the act of representation itself. Incorporating a critical approach towards their chosen method of representation, which may highlight its shortcomings as well as the contingency of the final product, constitutes a shared strategy to overcome such a danger.

1. I wish to thank the Carnegie Trust, the Robert W. Woodruff Library at Emory University, and the AHRB Centre for Irish and Scottish Studies, each of whom have provided financial support towards the writing of this work.

Consequently, their aesthetic stance evolves towards the trope of silence, which they regard as holding the necessary subversive potential to transcend the postmodern model of the «image-event».

Keywords: violence, politics, cultural representation, visual arts, postmodernism, meta-discourses, committed art.

The role of images is highly ambiguous. For, at the same time as they exalt the event, they also take it hostage. They serve to multiply it to infinity and, at the same time, they are a diversion and a neutralization [...] The image consumes the event, in the sense that it absorbs it and offers it for consumption. Admittedly, it gives it unprecedented impact, but impact as image-event. (Baudrillard, 2002: 27)

Both the media and artists alike utilise images of violence for a variety of purposes: to objectively document atrocities; to raise awareness of neglected, forgotten or unknown conflicts; to register opposition or mobilise support against the actions of a corrupt regime; to memorialise the dead. However, the effects of such images are less straightforward and far more uncertain. In her recent appraisal of the techniques, public reception and development of photojournalism in Western society, Susan Sontag (2003: 88) argues that «[as] objects of contemplation, images of the atrocious can answer to several different needs. To steel oneself against weakness. To make oneself numb. To acknowledge the existence of the incorrigible». What can result is the vicarious (if not voyeuristic) pleasure of the spectator witnessing the suffering of others. In its objectification of the victim, the image may foster passivity and induce apathy. As Marshal McLuhan (1964) once commented in *Understanding Media*, «[t]he price of eternal vigilance is indifference». Indeed, arguments still rage as to the ethics of such representation: to what extent are photographers and writers intrusive or exploitative in their desire to represent events, and to what extent is it permissible to aestheticise suffering? (Conrad, 2004). However, Jean Baudrillard's (2002: 30) essay on the aftermath of the 11 September 2001 attack on the Twin Towers propounds a far more provocative thesis on the role and impact of image-making in modern culture, arguing that, due to the spectacle's «radicality» and the image's «irreducibility», interpretation is rendered problematic (if not impossible) on trying retrospectively to impose a meaning on the image. A photograph of a violent atrocity or its aftermath may provoke an emotional response, but journalistic usage of photo-documentation can, conversely, fail to grant access to interpretation and thus serves to induce a numbing indifference towards an event that cannot be comprehended.

This article looks at the strategies adopted by visual artists and writers who, tackling well-documented, controversial violent events, seek to avoid (or critically examine) conventional means of representation and the dangers of what Baudrillard terms «diversion and neutralization».

The genocidal conflict in Rwanda had already received blanket coverage in the world's media by the time the Chilean photographer Alfredo Jaar visited the refugee camps outside of Kigali and on the Zaire-Rwandan border in the autumn of 1994. Jaar (in Foerstner, 1995: 27) amassed some three thousand photographs in an attempt, as he put it, «to make art out of information most of us would rather ignore». The experience left him with a fundamental distrust of the visual image: not only did the framing, lighting, cropping and editing of the pictorial texts distort reality, for him the texts failed to interpret or provide access to the violence. Describing this failure, Jaar (1996: 57) says:

For me, what was important was to record everything I saw around me, and to do this as methodically as possible. In these circumstances, a «good photograph» is a picture that comes as close as possible to reality. But the camera never manages to record what your eyes see, or what you feel at the moment. The camera always creates a new reality. I have always been concerned with the disjunction between experience and what can be recorded photographically. In the case of Rwanda, the disjunction was enormous and the tragedy unrepresentable. This is why it was so important for me to speak with people, to record their words, their ideas, their feelings. I discovered that the truth of the tragedy was in the feelings, words, ideas of those people, and not in the pictures.

What resulted was an exhibition at the Museum of Contemporary Photography in Chicago, ironically entitled *Real Pictures* (1995). Jaar selected sixty of his photographic images and placed each separately in black linen boxes, on top of which he had silk-screened in white a description of the image inside. The boxes were then arranged into stacks of various shapes and sizes, each reminiscent of a funerary monument (Jaar, 1999: 25-26). Referring to a photograph taken at Ntarama Church, situated forty kilometres south of Kigali, where four hundred Tutsis were slaughtered, the text on one box reads:

Gutete Emerita, 30 years old, is standing in front of the church. Dressed in modest, worn clothing, her hair is hidden in a faded pink cotton kerchief. She was attending mass in the church when the massacre began. Killed with machetes in front of her eyes were her husband Tito Kahinamura (40), and her two sons Muhoza (10) and Matirigari (7). Somehow, she managed to escape with her daughter Marie-Louise Unumararaunga (12), and hid in a swamp for 3 weeks, only coming out at night for food. When she speaks about her lost family, she gestures to corpses on the ground, rotting in the African sun. (Jaar, 1998: n.pag.)

The linguistic text provides a situating narrative, at once descriptive, contextual and documentary. It is, in part, a selective chronicle of events prior to the taking of the photograph, outlining details and gestures which the camera cannot but fail to capture. While one could argue that the intentional occlusion of photographic imagery and the consequent prioritising of the linguistic text guards against a scopical regime that either aestheticises violence or distorts the real, Jaar seems, rather, to react against media-saturation and the passive consumption of imagery, seeking «to re-engage the viewer, to employ the imagination as an active ingredient» (Balken, 1999: 25). As David Levi Strauss (2003: 93) argues, «[o]ne wanders among these dark monuments as if through a graveyard, reading epitaphs. But in this case, the inscriptions are in memory of *images*, and of the power that images once had on us».

However, despite the obvious care with which Jaar constructs his narratives, their selective nature indicates the flaw in his thinking: any representation of the Rwandan conflict will necessarily fail to provide the viewer with access to the «real». As Hayden White (1996: 22) argues regarding «the modernist event»,

any attempt to provide an objective account of the event, either by breaking it up into a mass of its details or by setting it within its context, must conjure with two circumstances: one is that the number of details identifiable in any singular event is potentially infinite; and the other is that the «context» of any singular event is infinitely extensive or at least is not objectively determinable.

In part, this points to the false premise upon which Baudrillard bases his critique of the «image-event»: although he correctly distinguishes between event and «image-event», the latter is never unmediated; rather than «offering» images for our consumption, the event is presented and framed by situated critics working from a particular agenda and within a specific socio-political context. However, this does not mean that Jaar's art is one of failure. His inner compulsion to scrutinise, judge and lay bare the aftermath of a violence which has a long and seemingly unknowable history leads him time and again to attempt the act of representation.

In a later exhibition, *The Eyes of Gutete Emerita* (1996), Jaar returns to his subject; on this occasion, however, there is no total concession of authority to the linguistic medium. Along a darkened corridor he inscribes a fifteen-foot long single line of text that provides an account of the Rwandan conflict, specifically focusing on what happened at the church in Ntarama. This narrative leads the viewer onwards, framing the exhibit in the conjoining room where, on top of a light table, a million photographic slides are placed. Each slide depicts the same image: the eyes of Gutete Emerita. Slide magnifiers are placed at intervals along the light table so that viewers can gaze upon the slides more closely. The

contextual information prompts the spectator to see the eyes as those of a victim; yet the unswerving gaze demands reciprocity. Commenting on the image's effect, Debra Bricker Balken (1999: 39) argues that «[t]he close contact established with the eyes of a witness to a phenomenal crime is meant to mark or imprint our minds with an unforgettable image». This is the artist's intention: while he himself cannot provide an interpretation either for the violence or for the western world's reaction, his art can attempt to re-open the debate surrounding a genocidal conflict we would rather forget.

The fact that Jaar produces a million slides of the same image may suggest that it functions as a metaphor for the thousands that perished in the full glare of the world's media, yet the repeated act also intimates the repetition compulsion of someone suffering from latent trauma. This is Freud's «speaking wound», indicative of a trauma that has not been fully assimilated; it is «the story of a wound that cries out, that addresses us in the attempt to tell us of a reality that is not otherwise available» (Caruth, 1996: 4). It is an open wound for Emerita, Jaar and for all those who participate in the exhibition.

Perhaps the best example of an artwork that both critiques the supposed objectivity of photojournalism and self-reflexively foregrounds the limitations of the artist's own medium is Gerhard Richter's *October 18, 1977*, an exhibition of fifteen oil paintings centring on the deaths of four members of the so-called Baader-Meinhof group. The events upon which the work is based are shrouded in mystery and political intrigue: did Andreas Baader, Ulrike Meinhof, Gudrun Ensslin and Jan-Carl Raspe each commit suicide, or were they murdered? Of the death of Andreas Baader, for example, the official explanation states that he committed suicide using a gun hidden in the record player in his cell. The account runs as follows:

After the making of the suicide pact, he took the pistol out of the record player, and while standing – so as to simulate a fight – he fired two shots, one into his mattress, the other into the cell wall beside the window.

Then he picked up the empty cartridges ejected from the pistol and put them beside him. He reloaded the pistol, crouched down on the floor of the cell, and put the barrel of the gun to the nape of his neck. He held the handle with one hand, the barrel with the other, and pressed the trigger with his thumb. The bullet entered his head at the nape of the neck, and came out through his forehead, just above the hairline. (Aust, 1987: 537)

However, that is but one narrative, and, by no means, the most rational or acceptable. Due to the unorthodox nature both of his incarceration and trial,² and

2. The counter-intelligence services installed microphones in Stammheim prison; a new law was passed to allow a trial to continue in the absence of the defendants; the judge, Dr Prinzing, was removed from his position due to illegal actions prejudicial to the trial (Aust, 1987: 299-303, 330-334, 384-387).

because of unexplained anomalies regarding the entire criminal investigation into his death,³ many commentators have refused to rule out the possibility of foul play. Regarding the night of 17 October 1977, Stefan Aust (1987: 536), in his authoritative account of the Baader-Meinhof Group, concludes that «[e]xactly what happened in the high security section between 11.00 pm and 7.41 am, a period of just under nine hours, will probably never be known; it remains matter for conjecture, speculation and myths».

As such, questions arise as to Richter's artwork contribution to this myth-making: whether his is a politically-motivated artistic intervention, and whether the paintings' depiction of the corpses is rendered sensationalist. Describing his paintings, Richter (1995: 175) states:

All the pictures are dull, grey, mostly very blurred, diffuse. Their presence is the horror of the hard-to-bear refusal to answer, to explain, to give an opinion. I am not so sure whether the pictures ask anything: they provoke contradictions through their hopelessness and desolation; their lack of partisanship.

Such an admission of «hopelessness» and of a lack of «partisanship» has led critics to decry the pessimistic aesthetic that the paintings supposedly embody. Stefan Germer (1989: 7) writes:

These paintings reveal that painting is dead, incapable of transfiguring events, of giving them sense. [...] They state pictorially that any attempt at the constituting of meaning via aesthetic means would be not only anachronistic but cynical [...] If nothing can be altered, because all representation must necessarily end up asserting the inadequacy of the medium, what is the point of these paintings?

To answer that question, one only has to look at the paintings and assess the differences between them and the archival photographs upon which they are based. For example, the photographic model for the suite of paintings entitled *Dead 1*, *Dead 2*, and *Dead 3* is that of Ulrike Meinhof lying dead on the cell floor with the wound on her neck visible to the viewer's gaze, a forensic shot that was published in *Stern* (and other magazines) alongside articles which purportedly told her story (and how she came to commit suicide). While the three paintings superficially imitate the photograph's framing, lighting, and composition, they present the viewer with a subject that cannot be known: dragging his brushes across the still-wet canvas, Richter diffuses the image, making details decidedly unclear. It appears as if Meinhof becomes less knowable as the

3. Inconsistencies in the forensic evidence noted by Dr Roland Hoffmann, scientific advisor to the Federal Criminal Investigation Office, were suppressed, as was the report by the Criminal Office (Aust, 1987: 546-548).

viewer's gaze travels between each canvas, the image dissolving and progressively getting smaller.

In his short story entitled «Looking at Meinhof», Don DeLillo (2002: 27, 28, 29) captures the effect perfectly when he stages an encounter between two strangers in a gallery looking upon Richter's paintings. The female character stares at the three images of Meinhof and muses:

The woman's reality, the head, the neck, the rope burn, the hair, the facial features, were painted, picture to picture, in nuances of obscurity and pall, a detail clearer here than there, the slurred mouth in one painting appearing nearly natural elsewhere, all of it unsystematic.

The man states bluntly that «[t]hey were terrorists» and that «[t]hey committed suicide» and has difficulty understanding the paintings. The woman is more intuitive, unwilling to dismiss the subjects as having «no meaning», and says: «What they did had meaning. It was wrong but it wasn't blind and empty. I think the painter's searching for this. And how did it end the way it did? I think he's asking this».

It is no accident that Richter uses a predominantly grey palette here: this symbolically liminal shade – neither black nor white – is indicative of an artist seeking to negotiate between the polarized opinions regarding her death. Richter does not abdicate his artistic responsibility by refusing to offer a resolution to the contradictions thrown up by the events depicted. Since the impact of each painting is dependent on its historical context, he provides this through the inclusion of articles and photo-albums centring on the Baader-Meinhof group. The paintings themselves are not to be viewed as documents in the same way as the archival material: they are *not* photographs. While the paintings may take on some of the qualities of photography – here we have, in Barthes' (2000: 9) terms, «the return of the dead», the referent being both «spectre» and «spectacle» – nevertheless the *eidos* of the painting is not death. Distinguishing between painting and photography, Robert Storr (2000: 103-104), the curator of the exhibition on its purchase by the Museum of Modern Art (New York), argues that

[p]ainting, which takes time to make – time indelibly marked in its skin – restores duration to images of death. *October 18, 1977* introduces an existential contradiction between painting's slowness and photography's speed, between the viewer's condition, which allows one to spend time, and that of the subject for whom time has ceased to exist.

The artwork's sole political intervention lies in giving the viewer pause for thought, inviting him/her to review and re-engage with the events, like the unnamed woman in DeLillo's short story had done.

The contemporary artist tends to eschew definitive statements; he/she foregrounds multiple, often conflicting perspectives, and demonstrates how individual responses are conditioned by socio-political discursive formations. For example, artists choosing to depict the Northern Irish Troubles have to contend with the simplifications resulting from forty years of media coverage, namely journalistic shorthand and a proliferation of clichés about the violence. Rita Donagh, a Staffordshire-born artist, responded to ways in which the *The Sunday Times* reported and photographed the Talbot Street bombing on 19 May 1974. One work from this series, *Aftermath*, includes a newspaper photograph of people milling about a corpse which has been covered up and shielded from the public gaze. Below this she has drawn an extension of this scene, enlarging (and thus foregrounding) the image of the hidden body. What conceals the person's identity in her drawing are newspaper pages, (a motif also included in *Newspaper Vendor*, *Evening Newspapers* and *Talbot Street*, 1974), the text of which is comprised of meaningless phrases used to indicate the shape of the story waiting to be written. In the catalogue for Donagh's retrospective, Sarat Maharaj (1995: 15) convincingly argues that the Talbot Street series shows «[h]ow issues are "covered by" the media, the notion of "news coverage", is set off against the idea that personal facts, painful moments of loss, grieving and shattering of individual lives, tend to get covered up in the interests of a larger story which has to be told [...]». It is important to note, however, that Donagh's work self-reflexively calls attention to the failure of representation in her own work. The artwork draws the viewer in, inviting an engagement with the scene's anonymity, to fill in the missing narrative. If, as David Morrison (1993: 125) suggests, «[v]iolence [...] draws its meaning only from the totality of the situation within which it occurs and from the meanings that people give to the act within the known structures of its occurrence», then the viewer will necessarily fail in his attempt to fully understand the violence being represented.

For some writers, even to refer to a controversial violent event requires an art that is self-reflexively alive to the difficulties inherent in such an act. In the first of «Three Baroque Meditations», the English poet Geoffrey Hill (1985: 89) asks: «Do words make up the majesty/ Of man, and his justice/ Between the stones and the void?». This is the writer as a self-torturing, morally compromised individual, all too aware of the involved intersection of ethics and aesthetics, a theme to which Hill returns obsessively. In «History as Poetry» (1985: 84), an *ars poetica* that prefigures his later call for contemporary poetry to engage in «a memorializing, a memorizing of the dead» (Hill, 1999: 254), the opening two lines conjoin different perspectives and moral judgments: «Poetry as salutation; taste/ Of Pentecost's ashen feast». The reader's attention is drawn to the dual concern of the first line's final word, its ambiguity heightened by the strategically placed enjambment: «taste» refers to refinement and poetic sensibility, as well

as to a more sensual, earthy activity. The expression «Pentecost's ashen feast» incorporates a further ambiguity: while the poet receives the gift of tongues to spread the word, what results is purely sterile; the image of Pentecostal fire inextricably links creative inspiration with an all-consuming destructive force. Michael Leddy (1986: 34), referring to the «ash» from King Offa's «noon cigar» in *Mercian Hymns* (1971), states that «Hill is keenly aware that we speak as historical persons: our words existed before we did and have acquired (and continue to acquire) connotations over which we do not have control: "ash" is not the same word it was before Auschwitz and Hiroshima».

What are «the tongue's atrocities» to which the poem refers? In *The Force of Poetry*, Christopher Ricks (1984: 285) argues that «atrocity may get flattened down into the causally "atrocious", or it may get fattened up into that debased form of imagination which is prurience». While the tongue may speak of atrocities, it can also speak atrociously. A poet of Hill's stature guards against the tongue's atrocities (improper clichés, unintentional ambiguities, the unwarranted glamour of grammar)⁴ through what Stephen James terms an «ethical gravity, painstaking probity, and intensely registered moral scruple». However, as James (2003: 33) concedes, Hill's writing consistently registers «how any poetic claim to high seriousness is confounded by the intransigent nature of language and the inherent duplicities of metaphor». What can result is the poet's taciturnity, a strict governance of the tongue. In a recent paper entitled «Language, Suffering, and Silence», Hill (1999) examines different aspects of this silence: it does not simply connote poetic impotence, disabling inarticulacy, or «dumb insolence», but can be a «powerful form of resistance», a «forensic equivocation – a position that is neither assent nor refusal of assent», and a stoic refusal to write to meet an extrinsically enforced agenda.

Such forensic equivocation comes to the fore in «September Song», Hill's (1985: 67) elegy for a nameless victim of the Holocaust. Regarding the concentration camps, Hill (1980: 213) states in an interview with Blake Morrison that «The burden which the writer's conscience must bear is that the horror might become that hideously outrageous thing, a cliché. This is the nightmare, the really blasphemous thing: that those camps could become a mere "subject"». This assessment of the difficulties facing the artist approaching the Holocaust as a subject is echoed by numerous cultural critics and Holocaust survivors: Elie Wiesel (1978: 197) has said that «Holocaust literature» is a «contradiction in terms»; George Steiner (1966: 123) has claimed that «the world of Auschwitz lies outside speech as it lies outside reason»; and Theodor Adorno (2003 [1967]: 162) notoriously argued that «[t]o write poetry after Auschwitz is barbaric». For

4. Hill (1996: x) has argued that «[i]t is the precise detail of word or rhythm, which carries the ethical burden; it is technique, rightly understood, which provides the true point of departure for inspiration».

the latter, art «transfigured and stripped» the Holocaust «of some of its horror and with this, injustice is already done to the victims» (Ezrahi, 1980: 53).

In Hill's poem, we witness the poet's own struggle to express the horror of the event in language. Indeed, the text's starkly factual epigraph (*«born 19.6.32 – deported 24.9.42»*) belies its own declarative intent: firstly, as Ricks (1984: 302) rightly argues, one cannot, «without a terrible dehumanized bureaucratic numerateness, say “19.6.32” or “24.9.42”»; secondly, the author's use of an orthographic sign - the hyphen - as a disjunctive link summarily reduces the person's life-experience to two bureaucratically registered temporal nodes, unable or refusing or disinclined either to bear witness or give voice to the victim's humanity. However, hyphenation has «a double sense of articulation», «joining what it separates» as well as «separating what it joins» (Kamuf, 2001: 316). As a line of union, therefore, the hyphen may well intimate a preordained, causal link between the person's birth (into the Jewish faith) and her eventual deportation. The line may take the form of a memorialising epitaph, yet by cleverly swapping «deported» for the more usual «departed», Hill implies that this is no natural departure, but a murderous deportation. The italicised statement foreshadows a brutally curtailed and insufficiently detailed obituary memoir, one that mimics the insidious efficiency and inscrutability of the Nazis' dehumanising discourse.

Undesirable you may have been, untouchable
you were not. Not forgotten
or passed over at the proper time.

(«September Song»: 67)

The conjunction of racial and sexual overtones in both «undesirable» and «untouchable» is typical of the author's dense linguistic intricacy (if not ambivalence) (Silkin, 1985: 120-121): the victim is both politically and sexually «undesirable» because she is Jewish, but also because she is too young. The word «untouchable» similarly exploits this duality of sex and caste, yet the negative construction intimates that (physical or sexual) abuse has not been precluded. Hill's use of the word «proper», as Jon Silkin (1985: 121) suggests, «brings together the idea of bureaucratically correct “as calculated” by the logistics of the “final solution” and by the particular camp's timetable», and «contrasts the idea of the mathematically “correct” with the morally intolerable». The girl is not «passed over» in that she is marked out by selection for death, the pun on «Passover» reminding the reader of a previous genocide (Glynn, 1987: 239). One could contend that Hill is here complicit with the oppressors' dehumanising ethic, due to the fact that the victim remains nameless and because of the uncertainty of the lines' tone. One could even go so far as to say that, in the second statement, Hill pronounces a death sentence (he eliminates its subject). The dryly objective, laconic tone, the dispassionate register and the morally ambiguous puns may

well be repugnant, yet they are intentionally so. In such a way, poetic form enacts the thematics of the text. Refuting the infelicitous distinction between theme and content, Hill (1981: 87) tells John Haffenden that:

I would find it hard to disagree with the proposal that form is not only a technical containment, but is possibly also an emotional and ethical containment. In the act of refining technique one is not only refining emotion, one is also constantly defining and redefining one's ethical and moral sensibility. One is constantly confronting and assessing the various kinds of moral and immoral pressures of the world, but all these things happen simultaneously in the act of self-critical decision.

Hill's use of language deliberately enacts a denial of agency and responsibility. To convey the reality of the Holocaust as «a systematized, mechanized, and socially organized program» (Ezrahi, 1980: 1), Hill has his speaker adopt what Hannah Arendt (1963: 63) has termed the ss «objective attitude» whereby violence is both understood and described in terms of economy and administration. The text foregrounds the ways in which the Nazi's coded language rule (*Sprachregelung*) initiated a «displacement at the levels of both concept and practice of language as a form of disclosure and expression» (Lang, 1990: 84). In the second stanza of «September Song», for example, we are told that «As estimated, you died»; yet we are not told by whom or why such an estimation occurs. No one is seemingly accountable for the death: «Things marched,/sufficient to that end», the depersonalised subject referring both to the victims shorn of all identity going towards their doom, and to the unspecified forces that govern their fate. When the speaker refers to «Just so much Zyklon and leather, patented/ terror, so many routine cries», the reader is tempted to fill in the omitted (yet implied) repetition of «just» before «so many cries», where, as Ricks (1984: 298) infers, «“just” is both the casually murderous “Merely” and the meticulously murderous “Precisely”». Conjoining mathematical exactitude with moral rectitude, the pun forces the poet to change tack. Just as Primo Levi (2003: 22-51) discovered that morality inhabits a «grey zone» within the concentration camps, and just as Elie Wiesel (1981: 77-79) was confronted with the dissolution of ethical boundaries when faced with the unimaginable atrocities of the Nazis, so too does the poem's speaker come to realise that humanity ceases to function as a concept in a world where the death cries are heard as «just so many routine cries» (Milne, 1998: 84-85). It is for this reason that he seemingly admits the ineffectual nature of his elegy for the young girl:

(I have made
an elegy for myself it
is true)

(«September Song»: 67)

The second line's awkward enjambment and lack of punctuation slows the reading process. As a parenthetical remark, disrupting the traditional octet-sestet sonnet structure, it is both central and marginal to the text's concerns (the very ambiguity of its position rendering provisional any reading of the poem). What follows at once situates the speaker at a remove from the camp victim (hence undermining his right to speak on her behalf), yet also links him to her through the image of the fire:

September fattens on vines. Roses
flake from the wall. The smoke
of harmless fires drifts to my eyes.

(«September Song»: 67)

The «fires» may be «harmless» to Hill, yet they were not so to the nameless girl; and the admission that the smoke obscures his vision self-reflexively points to the severe limitations of his perspective. The concluding line – «This is plenty. This is more than enough» – seems paradoxical: it suggests that the text is sufficient for his purposes, yet also somehow excessive. The conclusion both affirms and questions Hill's (1999: 254) own contention that «the achieved work of art is its own sufficient act of witness».

The seemingly overwhelming problem confronting those who write about what is now termed «ethnic cleansing» is how to bear witness to the unimaginable violence. Discussing Zabel Essayan's memoir, *Among the Ruins* (1911), a chilling account that chronicles the aftermath of the 1909 pogroms in Armenia, Marc Nichanian (2003: 101) explores the instances whereby Essayan foregrounds her inability to delimit, describe or rationalise what she saw: «she recounts how at each moment she is submerged, engulfed by the horrifying misery of the stricken». Essayan, for Nichanian (2003: 114), becomes the modern Antigone, experiencing «the interdiction of mourning» due to a number of factors: firstly, what she sees are the results of «a violence without any assignable meaning»; secondly, «the will to extermination» (Nichanian, 2003: 115) cannot be conceptualised or «integrated into any psychological, rational, or psychical explanation whatever» (Nichanian, 2003: 116); and thirdly, the witness finds it impossible to imagine, and hence identify with, the victims' experiences. Time and again, as Ezrahi (1980: 3) says of artists trying to represent the Holocaust, «the realist's or the naturalist's respect for details which comprise the fabric of historical processes is defeated by facts which can hardly be integrated into any pre-existent system of ethics or aesthetics». One solution is to extend (or subvert) the conventions of a genre and to incorporate a knowing, self-reflexive critique of representation into the artwork.

Art Spiegelman's acclaimed two-volume graphic novel, *Maus: A Survivor's Tale* (2003), constructs a memoir of his father's (Vladek) experience of the

Holocaust within the traditionally low-brow genre of sequential art (the comic) (Sabin, 1996: 182; McCloud, 2000: 29), yet avoids its simplifying tendencies. Indeed, as Robert Leventhal (2004: n.pag.) argues,

[t]he reduction of the players to cats (Nazis), mice (the Jews), pigs (the Poles) and other national stereotypes offers a conscious, intentional miniaturization and reduction, pointing up the process of compression, simplification and devaluation not merely of the Nazi's practices before and during the Holocaust, but the reduction and simplification present in many «responses» to the Holocaust as well.

At one point, Spiegelman (2003: 204) allows the anthropomorphising convention to break down and shows the characters as humans wearing masks while patting a «real» cat; at another, the author-figure meditates on the difficulties of portraying his French wife (as a moose, a poodle, a frog, a mouse or a rabbit) (Spiegelman, 2003: 171-172). Thus, he is alive to difficulties of representation and the dangers therein of creating stereotypes.

While the graphic novel's overt subject matter centres on Vladek's tale of survival, the text also serves as a meditation on the silence surrounding the Holocaust and the consequential psychological damage this causes. At the beginning of chapter two in the second volume the fictional illusion is broken by the self-referential interjection of the author-figure (Art), wearing a mouse-mask, attempting to complete the memoir and unable to do so because of unspecified feelings of depression. The text begins with the line «Time flies», yet it is clear that for the author the legacy of the past is both inhibiting and all-pervasive: beneath his desk are the rotting corpses of camp victims surrounded by flies; outside his window is one of the guard-towers from Auschwitz; and the shadows in his room make up a Nazi swastika. We are told that his first volume has been a commercial success («At least fifteen editions are coming out»), but it is clear that the writing process has not been cathartic and has not yet allowed him to work through his melancholia: not only does he feel guilt at producing life (his wife is pregnant) while so many had died in Auschwitz, he has also been unable to break the silence left by his mother's suicide.

The statement that «she left no note» acts as a persistent refrain throughout the graphic novel. It appears first in the opening frame of *Prisoner on the Hell Planet: A Case History* (Spiegelman, 2003: 105), a comic book produced in a different style and incorporated within *Maus* to create a *mise-en-abyme* structure, allowing the subtext of Art's search for his mother's story to emerge, while highlighting his own latent trauma. Anja, also a death-camp survivor, committed suicide when Art was twenty years old. In one panel from the alternative comic, Spiegelman neatly conveys the son's anguish and unresolved feelings of both guilt and anger. The narrow panel, suggesting confinement, de-emphasises exterior

relations in favour of interior ones through the use of an expressionistic collage of images, (the naked mother lying dead in her bath; a mound of corpses next to a wall inscribed with Nazi graffiti; a younger version of a smiling Art sitting next to his mother, who is reading him a story; the mother, her arm tattooed with her camp number, slitting her own wrist; and the older Art whose facial expression and deportment conveys an idiomatic gesture of painful recollection), and text (four slogans in bold, capitalised letters, barely contained within the frame: «Menopausal depression», «Hitler did it», «Mommy!», «Bitch»). Such narrative density expresses the sense of loss and betrayal felt by Art, and his inability to mourn her loss, one which is equated with his own loss of self as he is imprisoned within «The Planet Hell». While the mother's life within the camps is represented, her story is incorporated within Vladek's testimony and voiced by him. The revelation that he had deliberately destroyed her memoir so as to repress the painful events of her suicide and of his own experiences in Auschwitz self-reflexively insists on the *aporia* within *Maus* and upon the consequent importance of the recovery of Holocaust testimony. When Art visits his psychoanalyst, Pavel, a survivor of Terezín and Auschwitz, the text presents a key moment when the author-figure, by now infantilised through a willed regression back to childhood due to feelings of inadequacy, cites Beckett's famous declaration that «Every word is like an unnecessary stain on silence and nothingness» (Spiegelman, 2003: 205). The following panel is devoid of narrative or dialogue as the pair contemplate the judiciousness of Beckett's remark, only to refute its import in the following panel: «On the other hand», says Art, «he SAID it». The reaffirmation of the artist's role of breaking the silence surrounding the Holocaust allows the author-figure (both Art and Spiegelman) to conclude *Maus*.

For a poet, as for the graphic novelist, there is both an ethical and an artistic imperative to respond to violence imaginatively. In a graduation address at Queen's University in 1995, the Northern Irish poet Michael Longley (n.d.: box 35, folder 23) repeated his credo that «[i]n the context of political violence the deployment of words at their most precise and suggestive remains one of the few antidotes to death-dealing dishonesty». Like Hill, Longley (n.d.: box 38, folder 15) seeks to avoid treating the Holocaust as «a mere subject»:

The German philosopher Adorno suggested that there could be no more poetry after Auschwitz. Perhaps he meant that after the Holocaust poetry could not remain the same. In which case I agree with him. But I also believe that if poetry is incapable of approaching so huge and horrible a subject, then there is no future for poetry. A bad poem about the Holocaust will be a crime against the light. So this is dangerous territory. Although there is little we can do imaginatively with the pictures of the piles of bodies, the torture chambers, the gas ovens, we are duty bound to try and work out how we arrived there.

Longley never shirks from what he regards as the poet's responsibilities, and avows his belief in the efficacy of the poetic text: the poet, Longley (n.d.: box 35, folder 11) says, must make «the most complex response that can be made with words to the total experience of living» and, in so doing, he «illuminates and orders it with words». The term «orders» does not simply connote a sense of containing chaotic violence within a regular metrical scheme; rather, it means to regulate, direct, and to bring into order or submission to lawful authority, namely that of the poet. Indeed, this is what Seamus Heaney (1988: 92) famously calls «the jurisdiction of achieved form». Changing the name of an early draft entitled «Photographs» to «The Exhibit», Longley (n.d.: box 26, folder 25) not only refers to a cultural artefact on display («the pile of spectacles in the Auschwitz museum»), but also invokes a legal meaning, implying that the text is produced as evidence both of «the torments inflicted on the Jews by the Nazis» (Longley, n.d.: box 35, folder 7), and of poetry's governing power.

I see them absentmindedly pat their naked bodies
Where waistcoat and apron pockets would have been.
The grandparents turn back and take an eternity
Rummaging in the tangled pile for their spectacles.

(«The Exhibit», Longley, 2000: 18)

The changes made to the early drafts demonstrate a meticulous and justly scrupulous intelligence regarding his choice and arrangement of words. While he changes a demonstrative adjective («this») to a definite article in «the tangled pile» to allow for a sense of distance, he crucially alters the opening line of the earlier drafts to intimate his presence (he now includes the phrase «I see»), conveying his own act of bearing witness and his imaginative intervention at one and the same time. For the reader, this opening gambit embodies the ambiguity inherent within all testimony: as Derrida (2000: 43, 29) reminds us, while «[b]y law, a testimony must not be a work of art or fiction», nevertheless since it cannot constitute proof, then «there is no testimony that does not structurally imply in itself the possibility of fiction [...] that is to say, the possibility of literature [...]». The poet's opening statement is all the more poignant as the victims themselves are deprived by the Nazis of the power of vision: while they literally cannot see without their spectacles, they also cannot foresee their own death.

The Auschwitz exhibition may connote the absence which resulted from the extermination (all that is left is a pile of spectacles), yet Longley's vision reverses the victims' dehumanisation, firstly, by remembering them as people within a familial context («grandparents») and, secondly, by reconstructing the unbearably affecting moment prior to death when they «pat their naked bodies/ Where waistcoat and apron pockets would have been». By changing «turn around» to

«turn back», the poet intimates a temporal dimension, allowing those grandparents to forestall the inevitable. Indeed, by literalising, thereby revivifying, the outworn phrase «spend an eternity», he presents us with an image of the grandparents held in stasis, almost as if they were revenants returning to reclaim what is theirs. Perhaps the most admirably courageous (and ultimately astute) editorial decision taken by Longley was to change the poem's format, deleting what was originally the second section:

Hundreds in broad daylight are waiting to be shot.
I pick out one only. Her aging breasts look sore.

(«The Exhibit»: 18)

While the couplet once again presents a human dimension, the clever ambiguity of «to be shot» (photographed / executed) is deemed inappropriate, and the poet avoids placing himself in the position of the Nazis («pick out» is too reminiscent of the selection process whereby the Nazis chose those who were to be eliminated in the crematoria). The concluding image, though tender and humanising, is perhaps also uncomfortably voyeuristic.

Contemporary texts referring to unspeakable violence often explore silence's positive and negative potentialities in a self-reflexive manner, often undermining their own literary procedures. One example is James Kelman's *Translated Accounts* (2001), a novel that employs intra-textual and other stylistic devices such as a preface, the fictional construct of an editor and multiple, fictional translators to establish a distance in the reader's mind between the author and what is being said. Kelman ventriloquises, through an ungrammatical yet realistic translatorese, accounts of violence occurring in an unnamed land, and adopts a fragmented, episodic form which eschews narrative coherence.

The work is a historiographic metafiction, a text about the fictionalizing process of history and the limitations of language to express atrocity. Such a novel belies the mimetic fallacy and apparent objectivity of realism, and typifies the kind of text described by Hayden White (1996), which attempts to narrate «the modernist event». The novel's concluding section, «it is true», exemplifies the ambivalence regarding what can or cannot be fully articulated: «I cannot say about a beginning, or beginnings, if there is to be the cause of all, I do not see this. There are events, I speak of them, if I am to speak of then it is of these, if I may speak» (Kelman, 2001: 322). Echoing the Beckettian art of failure, Kelman's speaker experiences a crisis of representation, yet is determined to speak despite an acknowledged lack of narrative coherence. What results is indeed a form of silence: recounted here are not the events *per se*, but rather a self-reflexive commentary on the determination to speak. Similarly, W. G. Sebald's (2003: 79) lectures collected in *On the Natural History of Destruction*

examine «the way in which memory (individual, collective and cultural) deals with experiences exceeding what is tolerable». Contemplating the rationale behind the self-censorship and self-imposed silence of post-war German writers regarding the bombing of cities such as Hamburg and Dresden, Sebald argues that, psychologically, such authors instinctively looked away from the ruins and that, artistically, their only possible response was evasion and silence.

While contemporary writers, at a physical and temporal distance from such events, have directed their gaze at the ruins, their texts adopt an oblique stance, using intertextuality as a means of preserving a distancing objectivity. The opening stanza of Medbh McGuckian's (2002: 37) «The Fortified Song of Flowers» displays an initial ambivalence towards the role and efficacy of art: «stained with culture,/ we cover the winds with art». While «stained» and «cover» may have negative connotations, nevertheless culture is said to be protective and strengthening (like staining wood). The «winds» in question are not freshening, but here they refer to the devastating fire-storm which resulted from the multiple bombing raids on Dresden during February 1945. A comparison between the poem and David Irving's *The Destruction of Dresden* (1963), a damning indictment of Bomber Command's policy of general area bombing, reveals the connection:

The darkness is not pure, opening its bomb doors (<i>The Destruction of Dresden</i> : 128)	opening its bomb-doors to a carpet of night-offensive bombs devouring the precious air
marked out for carpet-bombing (<i>The Destruction of Dresden</i> : 120)	from the blast-proof windows. The sudden linking of a number of fires is golden-bedded
with blast-proof windows (<i>The Destruction of Dresden</i> : 70)	into the heat of a path whose sun shall search the grave-board. («The Fortified Song of Flowers»: 37)
the sudden linking of a number of fires (<i>The Destruction of Dresden</i> : 162)	

The destruction wrought by the fire-storm, an event which is the subject of Sebald's lectures, is described in harrowing detail by Irving (1963: 162):

Crowds of people fleeing for safety had suddenly been seized by the tornado and hurled along whole streets into the seat of the fires; roof gables and furniture that had been stacked on the streets after the first raid were plucked up by the violent winds and tossed into the centre of the burning Inner City.

The fact that McGuckian does not provide an acknowledgement of her literary borrowing is important: without the intertext, the poem can justly be read

as a general comment on art's role in a time of violence, with a specific application to her own place of writing, Belfast. The «tight gag of place» can be lifted by using the words (and example) of others. The poet's silence, her loss for words, is cured by speaking through other writers. In addition, as she is not an authoritative witness to the atrocities she is describing, she draws on Irving's monograph, which includes harrowing eye-witness accounts. What results is a poem full of exquisite beauty and multi-layered meaning. For example, the bird which is said to «swathe its life-warm/ head like a blade being bent/ till point and hilt must meet» connotes, firstly, a war-bird (the planes bringing destruction), and secondly, a phoenix rising from the ashes: the protective action mirrors that of art. McGuckian borrows from another source, Patricia Lysaght's *The Banshee* (1986), to describe the other action of this bird:

Or else it is taught by the stars
these particular placeless dead
(*The Banshee*: 47)

to cry the name
(*The Banshee*: 50)

the buried by their song-cloud names,
the cry always travels against the stream
(*The Banshee*: 83)

to cry for the placeless dead,
to cry the name, to call
though its cry always travels
against the stream [...]
(«The Fortified Song of Flowers»: 37)

The banshee (phonetically, *bean sí*), the supernatural death-messenger of Irish folklore, proclaims deaths which are imminent. Here the screech of the war-birds flying overhead (literally, the planes passing overhead) heralds the death of 135,000 people. Using Lysaght's monograph on the origins and conventions of the banshee, McGuckian imposes an Irish context, conveys a degree of fatalism to the attack, and helps an Irish audience understand the dread which Dresden's population must have felt on hearing the unexpected bombing squadrons overhead. Yet the poem acts as a «prayer», signifying the love for those «hearing your name inexplicably called out»;⁵ rather than «saying nothing», art can provide succour, and in so doing succeeds in achieving the «memorializing and memorizing of the dead» which Geoffrey Hill has called for.

In conclusion, contemporary writers and visual artists endeavour to represent violence in complex, indirect ways, at once alive to the insufficiencies of their craft, but not dictated or bowed by them. Jaar, Richter, Donagh and Spiegelman, while taking as their thematic focus the effects and violent aftermath of conflict

5. The phrase is taken from Lysaght (1986: 37) and again refers to the call of the death-messenger.

- the Rwandan genocide; terrorism in Germany during the 1970s; the Northern Irish Troubles; the Holocaust – are forced to incorporate a critique of their respective means of representation. Form itself becomes subject to the artist's gaze. However, such self-reflexivity functions not as a denial of meaning, nor as an adherence to an apolitical postmodern aesthetics; rather, the foregrounding of formal strategies - the lighting, framing, cropping, and editing of an image – encourages the viewer to adopt a more critical approach to the «image-event», to view it within its specific socio-political context and to regard it as an ideologically driven construct.

Writers such as Hill, Longley and McGuckian share with the visual artists a need to weigh up their ethical and artistic responsibilities with care, and to strive to counter the narcotic banality induced by the «image-event». In each case, there is an awareness of their position as artists at a remove from conflict, and a marked reluctance to represent the pain of others. Yet, while silence is the common trope, neither the poets nor their subjects are silenced. McGuckian and Hill may avoid speaking in a direct lyrical voice (the former through an intertextual ventriloquism, the latter through the adoption of *personae* who speak with riddling ambiguity), yet they share Longley's belief that the artist is «duty-bound» to imaginatively examine how and why violent events occur, and to contest the idea that the «image-event» is not, to use Baudrillard's term, «irreducible».

Works cited

- ADORNO, T. W. (2003 [1967]): «Cultural Criticism and Society» in TIEDEMANN, R. (ed.) (2003): *Can One Live after Auschwitz?: A Philosophical Reader*, trans. S. Weber and S. Weber NicholSEN, Stanford, Stanford University Press. 146-162.
- ARENDT, H. (1963): *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, London, Faber.
- AUST, S. (1987): *The Baader-Meinhof Group: The Inside Story of a Phenomenon*, trans. A. Bell, London, Bodley Head.
- BAUDRILLARD, J. (2002): *The Spirit of Terrorism*, London, Verso.
- BALKEN, D. B. (1999): «Alfredo Jaar: *Lament of the Images*» in JAAR (1999: 13-40).
- BARTHES, R. (2000): *Camera Lucida*, trans. Richard Howard, London, Vintage.
- CARUTH, C. (1996): *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative, and History*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- CONRAD, P. (2004): «Should We Have Looked Away?», *The Observer*, 12 September, Review 1-2.

- DELILLO, D.** (2002): «Looking at Meinhof», *The Guardian*, 17 August 2002, 27-29.
- DERRIDA, J.** (2000 [1998]): *Demeure: Fiction and Testimony* in **BLANCHOT, M.; J. DERRIDA** (2000): *The Instant of My Death and Demeure: Fiction and Testimony*, trans. E. Rottenberg, Stanford, Stanford University Press. 15-103.
- DONAGH, R.** (1995): *1974/1984/1994: Paintings and Drawings*, Manchester, Cornerhouse.
- ESSAYAN, Z.** (1987 [1911]): *Aweraknerun mej [Among the Ruins]*, *Works*, vol. 1, Antelias: Armenian Catholicosate.
- EZRAHI, S. D.** (1980): *By Words Alone: The Holocaust in Literature*, Chicago, The University of Chicago Press.
- FOERSTNER, A.** (1995): «Africa's Holocaust», *The Chicago Tribune*, 19 February, 27.
- GERMER, S.** (1989): «Unbidden Memories» in **RICHTER, G.** (1989): *18. Oktober 1977*, London, Institute of Contemporary Arts and Anthony D'Offay Gallery. 7-8.
- GLYNN, S. T.** (1987): «“Biting Nothings to the Bone”: The Exemplary Failure of Geoffrey Hill», *English*, 36: 235-264.
- HEANEY, S.** (1988): *The Government of the Tongue*, London, Faber.
- HILL, G.** (1980): «Under Judgment», Interview with B. Morrison, *New Statesman*, 8 February, 213.
- (1981): «Interview» in *Viewpoints: Poets in Conversation with John Haffenden*, London, Faber. 76-99.
- (1985): *Collected Poems*, London, Penguin.
- (1996): Preface, *Brand: A Version for the Stage*, by **HILL**, Harmondsworth, Penguin. i-x.
- (1999): «Language, Suffering, and Silence», *Literary Imagination*, 1 (2): 240-255.
- IRVING, D.** (1963): *The Destruction of Dresden*, London, William Kimber.
- JAAR, A.** (1996): «Representation of Violence, Violence of Representation», Interview by R. Gallo, *Trans*, 3-4: 57.
- (1998): *Let There Be Light: The Rwanda Project: 1994-1998*, Barcelona, Actar.
- (1999): *Lament of the Images*, Cambridge, MIT Press.
- JAMES, S.** (2003): «Geoffrey Hill and the Rhetoric of Violence», *Essays in Criticism*, 53 (1): 33-53.
- KAMUF, P.** (2001): «Singular Sense, Second Hand» in **SYROTINSKI, M.; I. MACLACHLAN** (eds.) (2001): *Sensual Reading: New Approaches to Reading in Its Relations to the Senses*, Lewisburg, Bucknell University Press. 311-326.
- KELMAN, J.** (2001): *Translated Accounts*, London, Secker and Warburg.

- LANG, B.** (1990): *Act and Idea in the Nazi Genocide*, Chicago, The University of Chicago Press.
- LEDDY, M.** (1986): «An Approach to Geoffrey Hill's *Mercian Hymns*», *Poetics*, 7 (2): 32-45.
- LEVENTHAL, R. S.** (2004): «Art Spiegelman's *Maus*: Working-through the Trauma of the Holocaust», <<http://jefferson.village.virginia.edu/holocaust/spiegelman.html>>, [10/8/04].
- LEVI, P.** (2003): *The Drowned and the Saved*, trans. R. Rosenthal, London, Abacus.
- LONGLEY, M.** (1998): *Selected Poems*, London, Cape Poetry.
- (2000): *The Weather in Japan*, London, Cape Poetry.
 - (n.d.): Drafts of «The Exhibit», the M. LONGLEY Papers, box 26, folder 25, Special Collections, R. W. Woodruff Library, Emory University, Atlanta.
 - (n.d.): *Cenotaph of Snow*, the M. LONGLEY Papers, box 35, folder 7, Special Collections, R. W. Woodruff Library, Emory University, Atlanta.
 - (n.d.): «Definition of Poetry», transcript in the M. LONGLEY Papers, box 35, folder 11, Special Collections, R. W. Woodruff Library, Emory University, Atlanta.
 - (n.d.): «Graduation Address», transcript in the M. LONGLEY Papers, box 35, folder 23, Special Collections, R. W. Woodruff Library, Emory University, Atlanta.
 - (n.d.): «A Few Thoughts about the Ghetto», transcript in the M. LONGLEY Papers, box 38, folder 15, Special Collections, R. W. Woodruff Library, Emory University, Atlanta.
- LYSAGHT, P.** (1986): *The Banshee: The Irish Supernatural Death-Messenger*, Dublin, Glendale Press.
- MAHARAJ, S.** (1995): «Rita Donagh: Towards a Map of Her Artwork» in **DONAGH, R.** (1995: 9-16).
- MCCLOUD, S.** (2000): *Reinventing Comics: How Imagination and Technology Are Revolutionizing an Art Form*, New York, First Perennial.
- MCGUCKIAN, M.** (2002): «The Fortified Song of Flowers», *The Face of the Earth*, Meath, Gallery Press. 37.
- MCLUHAN, M.** (1964): *Understanding Media: The Extensions of Man*, Cambridge, MIT Press.
- MILNE, W. S.** (1998): *An Introduction to Geoffrey Hill*, London, Bellew.
- MORRISON, D. E.** (1993): «The Idea of Violence» in **HARGRAVE, A. M.** (ed.) (1993): *Violence in Factual Television: Annual Review*, London, John Libbey. 124-128.
- NICHANIAN, M.** (2003): «Catastrophic Mourning» in **ENG, D. L.; D. KAAZANJIAN** (eds.) (2003): *Loss*, Berkeley, University of California Press. 99-124.

- RICHTER, G.** (1995): «Notes for a Press Conference, November-December 1989», *The Daily Practice of Painting. Writings and Interviews, 1962-1993*, **OBRIST, H-U.** (ed.), London, Thames and Hudson. 173-175.
- RICKS, C.** (1984): *The Force of Poetry*, Oxford, Clarendon Press.
- SABIN, R.** (1996): *Comics, Comix and Graphic Novels*, London, Phaidon.
- SEBALD, W. G.** (2003): *On the Natural History of Destruction*, trans. A. Bell, London, Hamish Hamilton.
- SILKIN, J.** (1985): «War and Pity» in **ROBINSON, P.** (ed.) (1985): *Geoffrey Hill: Essays on His Work*, Milton Keynes, Open University Press. 114-128.
- SONTAG, S.** (2003): *Regarding the Pain of Others*, London, Hamish Hamilton.
- SPIEGELMAN, A.** (2003): *The Complete Maus*, London, Penguin.
- STEINER, G.** (1966): *Language and Silence*, New York, Atheneum.
- STORR, R.** (2000): *Gerhard Richter: October 18, 1977*, **BEE, H. S.** (ed.), New York, Museum of Modern Art.
- STRAUSS, D. L.** (2003): *Between the Eyes: Essays on Photography and Politics*, New York, Aperture.
- WHITE, H.** (1996): «The Modernist Event» in **SOBCHACK, V.** (ed.) (1996): *The Persistence of History: Cinema, Television, and the Modern Event*, New York, Routledge. 17-38.
- WIESEL, E.** (1978): *A Jew Today*, trans M. Wiesel, New York, Random House.
- (1981): *Night*, trans. S. Rodway, London, Penguin.

Sobre la desconcertante maleabilidad de la memoria. Interpretaciones derechistas de la «Patagonia trágica» en Argentina, 1920-1974¹

ERNESTO BOHOSLAVSKY
UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SARMIENTO

ABSTRACT: Osvaldo Bayer's *Los vengadores de la Patagonia trágica* (1972) has prompted a large sequence of polemical discourses about the so-called «Patagonia trágica» (1921) [the slaughter of rural workers in this Argentinian region]. The different interpretations of the event have gone through stages of silence and revitalization throughout the decades, presenting the ideological interpretative movement in each historical period under analysis as a consequence of the specific dominant discursive formations of the times. Accordingly, this paper examines the mutations experienced by the «rightist» interpretations sponsored by landowners' associations, the Army, the Press, the Liga Patriótica Argentina [Argentinian Patriotic League] and some traditionalist historians, in order to meet their own social and political agendas.

Keywords: violence, cultural representation, history, dominant discourses, politics, memory, ideology.

RESUMEN: Detrás de la popularización de la obra de Osvaldo Bayer *Los vengadores de la Patagonia trágica* (1972) ha existido el propósito de legitimar diversos discursos históricos sobre los fusilamientos de 1921 en la Patagonia. La discusión en torno a la cuestión ha sufrido etapas de silencios y de revitalización en las que es posible discernir los diferentes deslizamientos interpretativos propiciados por las construcciones ideológicas dominantes. Este artículo intenta dar cuenta de las mutaciones de tales interpretaciones «derechistas», promovidas por asociaciones de propietarios, el ejército, la prensa, la Liga Patriótica Argentina y ciertos historiadores tradicionales, cuya intención era consolidar sus propios idearios sociales y políticos a través del revisionismo histórico.

1. El autor agradece los comentarios de Alejandro Cattaruzza, Daniel Lvovich y Margarita Pierini a versiones preliminares de este artículo.

Palabras clave: violencia, representación cultural, historia, discursos dominantes, política, memoria, ideología.

Este artículo pretende dar cuenta de las interpretaciones derechistas sobre la feroz matanza de obreros rurales producida en el sur argentino en 1921, que fue conocida como «Patagonia trágica». En las versiones contemporáneas a los sucesos y las producidas en las siguientes cinco décadas, los debates sobre la «Patagonia trágica» se alternaron con décadas de silencio o de evocación poco problemática. Los momentos en los que emergió la polémica permitieron discernir la mutación ideológica, ya que la interpretación derechista adquirió dinamismo: pasó de ser una versión centrada en las figuras del bandolero y del anarquista en los años veinte, a otra que respondía más a los cánones de la «Doctrina de la Seguridad Nacional» y de la «chilenofobia». La radicalización política de los años sesenta, la creciente influencia de las teorías de la acción contrarrevolucionaria y una persistente tradición castrense de desconfianza frente a Chile incentivaron esas nuevas versiones.

La caracterización de lo ocurrido en la Patagonia austral aparece descrita con solvencia en Bayer (1972) o Lafuente (2002), entre otros. Sin embargo, este trabajo no propone una indagación acerca de *qué pasó*, sino sobre *cómo se lo recordó*, razón por la que no se incluye la presentación de los eventos. *Lo que sucedió* no constituye una realidad objetivamente fijada sobre la que se construyen interpretaciones, sino que definir *lo que sucedió* confecciona el núcleo de cada interpretación en juego. En este sentido, los eventos señalados como *ocurridos* son parte inescindible de la argumentación, y carentes de autonomía respecto de su análisis. Por otra parte, describir *qué es lo que sucedió* significaría desviarse de una historia de las representaciones políticas e históricas de los fusilamientos, como aquí se pretende. Por último, la relación entre los sucesos y las diversas interpretaciones que sobre ellos se suceden, sin ser de desvinculación absoluta, dista de ser directa y obvia, como corroboraría el hecho de que sobre cierta evidencia disponible –y, en algunos casos, falseada o silenciada– haya sido posible articular más de una versión.

1. La interpretación contemporánea

La Liga Patriótica Argentina (LPA), la prensa ligada al conservadurismo, los militares involucrados en la masacre y la Sociedad Rural de Río Gallegos (capital del sureño Territorio de Santa Cruz) articularon discursos bastante similares para explicar las huelgas obreras de 1921. La coincidencia en todos estos discursos

no puede llamar la atención dada la multiplicidad y simultaneidad de los vínculos personales, políticos y culturales entre estos grupos y asociaciones.² La única diferencia destacable consistió en el mayor radicalismo mostrado por la LPA para describir la «revuelta», a la que consideraba similar a la «Semana Trágica» de 1919. El tono alarmista caracterizó esta primera versión de los sucesos: la prensa denunciaba depredaciones, asesinatos e incendios, sin esperar a que esos hechos fueran confirmados, generando un «efecto de realidad» que instalaba la idea de caos social en el sur.³ Tanto *La Nación* como *La Prensa* presentaron un panorama desolador a lo largo del conflicto, haciéndose eco de los pavorosos telegramas de sus corresponsales (LPA, 1922: 7-8).⁴ Adicionalmente, los otros dos pilares de esta versión se centraban en la idea de una conjura bandolero-anarquista, así como la incapacidad y la desidia del gobierno nacional, recayendo el acento sobre uno u otro de estos dos elementos, según los intereses de cada actor en disputa.

En estos discursos sólo aparecen referencias aisladas a los problemas laborales como causa de las huelgas (LPA, 1922: 6). Para *La Nación*, que ofreció una caracterización de los incidentes que bien sirve como síntesis de esta postura, en Santa Cruz se abordó un problema delictivo-político, pues «no se trata de huelgas, ni de dificultades entre capitalistas y trabajadores, sino de un movimiento sedicioso, un levantamiento en armas, producido por bandoleros que se titulan obreros» (*La Nación*, 2 de diciembre, 1921, 5). En palabras de un estanciero, la revuelta habría sido protagonizada por bandoleros que aprovecharon el levantamiento obrero para cometer «toda clase de actos vandálicos» (*La Nación*, 9 de diciembre, 1921, 4). Un fulminante editorial alejaba a los revoltosos de la imagen de dirigentes gremiales y los emparentaba con una organización criminal: «su desenfreno de falange tebana en nada podía relacionarse con la acción obrera» (*La Nación*, 14 de diciembre, 1921, 4). Igualmente, las huelgas fueron descritas como un «pretexto para ensayar procedimientos violentos en mira a tendencias inaceptables» (*La Nación*, 22 de agosto, 1921, 4). Por su parte, la Sociedad Rural de Río Gallegos se resistió a aceptar la existencia de un abuso patronal, al considerar injustificadas las reclamaciones sindicales que denunciaban que los obreros «estaban sometidos a un régimen de vida incompatible con su condición de hombres de trabajo» (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 106).

-
2. *La Nación*, *El Pueblo*, *La Prensa* y *La Fronda* actuaban como elementos propagadores de las actividades de la LPA (Caterina, 1995: 11 y ss.). Las vinculaciones entre Correa Falcón, Carlés y Klappenbach aparecen manifiestamente en *La Nación* (22 de agosto, 1921, 4), *La Unión* (Río Gallegos) (11 de enero, 1922) y la LPA (1922: 77).
 3. Aunque escapa a los objetivos de este trabajo, conviene recordar que frente a esta versión se erigieron otras, procedentes de los diarios radicales, socialistas y anarquistas, que constituían una oposición abierta a las versiones derechistas, como en el caso del Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados (1 y 8 de febrero, 1922).
 4. Algunos corresponsales lo describían como el paso del «Gran Miedo» y destacaban la inminencia de los ataques «bandoleros» a las ciudades (*La Nación*, 4, 7, 18 de diciembre, 1921). Bayer (1972), por su parte, ha mostrado que tales sucesos nunca existieron.

La revuelta se justificaba como consecuencia de la «propaganda ácrata y disolvente» que venían desplegando algunos sujetos llegados a Santa Cruz (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 96). Disfrazados tras la máscara del interés de los trabajadores, aparecían los comunistas o los anarquistas, buscando objetivos inconfesables que encontraron un caldo de cultivo en la ignorancia de los peones. De ahí que les resultara «sencillo convencerlos de la bondad de sus teorías y de la facilidad con que al final se dividirían las estancias y distribuirían entre ellos las haciendas, siempre, como es natural, que tentaran la aventura comunista» (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 106). La ingenuidad de los peones habría incitado a los «revoltosos» a instalar un «gobierno comunista» que promoviera una revolución en la propiedad agraria y la del ganado: se habían propuesto «establecer el gobierno sovieta en la Patagonia, nueva Arcadia donde todos serían felices y propietarios de un determinado número de ovejas y del campo necesario» (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 107). Un corresponsal informó de que la Federación Obrera de Río Gallegos proyectaba establecer «un gobierno comunista, que partiendo de la Patagonia, iría a rematar en la Capital Federal» (*La Nación*, 27 de enero, 1922; LPA, 1922: 44). La conspiración estaría «dirigida desde la capital por los más conspicuos perturbadores del orden, carentes de escrúpulos» (*El Pueblo*, 9 enero, 1922).

El teniente coronel Varela, responsable de la masacre obrera, también denunció que esa huelga formaba parte de un complot destinado a poner en jaque a la República. En el informe que entregó al Ministerio de Guerra, indicó que el objetivo de la huelga era constituir *soviets* para posteriormente marchar sobre Buenos Aires:

Envanecidos con su primer triunfo, se despojaron de la careta de simples huelguistas para declararse abiertamente por el establecimiento del régimen de los soviets [...] En el momento oportuno marcharían sobre las ciudades de la costa para derrocar a las autoridades y reemplazarlas por otras obedientes a los soviets de Rusia. Concentrados, marcharían triunfalmente hacia la Capital Federal, donde las otras sociedades obreras, de común acuerdo, los esperarían para engrosar sus filas.

(Punzi, 1991: 88)

En ocasiones, la interpretación derechista se aleja del imaginario delictivo (*bandolero*) o político (*sovieta*) y adquiere un tono civilizatorio. En tales momentos, los huelguistas son incluidos por la LPA dentro del bestiario del Salvaje. La novela del secretario de la LPA, Josué Quesada,⁵ *La mujer que se*

5. Josué Quesada fue un escritor con relieve propio a lo largo de cinco décadas, ya sea por sus colaboraciones periodísticas en *El Hogar*, o como comentarista radiofónico y promotor cinematográfico. Fue secretario de Carlés cuando éste fue interventor en Salta (1918) y San Juan (1922), así como el prologuista de un libro del gobernador Correa Falcón (1950). Quesada mostró sus ideas vehementemente como corresponsal de *La Nación* y en su novela, de amplia difusión popular, según Pierini (2003).

acordó de su sexo (1922), versa sobre un matrimonio de buenos estancieros cercados por la feroz «horda anarquista» a caballo. La obra de Quesada (1922:14) insistía en dar cuenta de la acción depredadora de las «jaurías» de las estepas (¿rusas?):

Se había pronunciado la voz imperativa de la revolución social, y los grupos de extranjeros desagradecidos, como una jauría de lobos famélicos, cayeron sobre la paz de las estancias [...] Una grito extraña, clamando por ideales que traían el sello de la miseria y del hambre de las soledades de la estepa, traducía las voces de los heraldos de la revolución.

La descripción de Manuel Carlés, presidente de la LPA no fue menos impresionista que la de su secretario. En opinión del primero, se trataba de una revuelta gigantesca (50.000 rebeldes, expresó en 1922 (en Punzi, 1991: 60)) de jinetes armados, con el consiguiente secuestro de personas, que asoló la costa patagónica, producto de lo cual «el pánico cundió con caracteres de espanto» (LPA, 1922: 7-8). A la hora de imaginar a los «revoltosos», Carlés recurrió a la imagen del «malón», retratando las huelgas del sur como una reedición de la Conquista del Desierto:

Los cabecillas cruzaron la cordillera acaudillando las primeras mesnadas, que arrearon todo lo que encontraron a su paso; gente, caballos, ovejas, automóviles, camiones, asaltando comercios, quemando estancias y predicando que «convertirían la Patagonia en un solo potrero»; que vencedores en Santa Cruz levantarían al sur de Chile, y unidos en el malón, simultáneamente llegarían allá hasta Valparaíso y Santiago, y no pararían hasta asolar a Buenos Aires. (LPA, 1922: 7-8)

Carlés no responsabilizaba del movimiento huelguista a la actividad anarquista, tanto como a los rebeldes llegados desde Chile, cuya composición en bandas se nutría de «desocupados de todo pelaje, sin trabajo, vagos, fugitivos de la justicia, presidiarios liberados de Ushuaia, y la multitud de aprovechadores del desbarajuste» (LPA, 1922: 7-8). En definitiva, la «escoria» social era la protagonista del enfrentamiento con la tropa argentina, a pesar de lo cual, detrás de estas intenciones revolucionarias se escondía una gran organización militar y política (*La Nación*, 2 de diciembre, 1921, 5). Según *La Unión*, de Río Gallegos, «una horda de desorbitados, inadaptables para la lucha honrada de la vida nos ofrecen el triste espectáculo de dominadores bajo el antifaz de las “reivindicaciones”» (en Bayer, 1972: 23-24).

De acuerdo con la interpretación que venimos detallando, nada de lo proyectado por los anarquistas o de lo ejecutado por los bandoleros habría sido posible sin la dejadez del gobierno nacional. El *obrerismo* y la demagogia del presidente Yrigoyen habrían propiciado la despreocupación del gobierno por el bienestar de

los habitantes patagónicos, lo que se consideraría causa directa del desorden. Un gobierno preocupado por satisfacer demagógicamente a las masas urbanas se había desinteresado de la suerte de la periferia nacional: los territorios patagónicos habrían sido abandonados por el gobierno nacional y «la audacia de los asaltantes no es más que una de las consecuencias del desdén con que se mira a aquellas zonas, quizás porque en ellas no se vota» (*La Nación*, 19 de diciembre, 1921, 4).⁶ Se trataba de un Poder Ejecutivo que desconocía todo sobre el sur (*La Nación*, 4 de febrero, 1922; *La Prensa*, 28 de enero, 1922; LPA, 1922: 7), que nombraba «amigos» en los territorios nacionales (LPA, 1922: 56), y que permitía una policía arbitraria y abusiva: «todo eso engendra, por lógica consecuencia, la anarquía» (*La Nación*, 14 de diciembre, 1921, 4). Igualmente, la conducta inepta de los funcionarios «suscita en la gente honesta aborrecimiento contra toda clase de autoridad, y cuando la peonada se entera del encono motivado del patrón, busca la oportunidad de desacatar y pelear a policías y jueces» (*La Nación*, 6 de febrero, 1922).

Se achacaron, así, a la inacción del gobierno nacional el conjunto de actos de bandolerismo y los futuros males en la Patagonia, como el despoblamiento o la consecución de una rebelión fiscal (*La Nación*, 2, 5, 9 de diciembre, 1921). El balance que el diario de los Mitre realizó de los sucesos indicaba que las tropas habían sido despachadas con tardanza y que se podría haber evitado la gravedad de lo ocurrido, «pero se prefirió contemporizar» (*La Nación*, 27 de enero, 1922; 22 de agosto, 1921, 4). En algunos casos, la denuncia sobre la acción pública tenía nombres concretos: se hizo especialmente responsable al juez Ismael Viñas por haber estimulado la agitación anarquista en lugar de suprimirla (*La Nación*, 22 de agosto, 1921, 4), o se culpaba al gobernador Ángel Iza por su «galantería» y «tolerancia» con los «elementos maleantes» (*La Nación*, 14 de diciembre, 1921, 5; *La Nación*, 18 de diciembre, 1921, 5).

Según Carlés, las autoridades de Santa Cruz condescendían con «los corifeos de desórdenes, lo que aumentaba cada día más el divorcio que las separaba de la gente seria, trabajadora de los territorios» (LPA, 1922: 56). De hecho, Carlés consideraba a Yrigoyen partícipe de lo sucedido debido a su negligencia (Buchrucker, 1987: 35), llegando a sugerir una connivencia entre los dirigentes sindicalistas y el gobierno radical. En alguna de sus opiniones, ambas figuras aparecen fundidas en una sola entidad: así, en una alocución de 1922, Carlés sostuvo que las autoridades «yrigoyenistas» «se decían reformadores de la sociedad y emisarios del personalismo imperante en la política nacional. Con este salvoconducto se introducían en los despachos de las gobernaciones y con mayor desenfado en las tareas

6. Una opinión similar se expresa en la obra de Quesada (1922: 13-14) al señalar que a Yrigoyen los territorios nacionales no le interesaban porque sus habitantes habían perdido el derecho al voto. Además de preocuparse únicamente por ganar las elecciones, supuestamente, Yrigoyen estaba influenciado por la prensa anarquista.

que habitan las comisarías de campaña». Súbitamente, los «emisarios» de Yrigoyen mutan y Carlés más bien parece referirse a los dirigentes sindicales, que eran «los “delegados” de las federaciones obreras, los “agitadores” del oficio a vivir a expensas de los demás, cuando por inútiles eran despedidos en todas partes» (LPA, 1922: 33-34). De alguna manera, la figura del complot entre el *obrerismo* radical y la subversión anarquista se fraguó en estas líneas, a pesar de que, probablemente, la descripción de Carlés se refiriera más al desarrollo de los acontecimientos en Buenos Aires, en donde las autoridades y los sindicalistas habían establecido espacios de negociación para los conflictos laborales (*La Fronda*, 7 de septiembre, 1921, 1).⁷

El carácter extranjero de muchos protagonistas de las huelgas no pasó inadvertido a los medios de comunicación nacionales ni a la LPA. Como expresó Carlés, se trataba de extranjeros desagradecidos que traían la discordia «a la casa honrada para corromper la familia» (LPA, 1922: 73) —la LPA expresó desde sus inicios que la desidia social venía del exterior (Lvovich, 2003). Durante el conflicto, la LPA intentó ocultar el hecho de que entre los propietarios rurales y de frigoríficos hubiese una abrumadora mayoría de británicos, alemanes y españoles, mostrando que, por un lado, había *capitalistas* que contribuían a la economía nacional y, por el otro, trabajadores extranjeros, disfuncionales a la sociedad (McGee, 1999: 95). De manera similar, el teniente coronel Varela declaró que había procedido contra grupos de extranjeros levantados en armas, «enseñando de cuánto es capaz el soldado argentino cuando el extraño quiere desconocer su Constitución nacional y levantar otra bandera que no sea la inmortal insignia de nuestra Patria» (Punzi, 1991: 89). Además de ser el país de origen de muchos huelguistas y destino de los que escapaban de la represión, Varela denunció que Chile había sufrido una injerencia propagandística mediante la cual las autoridades chilenas transmitían versiones de falsos «hechos vandálicos» con el objetivo de desmoralizar a la tropa a su cargo (Punzi, 1991: 89). Significativamente, esta caracterización de Chile como actor secundario de los sucesos fue suprimida del discurso oficial medio siglo después por la memoria militar.

2. Las prolongaciones y el silencio (1929-1967)

Los fusilamientos de Santa Cruz no volvieron a constituirse como tema público sino hasta finales de los años sesenta, pues: generaba incomodidad a

7. Para los anarco-sindicalistas de la Federación Obrera Regional Argentina del IX Congreso, el acceso de los radicales al poder abrió la posibilidad de establecer acuerdos con el Estado y de convertir a éste en garante de las negociaciones con los capitalistas. A su vez, los radicales y los anarco-sindicalistas compartían el objetivo de desplazar a los socialistas de los gremios (Lafuente, 2002: 172; Godio, 2000: 246; Falcón, 2000: 117).

importantes fuerzas políticas e institucionales (el radicalismo y el Ejército); no ofrecía probabilidades de hallar mártires para las fuerzas de izquierda de entonces; era ínfima la capacidad de presión o de generación de políticas de memoria por parte de los familiares de los fusilados, mayoritariamente de origen rural, chileno y de escasos recursos simbólicos y materiales; los anarquistas, quienes sintieron como propios a los muertos, y que se mostraron comprometidos con su memoria (y venganza), después de los años treinta no eran más que una expresión testimonial de la fuerza de otrora.⁸

Tras el libro de Borrero (1928) y un suplemento de la publicación anarquista *La Protesta* (31 de enero, 1929), las referencias a la «Patagonia trágica» se tornaron muy intermitentes después de 1930,⁹ hasta reducirse o desaparecer casi totalmente de las historias del movimiento obrero, de las obras dedicadas a la Patagonia e incluso de los relatos históricos más generales del país, culminando lo que podrían considerarse tres décadas de un silencio casi total sobre el tema.¹⁰ Mientras tanto, las voces del partido radical, para intentar salvar la imagen de Yrigoyen, se limitaban a mostrar que Varela había actuado *motu proprio* («Los sucesos de Santa Cruz», *Cara o Cruz*, 1 de abril, 1955: 7, 8; Luna, 1956: 259). Las revisiones históricas derechistas sobre el tema retomaron las claves ya utilizadas en los años veinte. Cuando se reeditó *La Patagonia trágica* (1957 [1928]), con prólogo del ex-juez Viñas, las contestaciones provinieron de los involucrados personalmente en los episodios, como en el caso de los libros de Correa Falcón, concebidos con el propósito de polemizar con —e incluso desprestigiar a— Borrero, y para «desenmascarar al autor y a su prologuista», acusados de haber chantajeado a los protagonistas de los sucesos (Correa Falcón, 1958: 3; 1966: 30).

La caracterización de Correa Falcón contenía más referencias del mundo delictivo que del político, adjudicándoles actos propios de «individuos desorganizados, sin disciplina alguna y dispuestos al pillaje» (Correa Falcón, 1958: 15), que justificarían que la actuación del Ejército «debía ser necesariamente cruenta»

-
8. Desplazados de la conducción del sindicalismo por las ideologías reformistas o el comunismo, los anarquistas tenían graves dificultades para incluir en su agenda política un tema tan alejado de las experiencias cotidianas de la clase obrera urbana industrial.
 9. Un caso significativo es el de Edelmiro Correa Falcón que, en su condición de alto funcionario del Ministerio del Interior y gobernador interino de Santa Cruz hasta marzo de 1921, se mostró especialmente activo en la represión de la actividad sindical. Mientras fue gobernador, actuó como presidente de la Sociedad Rural de Río Gallegos y miembro de la LPA; presidió el «Río Gallegos Tennis Club» y el diario *La Unión*, de línea pro-estancieros durante el conflicto; fue intendente electo de Río Gallegos (1924-26) y posteriormente se inició como ganadero. Correa Falcón publicó en 1950 un libro sobre las figuras relevantes de la Patagonia austral en el que no se incluían referencias a la huelga de 1921, salvo una mención aislada al ex-presidente de la brigada local de la LPA, del que se comenta que intentó «solucionar dignamente los problemas que hace casi treinta años pusieron en peligro la economía del agro patagónico» (Correa Falcón, 1950: 170).
 10. El general Sarobe (1935) publicó un libro monumental sobre la Patagonia en cuyas 500 páginas no se hace mención a las huelgas de 1921 (aparecen referencias muy indirectas en las páginas 103 y 395). El mismo caso se puede encontrar en Moldes (1937).

para combatir a revoltosos compuestos «en un 96% por extranjeros» (Correa Falcón, 1958: 19; 1966: 45). El ex-gobernador desplegó la misma interpretación de cuarenta años atrás para referirse a los eventos de Santa Cruz: Viñas y otros «yrigoyenistas» como Borrero, «prohijaron y alentaron a los elementos de perturbación» para «promover desórdenes de incalculables derivaciones» (Correa Falcón, 1958: 8-9; 1966: 30), a los que se unía la infiltración extra-gremial, que comenzó «una propaganda destinada a soliviantar a los obreros rurales, que no tenían motivos serios de descontento», hasta el punto de afirmar que «los obreros no cuestionaron mayormente el trato en las estancias» (Correa Falcón, 1966: 36, 42). Correa Falcón expuso los hechos dividiéndolos en una «Primera parte de la revuelta» y «Segunda parte de la revuelta», lo cual incorporaba una idea de secuencialidad en el relato, como si se tratara de etapas pre-definidas de un *crescendo* de radicalidad. La «segunda parte», aunque planificada, habría sido la consecuencia de que los obreros se envalentonaran por la permisividad del gobierno de Yrigoyen, y se lanzaran «con éxito a las más inicuas depredaciones» (Correa Falcón, 1958: 19).

Las pocas políticas de memoria desarrolladas sobre lo ocurrido provenían de los militares protagonistas, como Elbio Anaya, uno de los oficiales que participaron en la campaña del sur.¹¹ Casi medio siglo después de los sucesos, Anaya (1965: 70) seguía pensando que la agitación de los anarquistas y «la política obrerista ensayada por el gobierno, sobre la base de tolerancia y complacencia», habían sido las grandes responsables de los eventos de 1921. Sin embargo, como punto novedoso de su exposición en los años sesenta aparece la crítica a las fuerzas armadas chilenas por negarse a cerrar la frontera y detener a los revoltosos que cruzaban la cordillera, lo cual permitía alimentar la sospecha de la complicidad de los transandinos en la revuelta (Bayer, 1968 a: 53). La denuncia del general Anaya acerca de la complicidad entre carabineros chilenos y huelguistas anarquistas e internacionalistas, totalmente infundada (Bayer, 1972: 57), fue retomada con especial insistencia por la historiografía dedicada a los problemas limítrofes argentinos. Este elemento, que en la estrategia explicativa de Anaya constituye un dato menor –ni siquiera aparece en su polémica con Bayer (*La Opinión*, 29 de mayo, 1974; 10 de julio, 1974) ni en su apología de Varela (Anaya, 1965)– posteriormente fue exagerado en una clave conspirativa y convertido en el factor causal predominante de la revuelta.

11. Anaya, ex-ayudante de Varela, consiguió desarrollar una importante carrera dentro del Ejército y gozó de responsabilidades políticas: general de brigada y ministro de Instrucción Pública y Justicia del gobierno militar instaurado en 1943; miembro del ala antiperonista del Ejército y Secretario de Guerra del presidente Frondizi (*La Nación*, 4 de septiembre, 1959, 1). Anaya presidió una ceremonia de homenaje al teniente coronel Varela en 1943, al cumplirse veinte años de su asesinato. La ceremonia se repitió en 1962 y en ella se descubrió una placa en el Regimiento que dirigió Varela, y se llevó una ofrenda floral al cementerio (Bayer, 1968 b: 74).

3. El recalentamiento de la polémica (1968-1974)

Es mérito exclusivo de Osvaldo Bayer (1968 *a*: 23) haber relanzado a finales de los años sesenta el tema de los fusilamientos de Santa Cruz. Su contribución en la revista *Todo es Historia* inició una polémica que se extendió por varios años y contribuyó de manera definitiva al actual conocimiento de la materia. En libros de contenido político o histórico, en diarios y revistas, la preocupación por la «Patagonia trágica» se propagó desde los últimos años sesenta hasta el primer lustro de los años setenta, alcanzando difusión nacional, tanto en los libros de Bayer (1972), Fiorito (1971), Troncoso (1971), como en el film *La Patagonia Rebelde* (1974). Así pues, las huelgas australes cobraron una importancia que se había diluido en las décadas anteriores, incorporándose —operación simbólica y discursiva mediante— al martirologio obrero y popular argentino, al cual no habían pertenecido con anterioridad.

La principal reacción de los protagonistas de estos sucesos y de la corporación militar, en particular, se articuló en torno a la idea de la responsabilidad gubernamental chilena por los hechos de 1921. Efectivamente, a fines de los años sesenta, la teoría de la apetencia perpetua de Chile por territorio argentino (Lacoste, 2003) se relacionó con la interpretación de la historia de los fusilamientos de Santa Cruz, lo que propició que, a partir de entonces, se consolidara como una nueva versión sobre los hechos, a pesar de que tal conexión ya hubiera sido realizada poco antes de que Bayer publicara su trabajo (Ornstein, 1967). Las referencias, antaño dominantes, a la acción de «bandoleros», «agitadores», «anarquistas» y «comunistas» se desvanecieron frente a la prominencia del «chileno» como protagonista exclusivo de la «subversión» santacruceña.¹² En esta reinterpretación de los sucesos de 1921 no se eliminaron la desidia «yrigoyenista» ni la agitación anarquista de la explicación, sino que se incluyeron en la tesis de la conspiración chilena.

Mediante el recurso a la cuestión de límites y a la geopolítica, alentado desde los ambientes militares y las figuras procedentes del nacionalismo territorial, se construyó una historia de las relaciones argentino-chilenas que procurase demostrar la apetencia congénita de «La Moneda» por el territorio rioplatense (Bendicho Beired, 1999: 55). El argumento repetido era que Chile, tras vencer en la Guerra del Pacífico, había comenzado una política de expansión para apro-

12. Estos textos no poseen aparato erudito probatorio y en ocasiones son involuntariamente cómicos, como cuando se denuncia que las lagunas de Copahue, «las más radiactivas del mundo», fueron visitadas por una misión secreta chilena en los años cuarenta. Esta misión, «valiéndose de unas mangueras que disimularon todo lo posible, y que desde las citadas lagunas llegaban hasta más allá de la frontera, extraían el agua que, por la ya cita propiedad, tenía particular importancia para la fabricación de agua pesada. Sin embargo, una patrulla de la Gendarmería Nacional descubrió las misteriosas cañerías y procedió a cortarlas» (Cailliet-Bois, 1970: 94).

piarse la Patagonia a través de una constante penetración. Entre los métodos utilizados con un «norte fijo, preciso: desmembrar a la Argentina» (Caillet-Bois, 1970: 87), se encontraban: las permanentes incursiones militares desde fines del siglo diecinueve; los tratados y arbitrajes limítrofes; las carreras armamentistas; las permanentes presiones internacionales; la agitación nacionalista de su población; e incluso las huelgas de Santa Cruz (Caillet-Bois, 1970: 112).¹³ Así, la «revuelta» de 1921 fue insertada en un esquema interpretativo de mayor alcance cronológico y explicativo, que la ligaba a las decenas de batallas libradas contra la voracidad territorial chilena.

Alberto Sánchez Zinny (*La Razón*, 11 de julio, 1968, 9) denunció en una conferencia dedicada a un público militar que en las huelgas de Santa Cruz habían actuado oficiales chilenos, y que se habían repartido armas largas entre los peones. Con la intención de afianzar la teoría de la anexión chilena, se reveló que las tropas de Varela se enfrentaron a peones adiestrados con tácticas militares, evidenciadas en «el ordenado desplazamiento de las masas huelguistas, sus métodos de atrincheramiento, las fintas para eludir la batalla» (Scenna, 1970: 88).¹⁴ La intencionalidad militar chilena quedaba confirmada por la presencia en la región del director de Carabineros, Ibáñez del Campo, cuya verdadera intención habría sido asentarse en Puerto Natales para dirigir la huelga / invasión chilena de Argentina. Incluso se señalaba que Varela había tomado prisioneros a varios de esos soldados chilenos (en algunas versiones policías) disfrazados de peones, que fueron entregados a Ibáñez ante su solicitud de devolución de los mismos, aduciendo que se trataba de desertores que iban a ser fusilados. Sin embargo, en nuevos encuentros con los revoltosos, Varela «descubrió que estaban actuando los mismos que el general Ibáñez del Campo había prometido fusilar» (Sánchez Zinny, *La Razón*, 11 de julio, 1968, 9).

De acuerdo con lo que se denunciaba, los oficiales chilenos que adiestraron y armaron a los bandoleros del lado argentino no eran más que la punta del iceberg de un plan de mayor alcance, planeado en «La Moneda». De acuerdo con Sánchez Zinny (*La Razón*, 11 de julio, 1968, 9) y Paz (1981:168), en 1921 un general alemán preparaba al ejército chileno para invadir la Patagonia, usando las huelgas de Santa Cruz como ejercicio de distracción (el intento de invasión se produjo en 1929, según Ornstein (1967: 67), Caillet-Bois (1970: 91) y Scenna (1970: 74)). La rápida actuación del gobierno de Yrigoyen habría permitido

13. Caillet-Bois fue presidente de la Academia Nacional de la Historia y participó en la *Revista de la Escuela Superior de Guerra* como articulista en los ejemplares de 1950-51.

14. Scenna era «uno de los historiadores argentinos de mayor moderación y popularidad. No era un nacionalista al estilo de Irazusta [...] sino un autor respetado por colegas de gran representatividad» (Lacoste, 2003: 19). Scenna colaboró en *Todo es Historia* de 1967 a 1982. Las ideas sobre la apetencia chilena también se reproducen en Paz (1981:168), que denunció la «constante pasión cerril del chileno por las llanuras ajenas y del mestizo por la rapiña».

desbaratar este plan de invasión en 1921, que no se denunció sino hasta 1967, y que habría permitido que «las fuerzas chilenas hubieran llegado sin inconvenientes hacia Comodoro Rivadavia y se hubieran hecho fuertes sobre el río Negro» (Sánchez Zinny, *La Razón*, 11 de julio, 1968, 9).

Si bien los sucesos de Santa Cruz son considerados parte de la «ola roja» posterior al Petrogrado de 1917, según Scenna (1970: 71) su particularidad consistiría en que «desde el comienzo corrió el rumor de una posible injerencia chilena». El coronel Ornstein (1967: 62-63) sostuvo que una «célula bolchevique» dirigió la huelga en el sur, después de fracasar en Buenos Aires en la llamada «Semana Trágica» de 1919, aunque, en realidad, satisfacía el interés chileno por ocupar la Patagonia. A esta presencia institucional transandina se le sumaban otros actores de mayor poder: supuestamente, los representantes diplomáticos norteamericanos e ingleses asentados en Buenos Aires, que habrían planteado la amenaza de una acción directa si la «Casa Rosada» no conseguía defender la vida e inversiones de sus ciudadanos en el sur durante las huelgas de 1921. De esta manera, para consolidar la teoría de la confrontación se necesitaba crear una fuerte alianza anglo-norteamericana-chilena en la que la amenaza de Londres y Washington constituiría «un plato ofrecido en bandeja a La Moneda», pues a Chile le resultaría fácil «alentar la desorganización social, crear un estado permanente de inseguridad y subversión para demostrar que el gobierno argentino era ineficiente para asegurar la tranquilidad» (Scenna, 1970: 71-72). En una fase subsiguiente, la situación resultante evolucionaría hacia la intervención armada anglo-norteamericana, con lo que Chile reclamaría garantías para sus connacionales que vivían en Argentina, procediendo «a la ocupación inmediata de ese territorio para protegerlos» (Scenna, 1970: 71-72).

De acuerdo con Scenna (1970: 71), el teniente coronel Varela sería consciente de que se enfrentaba a una fuerza extranjera alzada contra la nación, por lo que en su ultimátum a los huelguistas los denomina «enemigos del país en que viven» y no «enemigos del orden». Mediante esta reinterpretación, la campaña de Varela, realizada en terreno adverso y con pocos recursos, se transformó en una heroica *blitzkrieg* contra la amenaza directa de un regimiento chileno y de la intervención anglo-norteamericana, a pesar de lo cual, su maniobra no significó el fin de la silenciosa amenaza transandina, ya que «Chile cambia los gobiernos, pero persiste en su plan» (Caillet-Bois, 1970: 88).

Parece lógicamente difícil para esta teoría responder a preguntas como: ¿por qué no aparece ninguna de estas informaciones en los diarios de la época?; ¿por qué las detenciones de carabineros no aparecen registradas en los informes de Varela y sus oficiales? La contradicción que surge de considerar que existía una tropa profesional muy bien pertrechada y que el Ejército argentino sólo registró una baja en la campaña, se resuelve con el argumento «técnico» de la mala calidad

del armamento de los huelguistas (Scenna, 1970: 72). Igualmente, se insiste en que Buenos Aires quiso guardar las formas y no avergonzar internacionalmente a Chile por sus maniobras (Scenna, 1970: 72; Paz, 1981: 190).

Retomando buena parte de la tesis de la responsabilidad chilena, que se había creado entre 1967 y 1970 con la colaboración de algunos historiadores militares, se procuraba glorificar la acción del ejército, y en particular la figura del teniente coronel Varela, considerado mártir de la lucha anti-subversiva (como sería el caso del apologético artículo del teniente Picciuolo (1974: 103). Por su parte, el coronel Nellar (1974: 133) ponderó el nivel de corrección y orden en la actuación de Varela, al que se le atribuye haber desbaratado un complot chileno y de «ideologías extrañas», que habían avanzado ante «el ambiente extranjerizante y de antipatria reinante» en la Patagonia (Nellar, 1974: 124). Estos escritos producidos por miembros del Ejército, además de proporcionar una explicación centrada en el rol conspirativo chileno, utilizaban una terminología tomada de la «Doctrina de la Seguridad Nacional». El uso de esta doctrina político-militar contribuyó a que se perfilara la huelga de 1921 como un antecedente de las experiencias de «guerrilla» de principios de la década de los años setenta en Argentina, por lo que muchas de las ideas que se despliegan para interpretar las huelgas de Santa Cruz en ese período, en realidad, remiten al creciente desafío de organizaciones armadas como Montoneros o ERP.

El cambio de enfoque quedó patente con motivo de la polémica suscitada por el estreno de la película *La Patagonia rebelde* (1974), con guión de Osvaldo Bayer, y la resistencia del Ministerio de Defensa a la presentación del film. El general Anaya (*La Opinión*, 10 de julio, 1974, 19) intentó desmentir la interpretación de Bayer, a quien acusó de hurtarle documentos, pero, sobre todo, de agudizar las diferencias entre las Fuerzas Armadas y el pueblo (Anaya, *La Opinión*, 29 de mayo, 1974, 19), con la correspondiente respuesta de Bayer (21 de junio, 1974, 19). Anaya, con 85 años, seguía considerando los sucesos como un alzamiento revolucionario que requirió la «enérgica» represión del Ejército: la diferencia interpretativa residía en que ya no se trataba del «miedo rojo» de entreguerras que hablaba de bandoleros, sino que, para Anaya (*La Opinión*, 29 de mayo, 1974, 19), había constituido el «primer ensayo de guerra revolucionaria que hubo en Argentina». De acuerdo con el plan estratégico que habrían diseñado e intentado poner en práctica los revolucionarios, «el primer choque importante con el ejército se produciría en las márgenes del Río Negro, con el pretexto de supuestas “reivindicaciones” de la clase proletaria» (Anaya, *La Opinión*, 29 de mayo, 1974, 19). La ausencia de cualquier documento probatorio lleva a Anaya a anunciar que los detalles de tal plan serán divulgados «en su momento».

En el testimonio de Jorge Gómez (1968: 95), soldado movilizado que participó en la campaña del sur, se señalaba que las huelgas fueron, en realidad, una

maniobra del gobierno chileno o de los bolcheviques.¹⁵ Esta creencia en la existencia del complot bolchevique ilustra acerca de las arengas transmitidas a las tropas antes del «enfrentamiento» con los huelguistas y, a su vez, permite comprobar el grado de difusión de ciertas ideas conspirativas, lo que descarta que su utilización pudiera interpretarse como un mero ejercicio de distracción organizado por la élite.

Un hecho fortuito fue utilizado por el general Tomás Sánchez de Bustamante¹⁶ para presentar la interpretación de la «Patagonia trágica» en clave de episodio revolucionario: en abril de 1974, fuerzas guerrilleras intentaron copar el mismo regimiento que había conducido en 1921 el teniente coronel Varela. En el asalto de 1974 fue muerto el general Gay, lo cual proporcionó a Sánchez de Bustamante la excusa para relacionar su caída con el asesinato de Varela a manos de un anarquista alemán. La fuerza que disparó contra Varela en 1923, según Sánchez de Bustamante (1974: 8), es la misma que mató a Gay medio siglo más tarde:

En trágica coincidencia de circunstancias y de fechas, 51 años más tarde otro jefe del histórico cuerpo cayó también así en el cumplimiento de su deber militar. El general Camilo Gay fue asesinado con los suyos entre los húsares. El ejemplo de las muertes de Varela y de Gay nos recordará con el testimonio de su servicio a la patria, amenazada en las entrañas del ser nacional.

Sánchez de Bustamante aprovechó la ocasión para modelar los sucesos de Santa Cruz alrededor de la insuficiencia de las fuerzas del orden y la presencia de «comunistas y anarquistas extranjeros» que auspiciaron una huelga general revolucionaria caracterizada por su vandalismo, y cuyo objetivo en 1921 era «crear lo que en el lenguaje de la subversión se conoce paradójicamente como zona liberada». Sánchez de Bustamante hizo propias las palabras de Manuel Carlés cuando denunciaba que, «como sucede siempre, los corifeos del desastre llenaron la bolsa y abandonaron el tropel cuando el Ejército debió contenerlo», en lo que constituye un agrio lamento por el silencio de Yrigoyen tras la campaña militar, así como un aviso a las autoridades nacionales de 1974 y la petición de cobertura política para las actividades represivas de la época, que se multiplicarían en los años siguientes. La muerte de Varela «tiene no sólo el valor permanente

15. «Yo tenía hasta el Año 1930, entre mis papeles, algunos documentos recogidos de los “huelguistas” cabecillas (p.e. El Toscano) que demostraban que el Movimiento estaba conectado a otro que debía reventar en Misiones, y que los bolcheviques desde no sé dónde lo alentaban» (Gómez, 1968: 95).

16. Sánchez de Bustamante fue presidente del Instituto de Historia Militar Argentina, director de la Escuela Superior de Guerra y de su revista, en la que colaboró a menudo. También donó a la biblioteca de esa institución los libros *El judío internacional* de H. Ford y *Propaganda bélica y genocidio* de E. Ludendorff.

del morir en el cumplimiento del deber, sino también la actualidad, que es consecuencia de que el enemigo de entonces está todavía hoy entre nosotros, aun más agresivo».¹⁷

4. Conclusiones (memoria, historia, política)

Los años en los que se desarrolló el «miedo rojo» en Argentina se caracterizaron por el alarmismo de los sectores propietarios, marcado por la paradoja de lo que se ha dado en llamar «antibolchevismo sin comunistas» (Rouquié, 1983: 207-214; Zanatta, 1996: 65-71). El miedo impedía concebir los conflictos laborales como resultado del capitalismo, catalogándolos, en consecuencia, como parte de un plan de subversión más propio de lo policial que de lo laboral o lo político. Para los políticos y sectores asustados por un imaginado crecimiento de la izquierda, el gobierno de Yrigoyen aparecía como un avance concreto de las «ideologías disolventes», mientras que la «Semana Trágica» y las huelgas de Santa Cruz (años después conocidas como «Patagonia trágica») proporcionaban argumentos sobre la debilidad del gobierno para tratar con las fuerzas internacionalistas que pretendían desbancar el orden social y económico.

En lo que atañe a las huelgas australes, la interpretación que sostuvieron en los años veinte los estancieros, la LPA y algunos miembros del ejército insistía en distinguir entre los trabajadores, por un lado, y los bandoleros-anarquistas, por el otro. La premisa central de que los propagandistas anarquistas habían incitado a la revuelta a los obreros rurales se fundamentaba en una definición de los sucesos que era a la vez *política* (el desafío «sovietista» al régimen republicano), *nacional* («malos extranjeros» contra argentinos), *delictiva* (forajidos que depredan la propiedad) e incluso *cultural* (lucha con los bárbaros que asaltaban a los mojones de civilización del sur). En este marco de ideas resulta arduo encontrar correlaciones permanentes entre las categorías usadas y los productores de ese discurso: tanto *La Nación* como Carlés utilizan de manera indistinta «forajidos», «revoltosos» o «bandoleros», sin merecerles mayor disquisición teórica o política. Sí, en cambio, es posible descubrir silencios: casi no se habla de «huelguistas» para no contribuir a forjar la imagen de un conflicto laboral.

Esta interpretación derechista no sufrió mayores modificaciones durante medio siglo, por lo que no parece acertada la afirmación de que desde 1921 se mencionó la huelga de Santa Cruz «como un intento del ejército chileno para apoderarse de nuestra Patagonia» (Bayer, 1972: 55). Parece más factible sostener

17. Ideas similares expresó Sánchez de Bustamante (en Punzi, 1991: 5). Por iniciativa suya, una puerta de la guarnición de Campo de Mayo se llama «Teniente Coronel Varela» (Bayer, 2003).

que esta idea se difundió desde mediados de los años sesenta, a partir de los incidentes bélicos del islote de Snipes (1958) y de Laguna del Desierto (1965), así como del recalentamiento de la hipótesis del conflicto con Chile. La influencia de estos episodios y, posteriormente, de la obra de Bayer (1968 *a* y *b*; 1972), estimuló una labor de reingeniería historiográfica que propició una segunda generación de interpretaciones derechistas –liderada por historiadores tradicionales y del Ejército– en la que la responsabilidad ya no recaía sobre anarquistas y bandidos sino sobre el propio ejército chileno.

Los sucesos de 1921 fueron incorporados a una línea historiográfica de mayor calado, basada en la imagen de Chile como un país expansionista con una insatisfecha vocación de ensanchamiento territorial, nacida del ahogo entre los Andes y el mar. La presencia de Ibáñez, la profesionalidad de los sublevados, la posesión de armas largas y la existencia de un regimiento transandino en territorio argentino configuraron el conjunto de las supuestas «pruebas» del complot chileno, que no quedaron documentadas. Por contra, no se hace mención a los fusilamientos, la acción de los bandoleros o los agitadores anarquistas, así como tampoco la preocupación de la LPA por separar a los buenos inmigrantes de los malos. Finalmente, en los años setenta, algunos de estos discursos adoptaron una terminología militar inspirada en la Doctrina de la Seguridad Nacional («zona liberada», «ensayo de guerra revolucionaria», etc.) que reflejaba las preocupaciones del presente, motivo por el cual los historiadores militares reescribieron la historia de la «Patagonia trágica» en clave contemporánea y fueron construyendo un panteón de héroes anti-subversivos, en el que el teniente coronel Varela ocupaba un privilegiado puesto inaugural.

Referencias bibliográficas

- ANAYA, E. C. (1965): «Teniente Coronel Héctor B. Varela», *Revista del Círculo Militar*, 677: 67-73.
- BAYER, O. (1968 *a*): «Los vengadores de la Patagonia trágica», *Todo es Historia*, 14: 22-54.
- (1968 *b*): «Los vengadores de la Patagonia trágica II», *Todo es Historia*, 15: 50-89.
- (1972): *Los vengadores de la Patagonia trágica*, Buenos Aires, La Galerna.
- (2003): Entrevista del autor, diciembre.
- BENDICHO BEIRED, J. L. (1999): *Sob o signo da nova ordem. Intelectuais autoritários no Brasil e na Argentina (1914-1945)*, São Paulo, Loyola.
- BORRERO, J. M. (1928, reimp. 1957): *La Patagonia trágica*, Buenos Aires, edición del autor.

- BUCHRUCKER, C.** (1987): *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- CAILLET-BOIS, R.** (1970): *Cuestiones internacionales (1852-1966)*, Buenos Aires, Eudeba.
- CATERINA, L. M.** (1995): *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20*, Buenos Aires, Corregidor.
- CORREA FALCÓN, E.** (1950): *Vidas patagónicas*, Buenos Aires, edición del autor.
— (1958): *Los sucesos de Santa Cruz, 1919 a 1921*, Buenos Aires, edición del autor.
— (1966): *De la llanura, del bosque y de la montaña*, Buenos Aires, Ciordia.
- CORREA FALCÓN, E.; L. KLAPPENBACH** (1924): *La Patagonia argentina. Estudio gráfico y documental del territorio nacional de Santa Cruz*, Buenos Aires, Kraft.
- FALCÓN, R.** (2000) «Políticas laborales y relación Estado-sindicatos en el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922)» en **SURIANO, J.** (ed.) (2000): *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena. 111-125.
- FIORITO, S.** (1971): *Un drama olvidado: las huelgas patagónicas de 1920-21*, Historia Integral Argentina 6, Buenos Aires, CEAL.
- GÓMEZ, J.** (1968): «Lectores amigos», *Todo es Historia*, 17: 95.
- GODIO, J.** (2000): *Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, Corregidor.
- LACOSTE, P.** (2003) *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LAFUENTE, H.** (2002): *Una sociedad en crisis. Las huelgas de 1920 y 1921 en Santa Cruz*, Río Gallegos, C.I.E.N.
- LPA (LIGA PATRIÓTICA ARGENTINA)** (1922): *El culto de la Patagonia. Sucesos de Santa Cruz*, Buenos Aires, Cúneo.
- LUNA, F.** (1956): *Hipólito Yrigoyen. Pueblo y gobierno*, vol. 1, Buenos Aires, Raigal.
- LVOVICH, D.** (2003): *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- MCGEE, S.** (1999): *Las derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939*, Stanford, Stanford University Press.
- MOLDES, J. M.** (1937): *La tierra de los tehuelches. Nociones de historia y geografía física, política y económica de la Patagonia*, Buenos Aires, edición del autor.
- NELLAR, F.** (1974): «Clarificación sobre la Campaña realizada por el Regimiento 10 de Caballería, años 1921 y 1922, en base a fuente oficial documental», *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, 413: 121-136.

- ORNSTEIN, L.** (1967): «Problemas fronterizos entre Argentina y Chile», *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, 371: 9-132.
- PAZ, R.** (1981): *El conflicto pendiente*, Buenos Aires, Eudeba.
- PICCIUOLO, J. L.** (1974): «Aspectos de la situación nacional, regional e influencia de las corrientes ideológicas y económicas mundiales», *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, 413: 97-119.
- PIERINI, M.** (2003): «Entre historia y ficción: dos imágenes de la Patagonia trágica en las novelas semanales», IX Jornadas Interescuelas de Historia, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina, 24 - 26 de septiembre.
- PORTAS, J. C.** (2001): *Patagonia. Cinefilia del extremo austral del mundo*, Buenos Aires, Ameghino.
- PUNZI, O.** (1991): *La tragedia patagónica. Historia de un ensayo anarquista*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- QUESADA, J.** (1922): *La mujer que se acordó de su sexo*, Buenos Aires.
- ROUQUIÉ, A.** (1983): *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, vol. 1, Buenos Aires, Emecé.
- SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE, T.** (1974): «Los Húsares de Pueyrredón y la Campaña de Santa Cruz», *La Nación*, 17 de abril, 8.
- SAROBÉ, J. M.** (1935): *La Patagonia y sus problemas*, Buenos Aires, Aniceto López.
- SCENNA, M. A.** (1970): «Argentina-Chile. El secular diferendo», *Todo es Historia*, 45: 67-91.
- (1981): *Argentina-Chile. Una frontera caliente*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- TRONCOSO, O.** (1971): *Los fusilamientos de la Patagonia*, La Historia Popular 61, Buenos Aires, CEAL.
- ZANATTA, L.** (1996) *Del estado liberal a la nación católica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

The Representation of the Violation of Afghan Women's Social and Political Rights in Canadian Newspapers

ALIAA IBRAHIM DAKROURY
CARLETON UNIVERSITY

RESUMEN: Utilizando una metodología basada en el «análisis de contenidos», se estudia cómo aparece representada la violación de los derechos de las mujeres afganas, en una muestra de periódicos representativos canadienses, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la consiguiente guerra en Afganistán. Los problemas planteados en la descripción de una sociedad y cultura lejanas y desconocidas, desde un punto de vista occidental, afloran con mayor intensidad en momentos traumáticos o de gran carga emocional para la sociedad que se propone abordar tales representaciones. En consecuencia, la polarización y el maniqueísmo desplazan a la objetividad y la imparcialidad, como métodos defensivos de demonización del «otro», mientras que los medios de comunicación adoptan un papel primordial en la legitimación de la diferencia, en connivencia con las ideologías dominantes.

Palabras clave: derechos humanos, discriminación de la mujer, sociedad musulmana, violencia, representación cultural, medios de comunicación, análisis cualitativo.

ABSTRACT: Resorting to «content analysis», this paper explores how the violation of Afghan women's rights is represented in four leading Canadian newspapers in the aftermath of the 11 September 2001 attacks and the subsequent war in Afghanistan. The problems and shortcomings inherent in any attempt to represent societies and cultures different from one's own, from a Western perspective, surface openly when such societies are faced with traumatic events. Thus, Manichean polarization substitutes objectivity as a defensive method to protect and reaffirm one's own society and culture. The media, in turn, contribute to such a process, aiding in the legitimization of difference and alterity by aligning with the current dominant ideologies.

Keywords: human rights, women discrimination, Muslim society, violence, cultural representation, mass media, qualitative analysis.

All human beings are born free and equal in dignity and rights. They are endowed with reason and conscience and should act towards one another in a spirit of brotherhood.

Article (1), Universal Declaration of Human Rights, 1948

Everyone is entitled to all the rights and freedoms [...] without distinction of any kind, such as race, colour, sex, language, religion, political or other opinion, national or social origin, property, birth or other status. Furthermore, no distinction shall be made on the basis of the political, jurisdictional or international status of the country or territory to which a person belongs, whether it be independent, trust, non-self-governing or under any other limitation of sovereignty.

Article (2), Universal Declaration of Human Rights, 1948

Representing a turning point in history, the Universal Declaration of Human Rights was adopted on 10 December 1948 as a result of the Second World War and the violations against humanity that occurred during that period. The Declaration, a cornerstone of human rights, sets out the fundamental rights shared by the whole human family, explicitly rejecting, as asserted in Articles (1) and (2) quoted above, any type of discrimination based on gender differences.¹ Since 1976 a number of international conferences have addressed issues concerning women's rights in particular,² but in spite of all the international efforts, women continue to suffer: increased violations of women's rights, including social, physical, economic, and even educational ones, have been documented in many countries all over the world over the past few years. Georgina Ashworth's *The Silencing of Women* (1999) provides many examples of the inequalities and violations against women, young girls, and even children, while examining, as well as their limited political participation, the increase in women's poverty, the violations of their right to physical security, the access to health care, and the abuse of their economic rights. Rendel (1997: 179) declares, «women are disadvantaged both in the private domain of the family and in the public domain of employment,

-
1. In addition to the Declaration, two important international documents complete the recognition of basic human rights: the International Covenant on Civil and Political Rights and the International Covenant on Economic, Social and Cultural Rights. Both were adopted internationally in 1966 and entered into force in 1976. Their advantage lies in their statement of procedures for reporting and enforcing the human rights status.
 2. These include: the Convention on the Elimination of All Forms of Discrimination Against Women (Women's Convention) held in 1979; the 1993 World Conference on Human Rights (Vienna Conference); the 1994 International Conference on Population and Development (ICPD or Cairo Conference); the 1995 World Summit for Social Development (Social Summit or Copenhagen Conference); and the 1995 United Nations Fourth World Conference on Women (Women's Conference or Beijing Conference).

economic activity and political life. These disadvantages rest on long-existing traditions and profound beliefs about women». The issue of the representation of women's rights and the violations of those rights features prominently in the mass media. However, such coverage must be subjected to a certain critical analysis, since the media often present the violence against women selectively, choosing to focus on specific violated rights while ignoring others. Alternatively, the rights of women in Western societies are compared at the same level with those of women in other societies governed by different ideologies. Using representation theory, this article tries to determine how a sample of four Canadian newspapers (*The Globe and Mail*, *The National Post*, *The Ottawa Citizen*, and *The Montreal Gazette*) represent the issues of women's rights and their violations - as a part of the representation of violence - in a society with an ideological background different from its own, specifically, the Muslim society of Afghanistan.

1. Media and the Representation of Violence

The mass media are both important channels for the transmission of ideas, thoughts, norms, and values within societies, and key participants in the representation of such issues as religion, race, and gender. In his 1983 publication, *Mass Media and Human Services: Getting the Message Across*, Edward Brawley clearly outlines the importance and deep influence of the mass media in our lives:

The mass media constitute a powerful and pervading force in our lives. We are exposed daily to a bombardment of media messages. Most of the information we receive about our community, our state, the nation, and the world comes to us through newspapers, magazines, television, and radio. (Brawley, 1983: 11)

Moreover, the mass media play a vital role in shaping their audiences' knowledge, as well as the images and opinions of people about events surrounding them: «Our understanding of and attitudes toward people, events, and problems are greatly influenced by the information and views communicated through these media» (Brawley, 1983: 12). Above all, using different approaches and techniques, the mass media mix news stories - «facts» - with their interpretation in the representation of any given information: «News stories, like myths, do not “tell it like it is”, but rather, “tell it like it means”» (Bird and Dardenne, 1988: 71).

In his study on the effects of ethnicity and national culture on the interpretation of media texts - specifically, television texts - Harindranath (2000: 154) states the relevance of the audience's social positioning:

[The audience's] socio-cultural situatedness can and must be assumed. They function as social subjects of a particular class, society or culture, as family members, and it is not difficult to see their behaviours, including media consumption and interpretation, being shaped by the membership.

In the context of representation theory, Stuart Hall (1997: 15) conceives representation as closely involved with the production of meaning: «Representation is an essential part of the process by which meaning is produced and exchanged between members of a culture. It does involve the use of language, of signs and images which stand for or represent things». Additionally, in «The Work of Representation», Hall (1997: 16) offers a precise definition of representation from the Shorter Oxford English Dictionary: «To represent something is to describe or depict it, to call it up in the mind by description or portrayal or imagination: to place a likeness of it before us in our mind or in the senses; [...]to represent also means to symbolize, stand for, to be a specimen of, or to substitute for».

This is in fact what the mass media (including television, radio broadcasting, newspapers, etc.) usually do. They represent the world for us by portraying it through language, features, comments, pictures, and audio / visual materials, and in so doing they confer meaning to events. For this reason, true representation by the media is extremely important, especially in transnational reporting, because audiences understand and remember information, as well as the meaning of events, according to the way these are constructed and represented by the mass media. The representation of factual reality by the mass media poses questions as to its full implementation and ultimate accomplishment, as Bird and Dardenne (1988: 82) suggest: «Journalists know that events seem more real to readers when they are reported in story form; when they do this they find themselves slipping into the mire of “fiction” and hauling out the lifebelts of objectivity and fact». Another perspective concerned with the part that language plays in the representation process is that of Deacon, Pickering, Golding and Murdock (1999: 144), who argue that the linguistic analysis carried out in media research can reveal how powerful media discourse is: «The most interesting linguistic analyses of media texts and representations have exposed the assumptions and values that are wrapped up in the construction of even relatively simple grammatical forms, such as headlines». Additionally, in early feminist studies, scholars assumed that the process of representing women was mainly an expression of social reality. Simultaneously, they recognized that this expression reflected male attitudes and the status of women in their respective societies, constituting, in fact, the misrepresentation of «real women» (Barker, 1999: 97).

2. The Problematic Nature of Cultural Representation

Following the 11 September 2001 attack on the United States of America, the world has gathered in front of the television screens, the newspapers and other media all over the world to keep up with the ensuing events. After establishing that the key person behind the United States disaster was leading training camps for terrorists in Afghanistan, the United States military began its retaliation against the governing regime in the Afghan territories. This situation has led to mounting interest in the West in getting more information about Afghan women, human rights and Islam, and other associated issues in the context of the United States «war on terrorism».

Given that «human rights are [assumed to be] gender neutral», it is important to study the representation of women's rights by the mass media, for, as Ashworth (1999: 259, 263) notes, women have frequently been misrepresented by them: «The media often savaged the female victim - misrepresenting, ridiculing, denigrating, and inciting sexual hatred». Following Ashworth's argumentation, this paper examines how Canadian newspapers, when representing violations of the rights of Afghan women, indirectly present their own society, «the self», as a perfect protector and defender of women's rights. In contrast, the Afghan society, «the other», including its religious, political, social, and cultural systems, is portrayed as one which humiliates women and violates their human rights, and specifically, women's rights - an approach which can be described as «self-serving positive self-presentation and negative other-presentation» (van Dijk, 1998: 317). The purpose of this paper is to explore the representation by the Canadian newspapers (Western media) of the human rights status of women in Afghanistan immediately following the United States air strikes, concentrating on the violations of the social and political rights of Afghan women, and evaluating the nature of such representations, whether positive or negative.

In order to engage in a meaningful discussion of the representation of violence against Afghan women in Canadian newspapers, a note must be made about the debates concerning Islam and human rights: one standpoint claims that Islam is a barbaric religion that violates human rights, especially those of women; that Muslim man mistreats, subjugates, and disadvantages women and discredits their role in society and as human beings. According to Subbamma (1988: 3), the Muslim woman is «a miserable creature without any rights whatsoever in respect of marriage, succession, guardianship or birth control». Such a view is also in consonance with the statement that claims that most Asian and Middle Eastern countries continue to embrace a patriarchal social system which supports and perpetuates male domination. Other scholars, however,

refute this accusation, arguing that Islam respects women as equal to men, and that it upholds their rights. In her study of the religious debate concerning Islam and gender in Iran, Ziba Mir-Hosseini (1999) argues that gender roles and relations generally, and women's rights, specifically, are not fixed, not given and not absolute; they differ from one society to another, from one culture to another. Supporting this view, Karim (2000: 63) states that the differences between Western and Islamic cultures underlie the misunderstanding between both. Similarly, Edward Said (1979: 272) maintains that

Islam has been fundamentally misrepresented in the west - the real issue is whether indeed there can be a true representation of anything, or whether any and all representations, because they are representations, are embedded first in the language and then in the culture, institutions, and political ambience of the representer.

3. Methodology and Sampling

For this study, content analysis is adopted as the method of data collection, since «content analysis involves specialized procedures for processing scientific data. Like all research techniques, its purpose is to provide knowledge, new insights, [and] a representation of “facts”» (Krippendorff, 1980: 21). However, this paper relies only on the qualitative approach of content analysis in terms of the specific qualitative factors which conform the main topics of this research: 1) descriptions and types of women's rights, and their violation (this category includes the characteristics of the rights and the violators of these rights); 2) attitudes (whether positive, neutral or negative); 3) style of reporting (informative, problematic or comparative); 4) drawing attention (including photos and pictures).

Sampling for this paper includes four categories: newspapers, forms of coverage, duration, and specific topic under analysis. In order to include various perspectives to fairly represent the range of Canadian newspapers, the following four newspapers³ have been selected - *The Globe and Mail*, *The National Post*, *The Ottawa Citizen*, and *The Montreal Gazette*.

3. The analysis includes many different forms of coverage such as news, features, opinions, articles, comments, etc., published throughout October 2001. The topic under analysis is the social and political rights of Afghan women, including rights to education, health, employment, and political participation, as well as the rights in marriage.

4. Main Findings of the Study

4.1. Style of Reporting

Largely, the four newspapers under scrutiny use the comparative style (comparing the status of women's rights in Afghanistan with that in either the United States, Canada or Western societies generically); the problematic style (illustrating the sophistication of human rights in Western societies and the decline of human rights in the Afghan regime or ideology); and finally, the information style (an average style of representing news about Afghan women's rights).

The National Post: During the period of analysis, *The National Post* did not mention Afghan women's rights specifically, but concentrated basically on the overall civil rights of Afghan citizens. While it did mention in a broad way Islam and its impact on Afghan society, it did not use Afghan women's rights as a tool in representing either the Afghan society or Islam. This newspaper dealt with the subject of human rights directly by opening various debates, mainly centred on Islam and the terrorist leaders. In particular, the Taliban regime was represented as the violator of all Afghan citizens and their rights, positioning the Taliban as «the Other». Conversely, *The National Post* represented the Western «Self» as the hero or defender of those rights by illustrating the kindness and generosity of the United States troops, who distributed humanitarian aid to the Afghan civilians.

The Globe and Mail: *The Globe and Mail* constituted a relevant source for discovering how a mainstream Western newspaper would represent Afghan women's rights. Two examples were provided by this newspaper to prove the violations of women's rights. One of these was a feature on the «Sunera Thobani» case, which sparked wide debate as a result of Thobani's criticism of the United States for waging war against Afghanistan, and for her description of the United States policy as «soaked in blood». *The Globe and Mail's* Margaret Wenté stated in a commentary published on October 4, 2001, entitled «Two reasons to thank Sunera Thobani», that she was an «idiot» and said «idiotic things». Wenté's remarks in this context are important because she resorts to the comparison style of reporting to state that only women in Western democracies enjoy basic human rights and freedoms: «The truth is that the emancipation of women anywhere on this planet depends solely on the spread of Western democratic values».

Yvonne Ridley's story is another example of this type of feature. Ridley, a British reporter who was captured and jailed after sneaking into Afghanistan, is now back in England reporting her tale of fear, as well as the status of women's rights in Afghanistan. She describes limitations on women's freedom such as the

mandatory wearing of the *burqua* and the prohibition to talk to men, which she experienced first hand while disguised as an Afghan woman. This story was published on 15 October, 2001 under the title «Prisoner of the Taliban».

The Ottawa Citizen: *The Ottawa Citizen* concentrated on comments and articles documenting news from Afghanistan. In their coverage, a noticeable word choice was the use of «we» when talking about the Canadian or the USA point of view, while «they» was preferred to refer to the Afghan regime, or Muslim regime, generally seen as «other» from the Western perspective. As in *The Globe and Mail*, Sunera Thobani also figured in *The Ottawa Citizen*'s illustration of Afghan women's rights. The newspaper adopted the comparative style of reporting in posing the question as to whether the women in Afghanistan were enjoying their human rights in the same way as women in the United States or in Canada were. To answer this question, the newspaper illustrated the types of human rights violations suffered by women in Afghanistan, and, contrasted these with the enjoyment of such rights by USA and Canadian women. For example, in a report titled «The Taliban's secret foes» (20 October, 2001), Hilary Mackenzie cited a remark made by an Afghan woman regarding the depressed psychological state of Afghan women: «If these women were in the United States, I would hand out anti-depressants».

4.2. Attitude of Representation

In general, the attitudes of the four newspapers towards this particular issue were mainly negative, especially when dealing with social rights. The use of significant words was an indication of each newspaper's attitude towards the subject, especially when interpreting the «other» point of view. For example, if there is a piece of news where Afghan women appear working or studying - which are positive aspects - some of the following modifiers tend to be used: «rarely», «slightly», «few», «some», «briefly», which can be viewed in that context as negative words. In the same vein, «almost», «all», «every», «daily» tended to qualify the violation of such rights. On the other hand, a positive attitude was displayed in these four newspapers' representations of the opposing parties to the Afghan regime.

The Citizen resorted to negative attributes to report the Afghan regime's violent practices against women, such as «more violent», «most conservative».

Similarly, *The Montreal Gazette* utilized overt negative words to describe the Afghan women's violations, such as «most treacherous», «most-criminal», and «most anti-democracy».

The Globe and Mail adopted absolute words to describe the type of violation along with the violators, e.g. the «dictators» and «fascists», who force girls and women to stay at home, forbid them to socialize with males, and even to go to school or work.

No definite positioning could be inferred from the data collected from *The National Post*, despite the fact that it had a general negative attitude in the coverage of other features of the violence against Afghan women.

4.3. Location of the News / Narratives

On the whole, most of the news regarding Afghan women's rights or human rights in general were placed on the front pages or in the front sections of the four newspapers under analysis. This fact reinforces Karim's (2000: 117) assumption that the dominant discourses of a society usually appear in the front pages: «Even though alternative narratives do appear occasionally in the back pages of newspapers, the enactments of the dominant discourse continue to be placed in the front sections».

4.4. Usage of News Photographs

Photographs are an important feature of the daily newspapers. Sometimes they can represent exactly what the author / editor intends to communicate but cannot express easily with words. Stuart Hall notes the importance of the «encoding process», in which the media produce a symbolic message, mainly understood as a system of signs (including, of course, language), and the receiver in turn translates it into the real meaning or event. Hall (1977: 343) argues that this process of «encoding» has different ways of representing events, which may be applied to the usage of photos or illustrations in newspapers: «There are significantly different ways in which events - especially problematic or troubling events, which breach our normal, common-sense expectations, or run counter to the given tendency of things or threaten the status quo in some way - can be encoded». It is important also to consider here Karim's (2000: 69) consideration about the effect of photos or illustrations in the news: «The captions of news photographs reinforce their ideological messages».

The Montreal Gazette: Photos published throughout October 2001 in *The Montreal Gazette* showed diversity in representing Afghan women's rights. On the one hand, Afghan women appeared practising their political rights in photographs

where they wore the traditional *burqua*, raised their hands in protest against the war, and demanded that the United States stop killing their people. On the other hand, they were also represented as victims, hidden from head to toe by the *burqua*, helpless, seeking refuge in Pakistan. Occasionally, they were pictured doing elementary / primary work, such as sewing or carrying a child in the street.

The National Post: In addition to being a way of expressing the power of the West against terrorism, photographs published throughout October 2001 in *The National Post* were a means of representing Afghan women. Mostly, women were presented as miserable, hungry, sick, and hidden, covered from head to toe with the *burqua*, or depicted as refugees carrying their children in the desert. These pictures also contain images that include signs of inequality towards women, or that imply the violation of gender equality or the social rights of women, such as an Afghan man walking in the street with his wife and children walking behind him. This specific representation may be the only one to contain an implication of the status of women in Afghanistan shown in *The National Post* during the period under analysis.

4.5. Characteristics and Traits of Afghan Women's Rights and the Afghan Regime

The terms used to describe characteristics and traits of both the Afghan women's rights and status, and the Afghan regime may be considered revelatory of the newspapers' positions.

The Montreal Gazette: Some important characteristics were mentioned in the news, articles, comments and features in *The Montreal Gazette* referring to both the Afghan Regime and the human rights status of Afghan Women. Some of the terms used to qualify the Afghan regime were: «most treacherous», «most-criminal», «most anti-democracy», «anti-women», «Islamic fundamentalist parties» and «violators». Words used to characterize the human rights status of the women in Afghanistan included: «pitiful conditions», «more pain», «first victims», «trapped», «escaped» and «assault on women's rights».

The Globe and Mail: The following words were adopted to indicate characteristics of the Afghan regime: «thugs», «dictators», «fascists», «repressive regime», «tribal chieftains», «fundamentalist Islamic movement», «hard-line regime of Taliban», «hostility of women», «hate», «Islamizing society», «conservative Muslim man». The most frequent terms employed to describe the Afghan women's status were: «violence against women», «women in trouble», «powerless women and girls».

The Ottawa Citizen: *The Citizen* refers to the Afghan regime in negative terms such as: «misogynist Afghani leadership», «male culture», «Sharia law», «twist Islam», «more violent», «most conservative», «Taliban regime», «polygamist, Islamic Extremist», «fanatics», «terrorists», «wild men», «inhumanity in the face of religion», «criminals», «fundamentalist», «backwards». The terms attributed to the Afghan women's status included: «grieving women», «oppress women», «miserable women», «helpless», «plight of women», «dark future for women», «oppression of women», and «brutality of women».

4.6. Description of Women's Rights

In the representation of the Afghan women's rights in *The Montreal Gazette*, the following are the types of rights or violations of rights mentioned throughout October 2001:

Type of Right	Description of Violation
Socialization / social life	Prohibition to talk with strangers Prohibition to associate or mix between males and females Prohibition to ride in a car alone
Employment	Lack of availability of choices in employment for Afghan women Mid-wife, teacher or seamstress are the only available jobs
Education	Prohibition to study for girls over 8 years old
Marriage	Pressure to marry Multiple marriage for the husband Marriage before a suitable age
Health	Lack of health care for both adult and young Afghan women Spreading of diseases
Physical rights	Malnutrition Hunger, lack of food Sexual aggression Being beaten by husband Being raped during wars among Afghans
Political rights	None

The Globe and Mail, in its representation of Afghan women's rights, mentioned the following as the types of rights or violations of rights throughout October 2001:

Type of Right	Description of Violation
Social rights	Inequalities between men and women in society Religious restrictions
Employment	Prohibition to work
Education	Ban on going to school Ban on music lessons at schools Strictness in learning the scriptures of the Qur'an
Marriage	Multiple marriage for the husband
Health	Ban on medical treatment by a male health worker Malnutrition Spreading of diseases Lack of vaccinations
Physical rights	Beaten Raped Harsh policies towards girls and women Kidnapping girls
Political rights	Ban on any and all public roles since the Taliban seized power in 1996

The Ottawa Citizen has represented the following types of rights or violations of Afghan women's rights throughout October 2001:

Type of Right	Description of Violation
Social rights	Death threats No social role or norm for women in society Forcing women to live separately from the public in Purdah Demand to cover head to toe with the <i>burqua</i> Prohibition to wear high heels Ban on any make-up Families and communities have been torn apart
Employment	Limited opportunities Prohibition to work
Education	Bombing and closing schools Lack of education Threatening teachers with public execution
Marriage	Giving a difficult and tough time to the Afghan widows Forcing into marriage
Health	Clinics set up for girls and women were bombed and looted Lack of food, malnutrition Spreading of diseases

	Denial of any medical care Denial of psychological rights
Physical rights	Forcing women into prostitution Driving women to depression and suicide Beating women Throwing acid in women's faces as punishment Raping girls
Civil and political rights	Not encouraging participation in politics Lack of freedom of speech Lack of safety in the country No democracy or freedom

As the above tables illustrate, employment, education, health and marriage appear as recurrent features in the description of women's rights in Afghanistan.

We must point out that only three newspapers were analyzed because a scanning of the publications of *The National Post* from the month of October showed that there were not any descriptions of Afghan women's social and political rights. *The Montreal Gazette*, *The Globe and Mail* and *The Ottawa Citizen* concentrated mainly on the social rights and their violations, while they rarely mentioned political rights: *The Montreal Gazette* did not mention any political rights; *The Ottawa Citizen* appeared as the only newspaper that mentioned extensively the civil rights of Afghan women in relation to their political rights.

5. Final Considerations

In conclusion, there is certainly something to be said regarding the role of the mass media as an important tool in the representation of violence, where images, words, photos, and symbols are illustrative of the complex issues surrounding the violence against women. No one can deny that the 11 September 2001 events have affected not only the international and national political environment, but constituted a turning point in the cultural, social, and communicational levels as well.

This paper has explored how four Western newspapers represent the violations of Afghan women's social and political rights after that date. The findings show that *The Globe and Mail*, *The National Post*, *The Ottawa Citizen*, and *The Montreal Gazette* adopted both the problematic and comparative styles of reporting to draw a direct comparison between the Afghan and the Western societies in the representation of the violence against women, disregarding the major differences existing between these two societies on the ideological, social, and cultural levels.

Hence, major representations of the «self» position the West as hero and defender of women's rights.

Alternatively, the Afghan regime and society were, according to this sample of newspapers, the «other», usually identified as barbaric, and violator of women's rights. As examples of the latter, these newspapers cite, among others: forcing women into marriage, forcing women into prostitution, beating girls, raping women, the ban on education or schooling for girls, the lack of freedom of speech, or the rate of suicide. These results are largely consistent with Stuart Hall's (1997: 25) statement that the narrator plays a key role in interpreting events: «It is the speaker, the author, who imposes his or her unique meaning of the world through language».

It has been argued so far that the representation of violence is extended well beyond the actual action of violence, to the symbolism of violence. A Western newspaper that publishes a photograph of an Afghan woman wearing the *burqua* from head to toe, carrying a child, and holding another child in the desert, while accompanying her husband, who has the privilege of riding on the back of a donkey, is not only representing the violations of Afghan women's human rights: such a photograph suggests other conceptual images that are intertwined with it, and it is up to the reader / viewer to decode and interpret them.

Acknowledgments

I would like to extend my sincere appreciation for Professor Karim H. Karim of the Mass Communication Program, School of Journalism and Communication, Carleton University, Ottawa, for his constructive criticism, writing recommendations, and sincere academic advice.

Works cited

- ASHWORTH, G. (1999): «The Silencing of Women» in DUNNE, T.; N. WHEELER (eds.) (1999): *Human Rights in Global Politics*, Cambridge, Cambridge University Press. 259-276.
- BAEHR, P. R. (1999): *Human Rights: Universality in Practice*, New York, St. Martin's Press.
- BARKER, C. (1999): *Television, Globalization and Cultural Identities*, Philadelphia, Open University Press.
- BIRD, E. S.; R. W. DARDENNE (1988): «Myth, Chronicle and Story: Exploring the Narrative Qualities of News» in CAREY, J. W. (ed.) (1988): *Media, Myth and Narratives: Television and the Press*, London, Sage. 67-86.

- BRAWLEY, E. A.** (1983): *Mass Media and Human Services: Getting the Message Across*, Beverly Hills, Sage.
- DEACON, D.; M. PICKERING; P. GOLDING; G. MURDOCK** (1999): *Researching Communications: A Practical Guide to Methods in Media and Cultural Analysis*, London, Arnold.
- DONNELLY, J.** (1999): «The Social Construction of International Human Rights» in **DUNNE, T.; N. WHEELER** (eds.) (1999): *Human Rights in Global Politics*, Cambridge, Cambridge University Press. 71-102.
- HALL, S.** (1977): «Culture, the Media and the “Ideological Effect”» in **CURRAN, J.; M. GUREVITCH; J. WOOLLACOTT** (eds.) (1977): *Mass Communication and Society*, London, Edward Arnold. 315-348.
- (1997): «The Work of Representation» in **HALL, S.** (ed.) (1997): *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*, London, Sage. 13-74.
- HARINDRANATH, R.** (2000): «Ethnicity, National Culture(s) and the Interpretation of Television» in **COTTLE, S.** (ed.) (2000): *Ethnic Minorities and the Media Changing Cultural Boundaries*, Philadelphia, Open University Press. 149-163.
- HOOD, S. J.** (2001): «Rights Hunting in Non-Western Traditions» in **BELL, L.; A. NATHAN; I. PELEG** (eds.) (2001): *Negotiating Culture and Human Rights*, New York, Columbia University Press. 96-124.
- KARIM, K. H.** (2000): *Islamic Peril: Media and Global Violence*, Montreal, Black Rose Books.
- KRIPPENDORFF, K.** (1980): *Content Analysis: An Introduction to Its Methodology*, Beverly Hills, Sage.
- MACKENZIE, H.** (2001): «The Taliban's Secret Foes», *The Ottawa Citizen*, 20 October, B4-B5.
- MIR-HOSSEINI, Z.** (1999): *Islam and Gender: The Religious Debate in Contemporary Iran*, Princeton, Princeton University Press.
- RENDEL, M.** (1997): *Whose Human Rights?*, London, Trentham Books.
- RENTELN, A. D.** (1990): *International Human Rights: Universalism versus Relativism*, Newbury Park, Sage.
- RIDLEY, I.** (2001): «Prisoner of the Taliban», *The Globe and Mail*, 15 October, A8.
- SAID, E. W.** (1979): *Orientalism*, New York, Vintage Books.
- SUBBAMMA, M.** (1988): *Islam and Women*, New Delhi, Sterling Publishers Private Limited.
- VAN DIJK, T. A.** (1991): *Racism and the Press*, London, Routledge.
- (1998): *Ideology: A Multidisciplinary Approach*, London, Sage.
- WENTE, M.** (2001): «Two Reasons to Thank Sunera Thobani», *The Globe and Mail*, 4 October, A1.

«Los discapacitados sociales». La Política de Educación Especial durante la última Dictadura argentina¹

MARÍA FERNANDA SANTARRONE, CAROLINA KAUFMANN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ENTRE RÍOS

ABSTRACT: This article examines specific aspects of the social / symbolic repression undertaken by the last Argentinian Dictatorship (1976-1983) in the field of education, and how these relate to the dominant discourses and ideologies of their time. In those days, the construct of the «social disabled» was established as part of the wider category of Special Education, equating it to the rest of physical disabilities, in an attempt by the Dictatorship to suppress dissidence. Additionally, a critical analysis of the educational policies dealing with the area of Special Education is outlined in order to show the conniving role of the educational institutions in promoting and reinforcing the oppressive ideological atmosphere imposed by the military dictatorship.

Keywords: special education, disability, society, ideology, dictatorship, socio-symbolic repression, critical discourse analysis.

RESUMEN: La categoría de los «discapacitados sociales», encuadrada dentro de la Educación Especial, refleja la represión simbólica / social llevada a cabo en la educación argentina durante la última Dictadura (1976-1983), como parte de la legitimación ideológica de supresión de cualquier tipo de oposición al régimen militar vigente. En el artículo se profundiza en la política educativa en materia de Educación Especial de aquel período, a partir del análisis del discurso crítico, para concluir que tal proceso de «normalización» derivaba en una política de segregación y discriminación, tanto en el campo de las deficiencias físicas y psíquicas, como en el de la disidencia ideológica.

-
1. El trabajo que a continuación presentamos, recorte de una investigación mayor, se inscribe en el marco del Proyecto TIPHREA (Tendencias ideológico-pedagógicas en la historia reciente de la educación argentina), 2ª Etapa: *Educación, Dictadura y transición democrática*, desarrollado en la Facultad de Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina, bajo la dirección de Carolina Kaufmann.

Palabras clave: educación especial, discapacidad, sociedad, ideología, dictadura, represión socio-simbólica, análisis del discurso crítico.

«La historia de nuestro cuerpo es la historia de la educación;
la historia del cuerpo es la historia de la educación»
(Stevenin et al., 1984)

1. Introducción

En este artículo se tratarán aspectos específicos de la represión simbólica / social llevada a cabo en el campo educativo argentino durante la última Dictadura² (1976-1983) y su relación con los discursos e ideologías entonces dominantes. En aquel momento histórico se incluía a los «discapacitados sociales» en el terreno de la Educación Especial junto con otras discapacidades: auditivas, visuales y mentales, con sus correspondientes subdivisiones.

Como dispositivo metodológico se recurrirá a la utilización de fuentes oficiales escritas, como circulares, decretos y discursos de la época, así como también a testimonios de fuentes orales. A través de la confrontación de los distintos materiales documentales se construirá nuestro objeto de estudio: los «discapacitados sociales» en el marco de la Educación Especial en Argentina. A tal efecto, se profundizará, a partir del análisis crítico del discurso ideológico (van Dijk, 1995; Martín Rojo y Whitakker, 1998; Wodak, 1996), en la política educativa en materia de Educación Especial plasmada durante el período estudiado. Tal política educativa se concretó en el plano nacional y, específicamente, en la provincia de Santa Fe, a través de reglas de constitución y materialización del campo de la Educación Especial.

2. Historiografía de la Educación Especial

En términos generales y a efectos de ubicar la inclusión de los «discapacitados sociales» en el campo de la Educación Especial, se observa que la historiografía educacional reconoce diferentes fases con relación a los niños que no responden a los patrones corrientes de «normalidad» (Carli, 2002; Mannoni, 1984; Varela

2. En adelante, al referirnos a la última dictadura argentina (1976-1983), la denominaremos como Dictadura, con mayúscula, para enfatizar su singularidad e identidad precisa; no sólo porque no es posible equipararla con las dictaduras que la precedieron, sino por la magnitud del genocidio perpetrado (Doval, Godoy, Kaufmann y Suasnabar, 2001: 25).

y Álvarez Uría, 1991). Skliar (2000) advierte que la Educación Especial como disciplina formal es discontinua en sus paradigmas teóricos. Más relacionada con la caridad, la beneficencia y la medicalización que con la pedagogía, ha sido tratada como una subárea de la educación, resultando en la subteorización de la misma. En consecuencia, la Educación Especial³ se presenta como aquella educación que incluye el tratamiento de los alumnos especiales que se «apartan» o «desvían» de las características consideradas como normales o corrientes. Si bien coincidimos con esta primera caracterización disciplinar, parece evidente que la historicidad en el sistema de representaciones y de significaciones políticas de la Educación Especial ha ido transformándose con el paso del tiempo, como dejaría patente el análisis de los términos utilizados para caracterizar a los sujetos encuadrados dentro de los parámetros de la Educación Especial a partir de los años setenta: discapacitados, deficientes, diferentes, impedidos, personas minoradas, débiles, disminuidos, etc.

En el tratamiento de la educación de los niños con algún tipo de «discapacidad» o minusvalía se advierte un primer momento dentro del contexto del siglo diecinueve que se centra en los aspectos fisiológicos, generalmente denominado como *modelo médico* y caracterizado por su enfoque anclado en la patología. En este paradigma se sostiene que los niños con «discapacidades» son personas enfermas y ocasionalmente peligrosas, motivo por el cual, y siguiendo una lógica de la reclusión, deberán crearse centros de atención con el objetivo de mantenerlos aislados. Respondiendo a esta configuración, se conciben un sinnúmero de instituciones específicas de encuadramiento ideológico (patronatos, hospicios, internados, etc.) que pueden ser calificadas como órganos del «deber social», encargadas de asegurar el control y la seguridad de la sociedad. Es fácil advertir que este modelo ubica en el centro de la propuesta escolar la patología y no la enseñanza, haciendo hincapié en una pedagogía correctora o enmendativa.

En las últimas décadas del siglo diecinueve, coincidiendo con el surgimiento de nuevos campos de investigación psicológica, se iniciará un *modelo psicopedagógico* (Bowen, 1980; Manacorda, 1987) que propone clasificar a los sujetos de la Educación Especial atendiendo a criterios de semejanza y diferencia con el resto de los individuos. Es justamente al amparo de esta filosofía cuando se ins-

3. La Clasificación Internacional de Deficiencias, Discapacidades y Minusvalías (DIDDM) en su versión de 1980, elaborada por el Grupo de Clasificación, Evaluación, Encuestas y Terminología de la Organización Mundial de la Salud, establece las diferencias entre discapacidad, deficiencia y minusvalía: se considera la deficiencia como una pérdida o anormalidad de la estructura o función anatómica, fisiológica o psicológica de los sujetos; la minusvalía es el resultado de una desventaja producida por deficiencias que limitan o impiden la realización de funciones corrientes de acuerdo con la edad, el sexo y los factores socioculturales del sujeto; finalmente, la discapacidad se considera como una restricción o carencia —causada por una deficiencia— de la capacidad para realizar una actividad en la misma forma que la que se considera habitual para un sujeto convencional.

tauran las Escuelas Especiales en los diferentes países. Durante la segunda mitad del siglo veinte, se desarrolla un tercer modelo con una orientación marcadamente *sociológica o social*, que pretende hacer efectivo el principio de sociedad plural. De esta manera, se propiciará, tanto la integración escolar, como el derecho de los niños con supuestos «déficit» educacionales. Este modelo emerge en el contexto de foros internacionales, la conformación de asociaciones de padres y el cambio de perspectiva de los profesionales en la materia, quienes comienzan a concentrarse, ya no en el individuo sino en la sociedad. Finalmente, la perspectiva vigente de la Educación Especial de mayor aceptación (Aguilar Montero, 1998) ubica preferentemente a los sujetos del aprendizaje en una *escuela inclusiva e integradora*, en la que el concepto de «déficit» es sustituido por el de «necesidades educativas especiales». Esta última postura trata de responder a la diversidad de los alumnos, aceptando la integración, no como un acto «especial», sino como un acto intrínseco de los procesos educativos. En esta concepción educativa, el acento recae en las capacidades y potencialidades de los sujetos y no en sus deficiencias y supuestas limitaciones.

Cabe recordar que en el marco de las fases señaladas en el párrafo anterior, en Argentina, la institucionalización de la Educación Especial se remonta a 1857, con la fundación por parte de la *Sociedad Filantrópica Regeneración* de la primera escuela para sordos. Posteriormente, en 1887, se iniciará la educación de los niños invidentes en el *Asilo de Huérfanos* y, en 1902, se crearán clases especiales en escuelas comunes para asistir a los discapacitados mentales (Dopacio, 1998). Hugo Vezzetti (1985: 231) recuerda igualmente que la *Liga Argentina de Higiene Mental*, inaugurada en 1929 a instancias de la Sociedad de Neurología y Psiquiatría, se proponía crear algunas secciones permanentes: psiquiatría infantil, sociología, antisociales, vagabundaje y delincuencia, o higiene social e individual de la infancia. Otras secciones que figuran en los *Estatutos de la Liga Argentina de Higiene Mental* (1933), señaladas por Vezzetti (1985: 231), serán: alcoholismo y toxicomanías, higiene sexual, sífilis, y propaganda.

Junto a los anteriores, otros hitos históricos marcarán la progresiva conformación del campo de la Educación Especial en el país. Así ocurre, por ejemplo, con la creación de la *Inspección de Enseñanza Diferenciada*,⁴ dependiente de la Dirección Nacional de Sanidad Escolar (Ministerio de Educación), cuya función primordial consistía en dirigir la educación integral de la niñez con cualquier tipo de discapacidad, así como también la formación del personal docente especializado para cubrir los cargos docentes correspondientes. Bajo la jurisdicción de esta *Inspección* funcionaban las distintas escuelas diferenciales: Instituto del Mogólico, los Institutos Nacionales de Sordomudos, las Escuelas de Enseñanza

4. Resolución n° 338 de 5 de abril, 1966.

para Ciegos, los Grados para niños hipoacúsicos y ambliopes, Escuelas diferenciales domiciliarias y Cursos para docentes especializados en Enseñanza Diferencial. Posteriormente, se proyectará la *Dirección Nacional de Educación Especial* (Dopacio, 1998: 2), de la que dependerán las escuelas que atienden a alumnos con discapacidades auditivas, mentales y visuales. Mediante la Resolución Ministerial n° 2098 de 8 de mayo de 1974, se especificarán las funciones y atribuciones del *Director Nacional de Enseñanza Diferenciada*. Como se desprende del anterior relato, hasta este momento la historiografía educacional argentina no registra antecedentes que mencionen ningún tipo de «discapacidad social».

3. La Política de Educación Especial durante la Dictadura

La militarización del sistema educativo argentino durante la última Dictadura (1976-1983) permitió potenciar y revalorizar el «orden», la disciplina, las jerarquías verticales y la obediencia como virtudes sociopolíticas cardinales. La «pedagogía valórica» de raigambre personalista y perennialista⁵ fue diseñada en un marco de *disciplinamiento / remoralización* social para contribuir desde lo educativo a la consecución de los fines económicos, sociales, políticos e ideológicos de la Dictadura (Kaufmann, 1997; Kaufmann y Doval, 1997; 1999). A este respecto es importante destacar que, en Argentina, será durante la Dictadura cuando se incluya a los «discapacitados sociales» en el universo de las discapacidades, bajo la égida de la Educación Especial. Para llevar a cabo las políticas educativas de «ordenamiento» de los sujetos y de las conductas que la Dictadura se había trazado, y siendo las escuelas los dispositivos de identificación de los discapacitados, comenzaron a elaborarse políticas para la Educación Especial con funciones manifiestas de «readaptar» y «reeducar» según las distintas discapacidades. Así, la Educación Especial será presentada como tema prioritario de estudio en las Comisiones Permanentes del Consejo Federal de Educación, órgano destinado a establecer las políticas educativas del país.

A los efectos de concretar esas políticas, en la *VII Asamblea Extraordinaria del Consejo Federal de Educación*, realizada el 18 de diciembre de 1978 y presidida por el Ministro de Educación Juan Rafael Llerena Amadeo, se aborda el tema de la «Adopción de una política en materia de Educación Especial y difusión de las escuelas de Educación Especial» (Consejo Federal de Educación,

5. «Los aspectos particulares que estructuran los perennialismos pedagógicos contemporáneos son: la actitud intolerante y de oposición a cuantos no sostienen la doctrina de la Iglesia Católica y de la filosofía escolástica y/o neoescolástica; el tono de adoctrinamiento y dogmatismo con que brindan su teoría y el sentido trascendente de la existencia humana [...]» (Kaufmann y Doval, 1997: 33-34).

1979: 33). Como resultado de las Recomendaciones efectuadas por dicha Asamblea Extraordinaria, la *VIII Asamblea Ordinaria del Consejo Federal de Educación* recomienda en su artículo 1 «reconocer como sujetos de la Educación Especial a los educandos discapacitados y los que, por presentar características particulares, también requieren atención pedagógica especializada» (Consejo Federal de Educación, 1979: 40). En el artículo 2 se acuerda:

Denominar discapacitado a toda persona que, por estar afectada de una pérdida, carencia o disminución, transitoria o permanente, de sus capacidades mentales, físicas o sociales, se encuentra limitada para su realización personal e integración social y laboral. Tal denominación incluye a:

- discapacitados mentales,
- discapacitados físicos,
- discapacitados sociales.

(Consejo Federal de Educación, 1979: 40-41)

Por primera vez en la historia educacional argentina se incluye la denominación de «discapacitado social» vinculada a los sujetos con limitaciones para integrarse a un «orden social normal». En este caso, se advierte que la caracterización de «discapacitado» implica una disminución o detrimento de alguna de sus capacidades sin especificarse si esa disminución resultaba de una lesión congénita o adquirida. Tampoco se hace referencia al contexto social e histórico en que los individuos afectados se desenvuelven. Sólo se hace mención a las discapacidades como atributos de las personas, sin tener en cuenta el conjunto de condiciones, muchas de las cuales son generadas por el medio social. Por este motivo, se soslaya que las discapacidades pueden ser mayores o menores, según los comportamientos sociales.

En las tipificaciones otorgadas a la «discapacidad social», el mencionado Informe exponía:

DISCAPACITADO SOCIAL: Sujeto que por su situación o su conducta experimenta limitaciones para integrarse en un orden social normal.

La discapacidad social: consiste en manifestaciones de conducta desadaptadas imputables a:

- Factores personales predisponentes;
- Condiciones familiares anormales;
- Medio social desfavorable.

La acción educativa especial utilizará medios preventivos, correctivos y de estimulación.

(Consejo Federal de Educación, 1979: 46)

Se constata la inclusión de la «discapacidad social» dentro del campo de la Educación Especial, como si se tratara de una discapacidad de orden biológico, natural e innato. Las razones psicológicas, las razones familiares y las sociales que hacen referencia a los déficit constitutivos de los sujetos discapacitados nos desvían del horizonte pedagógico y nos remiten a situaciones «desintegradoras», ya sea en lo físico, en lo familiar y/o en lo social. Tal alejamiento del horizonte pedagógico puede entenderse en la medida en que no se aplican las mismas pautas curriculares y objetivos terminales para todos los alumnos en situación de escolarización.

Los definidos por su conducta a primera vista asocial y transgresora, que encontraban su máxima expresión en la delincuencia, pasaban a caracterizarse como «discapacitados / irregulares sociales», connotaciones que aluden a sujetos portadores de rasgos y conductas asociales. De este modo, estos «factores personales predisponentes», las «condiciones familiares anormales», el «medio social desfavorable», enunciados en el Informe, permitían plantear desde la educación o re-educación las tareas de «readaptación médica y social» (*Boletín del Ministerio de Cultura y Educación*, 1, marzo, 1980: 55), y la «readaptación al medio en el cual habrán de integrarse».⁶ En el punto opuesto se hallaban los discapacitados físicos o mentales quienes, según el imaginario del período, únicamente podían ser «adaptados», «incorporados» e «insertados» a la sociedad, ya que, en el discurso reeducador, se sobreentendía que los alumnos habían sido educados sin éxito y, por ello, la Educación Especial debía iniciarse desde el comienzo. Las ideologías de la reeducación y el discurso del tratamiento resocializador, con su manifiesta función rehabilitadora, readaptadora y regeneradora, lograron reforzar las diferencias sociales y la creación de estigmas que afectarían a los «discapacitados sociales». En términos generales, en las prescripciones curriculares emitidas por los órganos de política educativa se advierte que la *pedagogía terapéutica o curativa* propuesta y las soluciones de escolaridad para los alumnos con diferentes grados de discapacidad, proponían básicamente una modalidad de enseñanza correctora que tendía a «equilibrar» los déficit provocados por las diferentes «discapacidades».

Adicionalmente, las directivas trazadas por el Consejo Federal de Educación (CFE) en respuesta a las políticas emanadas de la Junta Militar, como en el caso de la *I Asamblea Ordinaria del CFE*, realizada en Esquel (Chubut) entre el 20 y 22 de noviembre de 1979, efectúan distintas Recomendaciones a ser concretadas y «adaptadas según las particularidades, prioridades y disponibilidades presupuestarias de cada provincia argentina con relación a la EE [Educación Especial]».

6. Decreto n° 2622 de 29 de junio, 1983: 67.

4. El tratamiento de la «discapacidad social» en la provincia de Santa Fe

La provincia de Santa Fe es una de las provincias argentinas que, junto con las provincias de Jujuy y San Juan, explicitan claramente en su documentación educativa el concepto de «discapacitados sociales». Frente a éstas, en otras provincias, como las de Buenos Aires y del Chaco, se habla de «irregulares sociales».

En Santa Fe, la política de la Educación Especial puede ser rastreada ya en su *Boletín 7*, en el cual se enuncia la Declaración de Derechos de los Discapacitados –aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 14 de enero de 1977, y donde, entre otras cosas, se expone que «[...] el término impedido designa a toda persona discapacitada de subvenir por sí misma, en su totalidad o en parte, a las necesidades de una vida individual y/o social normal a consecuencia de una deficiencia, congénita o no, de sus facultades físicas o mentales» (*Boletín del Ministerio de Cultura y Educación*, 7, septiembre, 1983: 10).

El Centro Provincial de Información Educativa de Santa Fe, dependiente del Ministerio de Educación regional, publica, a partir de 1982, síntesis cronológicas de las *Asambleas del Consejo Federal de Educación* a través de sus *Boletines de Educación y Cultura*. En estos últimos se ofrecen informaciones acerca de la Educación Especial y, especialmente, sobre todo lo relacionado con los «discapacitados sociales». Por ejemplo, en el capítulo sobre «Estructura y Organización de los Servicios de Educación Especial» se especifica que la organización de las escuelas prestadoras de Educación Especial se establecerá según las «distintas clases y subclases de prestaciones». Así, se tipifican las escuelas según el siguiente criterio:

Escuelas para discapacitados mentales (leves y moderados)
 Escuelas para discapacitados físicos (sensoriales y motores)
 Escuelas para discapacitados sociales (educables y reeducables)
 Escuelas de formación laboral (nivel de adaptación laboral y nivel de capacitación laboral)

En cuanto a la caracterización de los «discapacitados sociales», se consideraban dos subclases según la tipología de los individuos sujetos a la debida «integración». Por un lado, se encuentra la subclase de los «educables», en la que se incluía a los internos que convivían en hogares de menores⁷ (dependientes del Ministerio de Acción Social y Salud Pública o del Ministerio de Gobierno). Por el otro, la subclase de los «reeducables» contenía a aquellos internos alojados

7. Los niños / adolescentes que residían en institutos carcelarios y/u hogares de menores eran denominados «menores», reservándose la apelación a la infancia / niñez para los chicos en situación de escolaridad «normal».

en institutos de detención (cárceles). En definitiva, el argumento utilizado para categorizar a algunos como «educables», y a otros como «reeducables», era la institución o centro de procedencia. Ambos grupos se componían de sujetos marginales o marginados, aunque en el caso de los «educables» se trataba de educandos internos en hogares, mientras que el grupo de los «reeducables» comprendía educandos pertenecientes a institutos carcelarios.

En la documentación oficial se menciona que cada especialidad debería adoptar las disposiciones curriculares específicas para lograr una articulación con las escuelas primarias ordinarias. Esta articulación debería orientarse, tanto hacia objetivos de integración con las escuelas primarias comunes, como hacia los objetivos de preparación laboral que se realizaban en las escuelas de adaptación y capacitación laboral, así como los objetivos de ejercitación específica con otras escuelas de Educación Especial. Sin embargo, en distintas entrevistas⁸ mantenidas con docentes de Educación Especial, los mismos constataron que dicha articulación nunca se produjo.

Los objetivos perseguidos por la Educación Especial de los «discapacitados sociales» se diferenciaban entre sí según las clases y subclases de discapacidades. Los objetivos generales enunciados para estos alumnos eran: «Adquirir mediante el contacto de los valores culturales las nociones fundamentales y la internalización de pautas de conductas que aseguren la formación moral, intelectual y social». Por su parte, los objetivos específicos se formulaban según la subclase de discapacitados sociales, esto es, «educables» o «reeducables». En términos generales, los objetivos específicos y los contenidos curriculares para los «discapacitados sociales» eran similares a los de la escuela primaria común de entonces, como deja de manifiesto el siguiente extracto:

[...] Internalizar criterios fundamentales de orden moral y religioso que dieran sustento a una conducta recta

Comprender, respetar y aceptar los valores individuales, familiares, sociales, nacionales y religiosos (educables)

Comprender, respetar y aceptar los valores morales y religiosos de la vida personal y social

Fomentar el amor a la familia y a la Patria (reeducables)

Sensibilizar para el goce estético y promover la expresión creadora (ambos)

Preparar para el ejercicio responsable de los derechos y el cumplimiento de los deberes, también comprender, respetar y aceptar los valores individuales, familiares, sociales, nacionales y religiosos.

(*Boletín del Ministerio de Cultura y Educación*, 2, abril, 1982: 42-43)

8. Entrevistas realizadas por las autoras a docentes y directivos de Educación Especial, 2003, dentro del Proyecto TIPHREA.

Es destacable la presencia de valores religiosos en el dispositivo educacional, abiertamente expresados en el plano curricular, a pesar de que el gobierno *de facto* no se atrevió a incluirlos explícitamente a través de la legislación educativa.

Ahora bien, en el último año del gobierno de la Dictadura, que culmina en diciembre de 1983, y de acuerdo con el Decreto n° 2622 de 29 de junio de 1983, en la provincia de Santa Fe se seguía sosteniendo que «[...] de acuerdo a la caracterización determinada en Recomendaciones del Consejo Federal de Educación, se considera Discapacitado Social, al individuo que por su situación o conducta, padece de limitaciones que le impiden integrarse a un orden social normal [...]» (*Boletín del Ministerio de Cultura y Educación*, 6, julio, 1983: 65), agregándose que «[...] la discapacidad social consiste en manifestaciones de comportamiento desadaptadas, imputables a: factores personales predisponentes; condiciones familiares anormales o al medio social desfavorable [...]» (*Boletín del Ministerio de Cultura y Educación*, 6, julio, 1983: 66). Por tanto, aunque en estas recomendaciones no se profundiza en la conceptualización de «discapacidad social», esta denominación obedece a un propósito de estigmatización (Goffman, 1994: 367), ya que alude a una caracterización social con atributos profundamente desacreditables o discriminatorios.

Los ejemplos anteriormente presentados muestran que el discurso de la «discapacidad social» utilizado durante la Dictadura conlleva una fuerte carga discriminatoria y una apelación a la ideología del «tratamiento», de la «reeducación», de la «resocialización», de la «readaptación social», y de la «repersonalización». Las ideologías «re» (Zaffaroni, 1991) suponen una raíz de ordenamiento y reencausamiento ligadas al orden de lo moralizante. Todas estas tendencias «re» se sustentan en el concepto de fallo o fracaso, justificando intervenciones «reencausadoras» que, dado lo difuso o equívoco de las expresiones en cuestión, inducen a pensar que «en el mundo de la infancia adolescencia, las ideologías de la reeducación, y la sustitución del concepto de pena por el de medidas de seguridad, permitieron construir una semántica ocultadora de consecuencias y sufrimientos reales, muchas veces idénticos a los imperantes en el mundo de los adultos» (García Méndez, 1991).

5. Reflexiones finales

Como se ha mostrado en las páginas anteriores, las políticas educativas durante la Dictadura argentina pusieron un énfasis particular en el discurso oficial de «insertar» para «normalizar» a los «discapacitados físicos y mentales», integrándolos en la enseñanza ordinaria, a la vez que se introducía el rango de «discapacitados sociales» para designar a aquellos sujetos con atributos indeseables. Sin duda, el eje de la educación fue primordialmente la función disciplinaria y

moralizadora antes que la transmisión de conocimientos, subordinando la faz cognoscitiva y formativa a un ideal de domesticación social.

Tanto la división de las discapacidades ya señaladas (educables / reeducables), como los currículos diferenciados y la remisión a instituciones de detención en hogares o en institutos carcelarios, sugieren un paradigma médico que ubica en el centro de la propuesta escolar la patología y no la pedagogía. De esta manera, es posible confinar a los sujetos con «discapacidades sociales» en instituciones de encuadramiento ideológico para, así, asegurar el control y la seguridad de la sociedad.

De la lectura y análisis del marco legislativo y documental acerca de la política de la Educación Especial durante la Dictadura, específicamente en el terreno de los «discapacitados sociales», se pueden obtener algunas conclusiones destacadas: respecto a los objetivos planteados para los discapacitados, se da prioridad a «comprender, respetar y aceptar los valores morales y religiosos de la vida personal y social», así como «[...] desarrollar actitudes que favorezcan la identidad personal y su proyección en lo social orientada por los principios y valores cristianos». Tales objetivos confirmarían nuestras aseveraciones acerca de la enseñanza «encubierta»⁹ de la religión (Kaufmann y Doval, 1999) durante el período dictatorial, también extensiva al ámbito de la Educación Especial.

En buena medida, la desvalorización y carga peyorativa que conlleva la «discapacidad social» como estereotipo negativo deriva de la estructura del lenguaje a partir de la cual se construye la realidad. A pesar de ello, las representaciones sociales de los «discapacitados sociales» no se circunscribirían exclusivamente a su carga semántica o a un problema teórico de incompreensión, como corroborarían sus consecuencias más inmediatas, visibles en la segregación que impidió a los «discapacitados sociales» integrarse educacional y socialmente en las instituciones educativas comunes.

Sin lugar a dudas, el discurso de los «discapacitados sociales» durante la Dictadura no remite solamente a las taxonomías de las discapacidades, ni evoca sólo una propiedad o carencia de atributos de los sujetos del aprendizaje. Por el contrario, dicha conceptualización asume una pretendida posición «políticamente correcta» para ejercer un control, también discursivo, sobre los particulares sujetos de la Educación Especial. En efecto, la denominación de «discapacitados sociales» implica un problema ideológico de discriminación y no-reconocimiento del «otro» diferente en situación de déficit y riesgo social, como se desprende del hecho de que la «rehabilitación de los discapacitados sociales» aspirase a «normalizar» e «igualar» desde el ángulo de la «recuperación social», segregando a

9. Desde la política educativa nacional no se oficializó en ningún momento la enseñanza de la religión católica.

los transgresores sociales en instituciones correctivas, ya fuesen internados o escuelas especiales.

Debido a las manifiestas conexiones, desde los inicios de la Educación Especial, con los preceptos pedagógicos, filosóficos, políticos y curriculares generales de la Educación Común, la primera se impregna del tinte personalista autoritario que dominó la política de la Educación Común desde la segunda mitad de la década de los años setenta hasta principios de los años ochenta en Argentina. En el ámbito específico de la Educación Especial, esta característica se halla claramente presente en sus orientaciones ideológico-pedagógicas: la formulación de la educación como un proceso en el que la persona se va perfeccionando, la exaltación de la existencia de una realidad espiritual superior, así como la concepción trascendental de la persona, son sólo algunos de los supuestos del «apostolado» de la docencia (como se caracterizaba la actividad docente, según la documentación oficial del período), que debía llevarse a cabo en todos los niveles y modalidades educativas, incluida la Educación Especial. A este respecto, por ejemplo, no es irrelevante que «Las relaciones educativas son de tipo *vicarial*, esto significa, que el maestro debe ser en la institución escolar, un sustituto del padre. Es decir, es una relación entre individuos (educando-educador), es una participación entre sí, es una comunicación educativa en la que debe haber una donación recíproca espiritual» (*Boletín del Ministerio de Cultura y Educación*, 5, julio, 1982: 38 [el subrayado es del original]).

Durante la Dictadura, la Educación Especial y, concretamente, la educación de los «discapacitados sociales» contenía claramente la impronta de los valores perennialistas. Estos valores podían adivinarse igualmente en la exaltación nacionalista, en la postergación de las funciones cognitivas en aras de la difusión de valores entendidos como una «cruzada de moralización», en la socialización de los niños y adolescentes para que adaptasen, readaptasen, reeducasen, insertasen e integrasen sus conductas de manera funcional y obediente en la disciplina social. La primacía, en el marco del proyecto educativo dictatorial, de una visión instrumental-técnica, de sumisión de lo individual a lo social, donde la sociedad se constituye como un todo cerrado apoyado en el *status quo* y en la perennidad e inmutabilidad de los valores cristianos, resulta evidente en la Educación Especial y en la «reeducación de los discapacitados sociales».

Entre los avances educativos de la etapa democrática posterior a la Dictadura, cabe destacar que la CIDDm ha sido recientemente sustituida por la CIF (Clasificación Internacional de Funcionamiento). La consideración de los sujetos desde la perspectiva de las «limitaciones» y «restricciones», adoptada durante la Dictadura argentina, ha sido reemplazada por los términos «funciones», «estructuras corporales», así como «actividades» y «participación», que desplazan al léxico usado previamente en el CIDDm («deficiencia», «discapacidad» y «minusvalía»). El *modelo médico*, que consideraba la discapacidad como un problema de la

persona y categorizaba a la discapacidad social como un problema individual, ha sido revisado y cuestionado por el *modelo psicopedagógico*. Este último modelo define a las otrora discapacidades como «capacidades diferentes», parte de un problema social que debe ser enfocado desde el punto de vista de la integración de las personas en la sociedad.

Por fortuna, en la década del años noventa, la legislación educativa argentina ha ido ajustándose a las nuevas tendencias vigentes en materia de política educativa para los niños con necesidades especiales, instando a «facilitar cuando sea posible, la integración a unidades escolares comunes de los chicos con dificultades motoras, visuales, auditivas o mentales» (Ley Federal de Educación, 1993). Con vistas a la inclusión social de los sujetos como premisa básica, comenzó a reconocerse que los sujetos con problemas sociales requerían de una actuación social sostenida. De este modo, se adoptó como responsabilidad colectiva de la sociedad la introducción de modificaciones ambientales necesarias para la participación plena de los sujetos en todas las áreas de la vida social. Al mismo tiempo, en el ámbito de la Educación Especial, se excluye la consideración de la «discapacidad social» como una deficiencia que deba ser cubierta por el campo educativo. En el período democrático, las discapacidades se tipifican en mentales (leves y moderadas), motoras, visuales, auditivas, discapacidades múltiples (conjunto de dos o más discapacidades) y severos trastornos de la personalidad. Se inicia así una etapa en la que se descarta una pedagogía correccional y se aspira a diseñar programas de intervención y prevención que respeten las condiciones y capacidades de cada sujeto.

Referencias bibliográficas

- AGUILAR MONTERO, L. A. (1998): «La integración escolar de los alumnos con necesidades educativas especiales», *Aula Abierta*, 73: 3-8.
- BOWEN, J. (1980): *Historia de la Educación Occidental*, vol. 3, Barcelona, Herder.
- CARLI, S. (2002): *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- CONSEJO FEDERAL DE EDUCACIÓN (1979): *viii Reunión Ordinaria de la Asamblea General*, Serie Legislación Educativa 19, Buenos Aires, Centro Nacional de Documentación e Información Educativa / Ministerio de Cultura y Educación.
- DOPACIO, M. E. (1998): *Educación Especial*, Demandas de Información Educativa 151, Buenos Aires, Centro de Documentación e Información / Ministerio de Educación y Justicia.

- DOVAL, D.; C. GODOY; C. KAUFMANN; C. SUASNABAR** (2001): *Dictadura y Educación*, vol. 1, *Universidad y Grupos Académicos Argentinos (1976-1983)*, Madrid, Miño y Dávila.
- GARCÍA MÉNDEZ, E.** (1991): «Infancia y adolescencia: la privación de la libertad en las normas internacionales» en **BELOFF, M. A.; A. BOVINO; CH. CURTIS** (comp.) (1991): *Cuadernos de la Cárcel. «No hay derecho»*, Buenos Aires, La Galera. 119-128.
- GOFFMAN, E.** (1994): *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.
- KAUFMANN, C.** (1997): «De libertades arrebatadas. Del discurso pedagógico en la Argentina del “Proceso”», *Propuesta Educativa*, 16: 64-69.
- KAUFMANN, C.; D. DOVAL** (1997): *Una pedagogía de la renuncia. El perennialismo en Argentina (1976-1982)*, Santa Fe, Editorial Lux.
- (1999): *Paternalismos Pedagógicos*, Rosario, Laborde.
- MANACORDA, M. A.** (1987): *Historia de la Educación del 1500 a nuestros días*, vol. 2, México, Siglo XXI.
- MANNONI, M.** (ed.) (1984): *La educación imposible*, México, Siglo XXI.
- MARTÍN ROJO, L.; R. WHITAKER** (eds.) (1998): *Poder-decir o el poder de los discursos*, Madrid, Arrecife.
- STEVENIN, F.** et al. (1984): «Escena: puesta en escena: denuncia de una ideología del cuerpo» en **MANNONI, M.** (ed.) (1984: 193-198).
- SKLIAR, C.** (2000): «La invención de la alteridad deficiente desde los significados de la normalidad», *Propuesta Educativa*, 22: 34-40.
- VAN DIJK, T. A.** (1995): *Estructuras y funciones del discurso*, México, Siglo XXI.
- VARELA, J.; F. ÁLVAREZ URÍA** (1991): «Los niños “anormales”. Constitución del campo de la infancia deficiente y delincuente», *Arqueología de la escuela*, Madrid, Ediciones de La Piqueta. 209-221.
- (1991): «Escuela de delincuentes», *Arqueología de la escuela*, Madrid, Ediciones de La Piqueta. 235-254.
- VEZZETTI, H.** (1985): *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
- WODAK, R.** (1996): *Disorders of Discourse*, London, Longman.
- ZAFFARONI, E. R.** (1991): «La filosofía del sistema penitenciario en el mundo contemporáneo» en **BELOFF, M. A.; A. BOVINO; CH. CURTIS** (comp.) (1991): *Cuadernos de la Cárcel. «No hay derecho»*, Buenos Aires, La Galera. 36-62.

Exploring the Logic of Madness: The Utopian Unity of Violence and Dialogue in Robert Walser's *Der Räuber*

MELISSA DE BRUYKER
GHENT UNIVERSITY

RESUMEN: Mediante la utilización de las teorías de la deconstrucción y la fenomenología, la autora propone una lectura de la obra de Robert Walser, *Der Räuber*, en la que las estrategias narrativas de la paradoja y la auto-reflexividad textual permiten la subversión del universo literario y socio-político que se presenta en la novela. Los conceptos de lo negativo y lo positivo se invierten para conseguir que el lector, así como los elementos desfavorecidos de la sociedad que se mencionan en la obra, tomen conciencia de su posición, como estadio inicial para su superación, en lo que podría considerarse el potencial democrático del texto. Las representaciones de la violencia presentes en la obra se abordan desde una perspectiva pragmática y performativa que revela las implicaciones éticas derivadas de las estrategias textuales empleadas en la novela. De esa manera, se abre la posibilidad de superar las lecturas monológicas que el narrador o el texto pretenden imponer.

Palabras clave: violencia, representación cultural, metadiscursividad, performatividad, ética, inversión, deconstrucción.

ABSTRACT: With the aid of Deconstruction and Phenomenology, the narrative strategies of paradox and self-reflexivity employed in Walser's *Der Räuber* are examined so as to evaluate how they may subvert the literary, social and political universes presented in the novel. Violence is analysed for its pragmatic and performative force, in order to highlight the ethical implications of its representation, as well as what could be considered the democratic potential of the text. The inversion of polar opposites (such as the concepts of good and evil) becomes a central strategy in suggesting alternatives to the apparently monological readings emanating from the narrator's manipulation of textuality.

Keywords: violence, cultural representation, meta-discourses, performativity, ethics, inversion, deconstruction.

1. Literature and Representation: Modes of Semantic Attribution

Es begegnen mir da zu viele Gerechte, die wollen mich alle meistern.
(*Der Räuber*: 111)

Violence is a phenomenon that every reader is familiar with and which is commonly associated with war, danger, hate and bodily injury. In other words, we can think of different ways to represent violence that are linked to a particular context. In his discussion of Poetics and Hermeneutics, Jonathan Culler (2000: 68) points out the drawbacks of «symptomatic interpretation»: studies that treat literature as a symptom of non-textual phenomena neglect the specificity of textual representations. More useful than a strictly symptomatic interpretation might be an analysis that starts from the presupposition that every text intends to say something valuable, thus advocating interpretations that combine the reconstruction of «the original context of production» with a critical attitude towards «the unexamined assumptions on which a text may rely (political, sexual, philosophical, linguistic)» (Culler, 2000: 68). Even though this hermeneutical approach takes into account the pragmatics of institutionalised representations, it fails to acknowledge the performative power inherent to the literary context.

Within the literary text the discrepancy between performance and semantics calls into question the possibility of projecting (the significance of) semantic - e.g. cultural - practices onto literary texts. Ever since literature's mimetic capacity became contested and poststructuralist trends in several fields of study overthrew the paradigm of analogy, interpretations foregrounding the link between literature and outside reality have been criticized. Deconstructionists and poststructuralists have insisted on the fact that the false assumption of a one-on-one relation between a signifier and a signified leads to verbal oppression. Even the urge for interpretation itself has been viewed as a mechanism of violence and exploitation.

Two considerations that arise from the drawbacks of Hermeneutics help to outline our approach to the concept of violence. First of all, context-oriented analyses reconstruct *ex negativo* - and often on the basis of synchronous interests - external, cultural influences on individual texts. In contrast, we will adopt an affirmative approach to literary representations in general, and to those of violence in particular, stressing the active engagement of literary texts with societal phenomena. To this avail, institutionalised opinions and depictions of violence should be considered as elements belonging to a historical repertory (Iser, 1976: 116) that represents the background against which the text's *particular* communicative capacity is aimed. Secondly, we have to overcome the dual view of the affirmative and negative modifications of accepted modes of representation by introducing an interpretational methodology that diversifies the concept of violence. That is

why violence will not be analysed with respect to textual semantics but according to its pragmatic force.

In «Mimesis und Performanz», Wolfgang Iser (1991: 405) provides important insights into the status of literary representations by insisting on textual performance: «Die Anzeige einer anwesenden Abwesenheit leistet der ästhetische Schein, der zum einen die Illusion einer Gegenwart von dem erzeugt, was nicht ist, und zum anderen als Schein durchschaubar bleiben muß, damit Nicht-Seiendes nicht zum Sein werde». Iser focuses on literature's double-bind, that originates in the simultaneity of presence and absence. The duality inscribed in the text is symbolised by the *breach* («Riß»): «Der Bruch mit der Objektwelt ist als Riß im Kunstwerk gegenwärtig» (Iser, 1991: 405).

The recognition of the *breach* poses ethical considerations that have an impact on the way we think about culture and that are of importance when analysing Walser's novel. If literary contents are measured against existing patterns, established foundations are reinforced and the interaction necessary for societal development stagnates. In a world of increasing modernisation and technology, where «simulacra» - in a vaguely Baudrillardian sense - are starting to play down reality in favour of deforming artificial products, the *breach* operates as a reminder of patterns of identity and cultural formation by confronting the reader with contingency and difference.

Iser (1991: 407) discards the idea that texts display a difference between an original and its imitation. It is not because representations in novels deviate from or adhere to semantic formations known by the reader that they should be read as a critique or a support of existing constellations respectively. The incompatibility of absence and presence stimulates a *movement of play*, «in dessen Entfaltung sich nichts gleich bleibt» (Iser, 1991: 407). The *game* constitutes «a process of transforming positions» (Iser, 1996: 335), where the tropes of change, paradox and negation undermine any straightforward reception and stimulate constant change.¹

The «game» metaphor has implications for the way in which representations of violence function in *Der Räuber*. First of all, specific depictions of violence in the novel point towards its different staging in alternative cotexts, so that it cannot be viewed as a linguistic and semantic unity. On the contrary, the concept is gradually developed in the course of the narrative and suggested to be incomplete after the reading is completed. What we need to investigate is whether, behind the plurality of «representations of violence», there lies a meaning in the text's

1. Nieraad (1994: 25-26) points out that experiences of beauty, harmony and proportion could be seen as mechanisms to quiet down people and demonize violence and the unknown. Novels like Walser's, that tempt the reader to overcome their habitual reading habits by inserting a shifting and paradoxical narrative voice, could be called violent and contingent.

pragmatics that has ethical implications (Miller, 1995). In order to accomplish this, we have to consider how individual representations of violence work rhetorically, that is, how images are deconstructed and reconstructed by means of negative signals and tropes, and how they are interrelated with other passages representing - «staging» - violence. Secondly, an ethics of violence should itself be defined pragmatically, according to the effects that it has on the reader and on the act of reading.

What we propose in this article is a methodology that allows for a discussion of violence on the basis of telling acts and focalisation by the narrative voice.² The presence of the *narrative voice* and the influence it takes on the rendering of the story will in the following be highlighted because of its suggestion of power relations: «Neben die Gewalt tritt also Autorität als andere Form der Machtausübung» (Nieraad, 1994: 20). Following Iser (2003: 219), the *act of narrating* itself will be discussed as an explicit and self-reflexive strategy that stages inconsistency and paradox in order to let the reader reflect on the function of representations of harmony and violence.³ Although these insights seem to take us away exactly from the initial aim of this investigation - to analyse Walser's novel affirmatively, i.e., according to its specific meaning and ethical implications - self-reflexive structures, wavering and secrecy (Miller, 2003: 261) do give rise to a new sort of authority.

Culler rendered the «symptom» problematic because of the fragile link it establishes between anthropologically differentiated worlds. Still, in self-reflexive literary works that appear as the consequence rather than the container of the *auctorial* stance, the symptom can be turned into an agent of criticism. Representations of violence can in turn become the object of representation and demand attention for the effects of existing imagery and symptomatic readings. The notion of oscillation, as a movement feeding upon the incongruence and difference of representation, has led to an affirmative approach towards the concept of negation, known as «aesthetic negativity». Though negativity is a philosophical category that reaches far beyond concrete imaginative processes, it will first and foremost be treated as an «open» mental concept that conditions the representation of violence in *Der Räuber*.

The way «openness» is stimulated by literary strategies raises and answers questions with a strong sociological bias. We have to be aware of the interrelation between literature and literary theory, on the one hand, and the way «openness» and «negativity» function in both of them, on the other. To that avail, we will describe through which strategies violence in Walser's novel is represented, as

2. Monika Fludernik (2003) makes a plea for reorienting narratological studies towards the mimetic illusion of story-telling and story-teller.

3. Iser's (2003) theory of literary reception defines «omniscient narration», not as a form of authority, but as «Urheberschaft», an anonymous zero point which becomes self-reflexive.

well as the ethical implications derived from it, by resorting to the concept of «simultaneity», as defined by deconstructionist theory. When deconstruction insists on its affirmative implications (Derrida, 1996), it refers to itself as the counterpart of established norms, in order to make them re-evaluate their positions. Derrida's works are often said to leave no cognitive residue, but his style of writing in fact illustrates the principle it wishes to uphold to present constellations. It makes an implicit reference to the deconstructibility of all systems: it uncovers all systems' contingent borders. In Walser's novel, «simultaneity» is defined as a textually induced reading strategy that has communicative effects, since it thrives on a partial overlapping – a dialogising – of semantic and pragmatic functions. It tackles fixed categories and provides a new angle to define violence.

Our reading of Walser's novel acknowledges the importance of describing violence aimed against minorities (women, homosexuals, foreigners, the working classes), but departs from the assumption that such representations are identical to the text's treatment of violence as such, thus widening its applicative value for the reader. *Der Räuber* is approached in the light of its minute renderings of violence and the ethical implications of its textual strategies. We will describe the performative force of violence within the text's social system and the alternative view it offers on (representations of) violence.

2. Robert Walser's Ethics of Robbing

Einst ließ er aus nichts als Nachgiebigkeit, aus Menschenfreundlichkeit hunderttausend Mark in den Händen anderer liegen. (*Der Räuber*: 7)

From the very beginning of the novel, the reader is confronted with a narrative voice that abuses the «Räuber» in a harsh and patronising way. He calls him an untalented good-for-nothing who joins in the laughter when being laughed at, gets on everyone's nerves and has not even got a friend. Hence, the words «generosity» and «friendliness» in the quote seem to be used ironically.⁴ In the past, scholars who performed a close reading of the novel's first chapter either overlooked this sentence or interpreted it as an indication that the «Räuber» was a generous man who, at some point in the past, had given away a lot of money. It can, however, be read in a different way that stimulates the reader to revise from the start the aggressive and derogatory tone of the narrator. The verb «liegenlassen» denotes the absence of action by a person who has the

4. Peter Villwock (1993) points out that, despite the context, these words attribute positive characteristics to the «Räuber». Although «Nachgiebigkeit» is juxtaposed with «Mitmenschlichkeit», by expressing a different point of view difference is stressed.

opportunity to take something away, and implies that the person ignored the possibility of stealing. The reason why the «Räuber» does not perform what is promoted by the narrator as something natural is that he does not identify with society's materialist way of thinking.⁵ The fact that the narrator introduces a paradox between similar reproaches does not only have consequences for his credibility throughout the story, but indirectly points towards a textual level with an alternative performative character, as well. As a result, the narrator does not occupy the objective stance he claims to do when opposing the main character and others, thus pretending to be on the outside of this interaction. The discourse of the narrative voice is manipulated to set the moral values within which the behaviour of the main character will be judged. Though the social space laid out at the beginning of the novel cannot be identical to the one familiar to the readers, the *auctorial locus* outside the text's discourse modifies in an indirect way the virtual literary system, whose standards breathe aggression and violence. Within this system-inspired world, the «Räuber» figures as a symbol of otherness that causes uneasiness among the people around him.

The word «Räuber» is related to motives and themes that are developed in the course of the story. Still, even without first getting familiar with the text's thematic networks, the novel's concern with *ethos* and violence can already be derived from the title.⁶ In spite of its light-hearted and frantic tone, the story is indeed advanced by a succession of aggressive acts and utterances. Additionally, the title carries the implication that at least two parties who interact in a minimal way are confronted with each other. Even though the title refers to an authoritarian situation in which one of two instances forces his or her will onto the other, an exchange takes place, a stimulus to act or reconsider one's position and safety is transmitted. The reader can relate the title to several symbolic acts of robbing, which, on a more abstract level, reflect the function of the main character: to point at the inescapability of violent behaviour, to provoke dialogue and obliterate institutionalised certainties. In the novel, communication appears as an option that can reduce or increase violent dispositions.

-
5. The «lady in brown» reproaches him in the passage the fact that he ignores property: «Während deines ganzen bisherigen Lebens hast du ein Besitztum ignoriert» (*Der Räuber*: 16). If the main character is not interested in collecting material goods, then «Nachgiebigkeit» is inappropriate, since it presents a mere negation, incapable of describing the outsider's incompatible perspective. The «Räuber» simply does not recognise the money paradigm. The negation does not function on the syntagmatic, but on the paradigmatic axis. Since the absence of interest in money by the Other is labelled as generous, financial standards are characterised by a lack of generosity and humanity. Viewed this way, «Nachgiebigkeit» and «Mitemenschlichkeit» are indeed used ironically, but this kind of irony - «paradigmatic irony» - runs counter to the intended direction: not the viewed but the viewer is unmasked.
 6. Although the title of the novel was not provided by Robert Walser himself, but added by Jochen Greven when the «Mikrogramme» were first edited, it seems very well-chosen when taking into account the many suggestions it has led scholars to discover. Moreover, the word «Räuber» functions as the centre of a semantic and thematic web that underlies the actions and descriptions of the characters and the narrator.

3. Violence Personified or Violence Exemplified? Figurations of the Narrative Voice

O wie sind wir jetzt, da wir dies hier kritzeln, so sonderbar träge. Grad, als wenn Selma auch uns bannte. Doch gewaltsam nehmen wir uns zusammen. (*Der Räuber*: 159)

Throughout the novel, a tension between the observing narrator and its main object of observation can be remarked. The seemingly envious narrating voice often slips into an imitation of the «Räuber»'s behaviour, while at times insisting on the difference between them: «Ich muß immer achtgeben, daß ich mich nicht mit ihm verwechsle» (*Der Räuber*: 87). The story-teller resorts to moral principles regularly, «Man versucht ihn mürbe zu machen, unmutig, nervös, gereizt. Man hat mit einem Wort versucht, ihm Moral einzupflanzen» (*Der Räuber*: 53), when commenting on the «Räuber»'s evil deeds. Still, moral discourse cannot prevent his fascination and frustration with unconventional behaviour - which he himself does not seem able to appropriate for his own convenience - from breaking through. The duality of the narrating self is reflected by its constant shifting between the use of the personal pronoun «ich» - which evokes a sphere of present, oral communication - and «wir» - suggesting a reduplication of historical «I»'s, in other words, established, written authority: «Wir fühlen uns bewogen, das von ihm auszusagen, ob es ihm zur Last gelegt wird oder nicht. Ich würde es nicht tun» (*Der Räuber*: 27). As the novel progresses, however, both the associative violence and group mentality evoked by «wir» are hollowed out by the gradual outlining of contingent voices questioning the story-teller. As the title of Dieter Roser's (1994) study «fingierte Mündlichkeit» indicates, the evocation of oral communication in Walser's work is in fact a staging technique.

The quote at the beginning of the section illustrates how the text urges the reader to overcome the need to identify with any of the anthropomorphic voices. The reader should resist being excluded by those few traces of verisimilitude and free him - or herself from linguistic strains and interpellation techniques. Outspoken anthropomorphic characteristics intend to stage the aggression suffered by the characters, who are trying to find their way within the boundaries of an increasingly anonymous, competitive and socially schizophrenic society.

The threat of slowing down, «O wie sind wir jetzt, da wir dies hier kritzeln, so sonderbar träge» (*Der Räuber*: 159), can be read as a parallel to individual and social stagnation. The «ich» displays an anger that is not only directed towards the main character, but opposes the novel's virtual society and its «wir», as well. The narrative voice's split is reminiscent of Walter Benjamin's observation about the tension between institutionalised power (and its suspension of violence) and natural aggression, a subject that evoked fierce debates in the early 1920s. Benjamin's (1965) greatest concern was with the corrupting connection both

positivist and naturalist theories made between means and aims. Instead, he pleaded for a differentiation between lawmaking («rechtsetzende») and law-preserving («rechtserhaltende») violence.⁷ In *Der Räuber*, preset aims are countered by the semantic instability of the narrative voice. However, this apparently contingent, human-like voice is doubled by a suggested alternative cohesion: the narrator does keep his promises in that he returns to subjects previously announced. Only by activating his own capacity for remembering can the reader discover how the narrator's process of memorisation functions. As will become apparent, the novel thrives on the connection between past and present. Because the madness of the narrator prevents the construction of an either/or pattern, the reader can only guess at the novel's intentions by connecting several instances of implicit and explicit violence. The story-teller's gaze symbolises the duality inherent to observation, language use and society formations, on the one hand, and reflects ironically upon the prefixed mindscapes and anthropomorphisation techniques of his own display of power, on the other.

The text stimulates an oscillation between performance and semantics in exemplifying the ability to use linguistic violence, but also points towards the working of violence by giving a recognisable example: what Benjamin attacked explicitly, *Der Räuber* puts forward implicitly on the basis of open textual games.

By undermining its own authority as a result of paradox and inconsistent hypotheses, the text's discourse also draws the reader's attention to linguistic violence. In societies that have given up the ritual of bloody sacrifice, feelings of aggression tend to shift towards the field of oral interaction and, *in extremis* result in mental torture and psychological abuse. Seen this way, aggression figures as a «geschichtliche Konstante» between people (Nieraad, 1994: 21). Even though the narrator displays intense hatred and envy and recounts memories in a disorderly fashion, linguistic violence as an attitude takes priority over the content of his utterances. As a result of the novel's self-reflexive nature and its double-layered narrator, *Der Räuber* foregrounds the violence of discourse, the rhetorics of violence, as a quotation.⁸ The *play movement* is fuelled by specific forms of violence and shapes the way the novel deals with the phenomenon of violence. In other words, the concept it develops within the novel is countered by

7. Similarly, Jürgen Nieraad (1994: 18) distinguishes between power as a hidden potential («Macht») and violence as the exercise of that potential («Gewalt»).

8. Self-reflexivity appropriates the concept of representation throughout. Spangenberg's (2001) distinction between external and internal representation is articulated self-reflexively in Walser's novel. Internal representation surfaces in the text when the anthropomorphic qualities of the narrator are functionalised in a performative process that deconstructs analogy. External representation, on the other hand, is rendered problematic because of the blind spots (Luhmann and Fuchs, 1989) within the observer and the object of reference.

manners of dealing with it. This is where the main character comes in, since the narrator could not possibly stir the reader to a playful interaction without the challenges set by the «Räuber».

4. The Unexpected: Violence and Dialogue

Saatfelder keimen grün und Schlachtfelder blühen rot und strotzen vor Purpur, und es fragt sich mancher für mich, wann und wo den Räuber zum Lohn für alle seine wohldurchdachten Untaten und in Überzeugtheit getauchten Liederlichkeiten dieser Schuß zu treffen habe. (*Der Räuber*: 106)

In this section, a close reading of chapter twenty is conducted in the light of the interaction between the concepts of violence and dialogue, in order to unravel the function of the split self in relation to the «Räuber» character.⁹ Intentionally, I have chosen to analyse a chapter that neither has an obvious dialogical nature, nor does it display a thematically motivated imitation of the «Räuber»'s behaviour by the narrator. Even a highly monological piece of text like this one contains instances of the ethical implications that the way in which the story is told has for the interaction between the narrator and the main character, and between the reader and the text.

The description of the landscape made in this passage is not connected with the last lines of the previous chapter, in which the narrator recounts how the main character has accepted a priest's offer to mount the pulpit. In the second part of the opening quotation, the narrator changes the subject again and insinuates that many others with him are eagerly waiting for the moment when the «Räuber» will be shot as a punishment for his misbehaviour. After having read the novel through, the anecdote of the invitation to preach and the reference to the punishment turn out to be linked: the «Räuber»'s bold speech in front of the community ultimately provokes Edith to shoot him. What remains a semantic gap, however, is the role that the landscape is suggested to play in the development of the story.

Upon a closer look, the narrator places an agricultural environment next to a surreal one. Aggression and nature are suggested to be interrelated phenomena by labelling them with the word «Felder», while the words «keimen» and «blühen», from the same semantic field, create a link between the two images.

9. The narrator is doing more than performing a psycho-analytical investigation based on the split between subject and object. If we direct our attention towards the concept of difference instead of similarity, then new interpretational stimuli will arise. Differences become negative signals suggesting meaningful underlying and unspoken processes.

The comparison is easily accepted by the reader, who is despairingly looking for a fluent recounting based on similarities.¹⁰ However, the two images cannot be considered in juxtaposition, but should instead be recognised as a simultaneous pair, a metaphor which displays temporal difference. «Keimen» denotes an early stage in the growing process of plants, whereas the verb «blühen» refers to a later stage. The text, thus, insinuates that the «Saatzfelder» contain the seeds to grow violence and war: such a metaphorical reading connects «seeds» with the punishment of the «Räuber». Since «Schlacht» refers to a common human action, the verbs can also be related to the three stages of life¹¹ and to the evolution of society.¹² The text seems to lean on the verge of the natural and the artificial: traces of violence are and, at the same time, are not detected by the narrator in the middle of a breathtaking landscape. The fact that cultivated fields are equated with «Schlachtfelder», instead of using the image of pure nature, emphasises the theme of subjectivity, as well as its abstract counterpart, opening up the possibility of interpreting this as a metaphor for sublimating discourse.

The announcement of the «Räuber»'s punishment is followed by a seemingly unmotivated reference to the landscape, which is described in a light and playful tone:

Wie leuchten Rapsfelder kühl und schön unter dem Blau, und daß der Wald immer nie anders als grün sein will, ist ja ganz schön, und von ihm zeugt das von Ausdauerlichkeit, aber er könnte uns mal abgewechselt, verändert kommen, meinen Sie nicht auch? Was für eine neue und niedagewesene Farbe würden Sie als Gewand für den Wald vorschlagen? Bitte, unterbreiten Sie mir Ihre Meinung, die ich jederzeit gern anhöre. (*Der Räuber*: 106-107)

These lines counter a mimetic description and reading of the landscape by suggesting deviations from what the reader recognises as logical or real. Moreover, the narrator uncovers his subjective inclination by using a synaesthesia that undermines his authority. The visual «leuchten» comes next to «kühl», a word expressing a sensation, while «schön» refers directly to the fact that the

10. This reader is regularly addressed by the narrator and pampered with apologies and comments intended to render him/her passive: «Weil ich mich im eben aufgerichteten Abschnitt groß gemacht habe, was einige Leser vielleicht abschrecken könnte, mit Lesen fortzufahren, stille und mildere ich mich hier und mache mich fingerhuts klein» (*Der Räuber*: 113).

11. The difference between child and adult plays an important role in the novel. It is also striking that the processes of sprouting and flowering are mentioned, whereas that of withering remains absent in a pronounced way. This semantic gap gives indirect expression to society's suppression of, and emotional immunity to, death.

12. The speech uttered by «Life», complaining that one generation follows another without becoming conscious of the ethics of violence, acquires new meaning in this context: «und es kommt niemand klug aus mir, und sind doch alle längst klug aus mir geworden, aber sie vergessen das immer und fangen von neuem zu raten [an] und erraten es und vergessen es wieder und erraten es nie» (*Der Räuber*: 112).

narrator offers a personal impression. The reader, however, has to overcome the anthropomorphic signals, recognise the exemplary and ethical function of the narrator and identify the representation of the landscape as a discursive space. The narrator urges the readers to rethink established modes of perception and to activate their will to try and see things in a new light.

The description of the landscape, which had already been linked with violence, is here confronted with the possibility of an alternative act of violence. This implies that, unless one remains passive, the exertion of will and power are inescapable, yet might lead to a positive outcome. The violation of institutionalised beauty operates as a textual and reader pragmatic that sets textual and visual semantics into motion. Hence, the landscape metaphor can be defined as a self-reflexive visual phenomenon, since it openly engages with representations. Ultimately, addressing the readers to force new insights onto them could be seen as a violent and destabilising act.¹³

The text «expands» in the following lines the idea of multiversality, the simultaneous relevance of several points of view. Without any apparent reason, the narrator first turns to the «Räuber», who remembers having read about the torturing of rebels in one of the magazines mentioned previously. As a warning to potential lawbreakers, those acting against institutionalised power are sawn to pieces:

Er las den anknüpfenden Aufsatz in einer von den allerersten Zeitschriften, und dem Aufsatz waren Abbildungen aus der betreffenden Epoche beigegeben. Man konnte da das Zersägtwerden, neben einem Eiskaffee, den man sich hübsch zu Gemüte führte, ganz behaglich in die Eindrucksfähigkeit einziehen lassen, als werde da etwas durch ein Tor hindurchbefördert. (*Der Räuber*: 107)

His memories of the article contain violence, not only because of the torture and human suffering that they depict, but mainly because of the violence done to the readers on the textual level: they are reduced to recipients, gates - «ein Tor» - through which cruelty is «shoved in» - «hindurchbefördert» - and rendered unemotional. The novel excludes such a passive reading by avoiding clear-cut judgements and by «quoting» representations of violence that appear by means of ironic collocations and contextually-induced fragmentation. The term «Abbildungen» summarizes the connection between visualisation and aggression: people are rendered immune to violence. As the immunity grows, the readiness to respond to aggression diminishes, resulting in the passive reception of Rathenau's murder. So, when the «Räuber» is laughing his head off upon

13. Violence should at this point be defined as the result of a fragmentary perception of reality, which cannot be avoided except by passivity and the suppression of the individual will.

hearing that Conrad Rathenau has been shot, he is not reacting to the contents of the message, but contradicting the accepted mode of responding to politically induced violence. Since the exercise of power involves hiding its violent fundamentals to appear as a natural thing, the text appeals to the readers' imagination as a realm of exchange in which common representations are modified in order to expose hidden forms of violence.

The chapter started out with the opposition between the natural colour of the landscape and the traces of violence, turning afterwards to nature again, in order to be confronted with the reminiscence of cruelty: the restaurant where the «Räuber» had read the magazines was located in a street lined with trees. Accordingly, nature would not figure solely as the theme (to depict a tamed naturalness), but would include a rhematic function: to appease the reading public and to create a certain amount of coherence. Still, the actual message springs from the interaction between images of nature and the incongruous lines and negative signals that interrupt the rhematic pattern. The readers are supposed to notice that the narrator's comments on the landscape engage in a dialogue with the memories of the «Räuber», thus stimulating an alternative reading:

Die Straße wies Bäume zu beiden Seiten auf, und in seinem Zimmer lag unfern, d.h. in einem der Häuser dieser Straße, ein kranker Maler. [...] Und bei Gelegenheit eines Spazierganges, am späten Abend, der die Ränder der leise und fein über den runden Abhang verteilten Bäume sanft umsilberte, als wenn er sie zum Lohn für ihre Anspruchslosigkeit und für ihre unsägliche Geduld, es sieht natürlich nur so aus, als wenn die Bäume etwas wie Geduld hätten, mit Diamantenfäden gesäumt hätte, kam ihm still in Erinnerung, wie da einstmals ein Kaiser ermordet worden war [...] (*Der Räuber*: 107)

The description of the trees is meant to be artificial, serving the sublimation of society's authoritarian foundation: the trees are carefully arranged and domesticated to keep their natural violence from growing rank, while being compared with silver and diamonds, luxury goods esteemed for their socially accepted value.

The intertwining of violence and nature, effected to reveal the inevitability of the subjective will and civilisation as a historical continuum, reaches its climax in the episode retelling the murder of an unspecified emperor. The narrator first seems to be on the side of the royal family, yet suddenly laments the harm and pain caused to the delinquents' women - «Verbrechen». The story is momentarily interrupted at this point with a remark about how children in school are provided with frames of thinking that connive with institutionalised power: «Diese Geschichte war dem Räuber noch aus der Schule her im Kopf eingraviert geblieben» (*Der Räuber*: 108). The novel's rewriting of history includes those

minorities - women and children - that are usually neglected, but who suffer from the cruelty of the powerful, integrating, in this manner, accepted representations of aggression within a larger picture of violence that stages characters and circumstances previously omitted.

One of the main ethical concerns outlined in chapter twenty is that violence pervades the history of society. The narrator, who pretends to neglect the past by turning to a consistent present-tense use, in fact engages with the memories of the «Räuber», thus forcing present-minded readers to reconsider their past. History teaches us that every now and then hatred and suppressed irritation suddenly erupt and lead to violent rebellion, murder and torture. At times, when power senses the possibility of being overthrown, it sacrifices an outsider in order to still the inner longing of the people for blood. This primary desire is not only recognised but willingly endured by the «Räuber». In a certain way, the «Räuber» reminds us of Walter Benjamin's (1965: 39) «großen Verbrecher» and the threat he presents to institutionalised power. His presence leads to an eruption of violence within an apparently peaceful society and exposes the contingency of legal boundaries and society's endorsement of violence, whenever unforeseen events occur.

5. The Ethics of Dialogue

Wir müssen uns eben gezankt haben, das scheint mir bei der Grobheits- und Feinheits-Geschichte das Wesentliche zu sein. (*Der Räuber*: 98)

Der Räuber seems to argue that engaging in a dialogue presupposes the willingness to be responsive to new patterns of behaviour. It points out that aggression is unavoidable if the incomprehensible - personified in the character of the «Räuber» - is measured solely in the light of preconceived moral categories. The readers who eagerly identify with received modes of thinking experience the refutability of fixed categories (such as prescribed ethical reasoning and the attempt to explain the novel's structure as the product of a mad narrator), since to advocate that new experiences should be moulded to fit standards could be labelled as authoritarian, moralising and legalising. Instead, the ethics of dialogue implies the readiness to actively explore the structure and moral make-up of *Der Räuber* - both main character and novel - and gain an insight into the limits of one's general knowledge of the world. If the characters in the novel, or the reader outside the text, stigmatise illogical behaviour (whether similar to that of a child or a mad person), they render themselves incapable of reacting in a humane way to the consequences of such a behaviour.

The narrator depicts the «Räuber» as a child because set modes of differentiation cannot account for his mental make-up.¹⁴ Similarly, if the readers ignore paradox and inconsistency in the text, they violate and betray it by imposing their own values on it. The fact that the «Räuber» confronts others with their suppressed longings is an act of violence as well, but one that supports the development of the individual will. The main character symbolises the democratic potential in the exercise of power, that does not aim at creating borders but that, on the contrary, exposes existing systems' contingency. Equally, he illustrates how a dynamics of power involves the subjection to the will of others but not the necessity to give up one's own: «Eines Mitbürgers Ausgezeichnetheit bildet eher eine Erlaubnis als ein Verbot, daß auch ich etwas leiste» (*Der Räuber*: 43).

The act of putting this message into words, however, involves an aggressive intervention towards the characters and events, that are controlled by the subjective narrative voice, on the one hand; and towards the readers, who are supposed to willingly suspend their conventional way of reading, on the other. *Der Räuber* tries to reduce these power relations to a minimum. The narrator is utterly dependent for the retelling of the events on the character that he is constantly patronising, thus proving that a monological view of the world is impossible. In fact, on a primary textual level, the story-teller appears as an uncommunicative person who feels isolated from the rest of society and is unable to interact with others. Still, he engages in a mental dialogue with the «Räuber», often forgetting the differences between each other, which would suggest the possibility of subverting preconceived ideas.

On an abstract narrative level, every textual element is recognised to introduce a latent doubling. The fact that the novel's structure projects the image of a reader who is expected to respond to the performative value of the text openly states its individual viewpoint. The doubling of the reader position leaves it up to the readers to decide whether or not they want to engage with the novel's ethical concerns. Syntactic juxtaposition induces new ways of combining and interpreting reality, which entail democratic implications in relation to the narrator's activity. In such a way, juxtaposition is linked with performativity, i.e., repeated staging, so as to enable the undermining of any *auctorial* / authoritarian standpoint. By revealing or mirroring its structural scaffolding, the text functions as an illustration of the message that it is trying to send across.

14. The apparent childishness of the «Räuber» allows him to formulate forbidden ideas without risking any serious punishment.

6. The Democratic Potential of Democracy

Immer ist versucht worden, ihm das Gefühl der Unsicherheit, der Spaltung, der Uneinigkeit mit sich selbst einzuflößen. (*Der Räuber*: 62)

Walser's novel presents a main character that has - next to human qualities - elements of abstraction. The ideal ethical stance he stands for remains an unattainable secret which cannot be actualised at any given moment within spatial boundaries. Following the discussion previously introduced about the socio-political implications of Derrida's works, Walser's main character would not be intended to destroy but to render aware. He introduces negativity into reality and urges minorities to think over their position, if they are to precipitate change on the basis of reflecting about existing problems, such as colonisation, or the discrimination of women, homosexuals and the lower classes. The «Räuber» thus offers a promise of democracy.

The otherness of the main character prompts self-reflexivity and a *movement of play* that challenges others to overcome the violence of «autopoiesis». As Geoffrey H. Hartman (1997: 9) points out, it is important to think of one's culture as *a* culture, «For otherwise we risk losing entirely the idea of radical *poiesis*: that man is made by what he makes, that art too, even if "play" rather than "work", has transformative potential». While the ideal of democracy projected in the novel appears to conform to white, heterosexual, middle-class, European male standards, the «Räuber» provides the community with examples that negate this ideal picture.¹⁵ Even though he has no intention of overthrowing existing conditions, he seems to admit that people need to start building towards the future with the materials at their disposal. This idea is mirrored in the use of thematic overlapping, which is translated into reading strategies playing several pieces of information simultaneously. The main character mimics the novel's rationale by providing an insight into the inescapability of individual inhibitions, on the one hand, and by inducing the «readers» to actively strive for new possibilities, on the other. As a symbol of negativity, he allows one to conceive of existing constellations as essentially open to challenge and change. Walser's work thematizes the historical suppression of minorities, while also pointing towards society's blindness to historically «tamed» contingency and the human being's natural need to engage with the unexpected as a form of violence.

15. The main character can be read as the personification of «affirmative negativity», of an essentially open concept that is, however, necessarily modified by changing contexts. For references to sodomy, see pp. 77-78; for criticism against colonisation and sexism, see pp. 29-31; for engagement with the lower classes, see «die Ausgemerzte», pp. 55-57.

The writing of the novel is comparable to the installation of discourse in that both literature and institutionalized power are unable to derive their power from any previous foundation. The main difference is, however, that literature constantly reflects upon its exemplarity, thus leaving space for alternatives.

Works cited

- BÜRGI-MICHAUD, T.** (1996): *Robert Walsers mühseligkeitenüberschüttetes Kunststück*, Bern, Peter Lang.
- BENJAMIN, W.** (1965): «Zur Kritik der Gewalt», *Zur Kritik der Gewalt und andere Aufsätze*, Frankfurt, Suhrkamp. 29-65.
- CULLER, J.** (2000): *Literary Theory. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.
- DERRIDA, J.** (1996): «How to avoid speaking: Denials» in **BUDICK, S.; W. ISER** (eds.) (1996): *Languages of the Unsayable. The Play of Negativity in Literature and Literary Theory*, Stanford, Stanford University Press. 3-70.
- FLUDERNIK, M.** (1993): *The Fictions of Language and the Languages of Fiction*, London, Routledge.
- (2003): «Metanarrative and Metafictional Commentary: From Metadiscursivity to Metanarration and Metafiction», *Poetica*, 35 (1-2): 1-39.
- GREVEN, J.** (1992): *Robert Walser. Figur am Rande, in wechselndem Licht*, Frankfurt, Fischer.
- HARTMAN, G. H.** (1997): *The Fateful Question of Culture*, New York, Columbia University Press.
- ISER, W.** (1976): *Der Akt des Lesens*, München, Fink.
- (1991): «Mimesis und Performanz» in **WAGNER, K.** (ed.) (2002): *Moderne Erzähltheorie*, Wien, WUV. 389-409.
- (1993): *Das Fiktive und das Imaginäre. Perspektiven literarischer Anthropologie*, Frankfurt, Suhrkamp.
- (1996): «The Play of the Text» in **BUDICK, S.; W. ISER** (eds.) (1996): *Languages of the Unsayable. The Play of Negativity in Literature and Literary Theory*, Stanford, Stanford University Press. 325-339.
- (2003) «Auktorialität. Die Nullstelle des Diskurses» in **STÄDTKE, K.; R. KRAY** (eds.) (2003): *Spielräume des auktorialen Diskurses*, Berlin, Akademie Verlag. 219-241.
- LUHMANN, N.; P. FUCHS** (1989): *Reden und Schweigen*, Frankfurt, Suhrkamp.
- MILLER, J. H.** (1995): *Topographies*, Stanford, Stanford University Press.
- (2003): «Zur Autorität der Literatur» in **STÄDTKE, K.; R. KRAY** (eds.) (2003): *Spielräume des auktorialen Diskurses*, Berlin, Akademie Verlag. 243-262.

- NIERAAD, J.** (1994): *Die Spur der Gewalt. Zur Geschichte des Schrecklichen in der Literatur und ihrer Theorie*, Lüneburg, zu Klampen.
- ROSER, D.** (1994): *Fingierte Mündlichkeit und reine Schrift. Zur Sprachproblematik in Robert Walsers späten Texten*, Würzburg, Königshausen & Neumann.
- SPANGENBERG, P. M.** (2001): «Repräsentation» in **PETHES, N.; J. RUCHATZ** (eds.) (2001): *Gedächtnis und Erinnerung. Ein interdisziplinäres Lexikon*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt. 488-490.
- VILLWOCK, P.** (1993): *Räuber Walser. Beschreibung eines Grundmodells*, Würzburg, Königshausen & Neumann.
- WALSER, R.** (1986): *Der Räuber*, Zürich, Suhrkamp.

La RAE y la violencia de género: reflexiones en torno al debate lingüístico sobre el título de una ley

MÓNICA VELANDO CASANOVA
UNIVERSITAT JAUME I

ABSTRACT: The argument over the appropriateness and correction of the term «violencia de género» [gender violence] in the Spanish language gathered new momentum with the Spanish government's legislative project to regulate this phenomenon, Ley orgánica integral de medidas contra la violencia de género [Integral Organic Law of Measures Against Gender Violence]. This article surveys the range of opinions for and against the use of the term, as well as the number of new terms suggested to substitute it. A quantitative analysis of the appearance of the various terms in *El País* and *El Mundo* newspapers is conducted to conclude that, following the Law's approval in the Parliament with the aforementioned title, the general use of the expression has become more widespread in what could be considered an institutional coinage to meet the needs of a changing and dynamic society.

Keywords: linguistic variation, linguistic change, external factors, Spanish language, semantic borrowing, violence, gender.

RESUMEN: Con motivo del informe emitido por la RAE en el que se afirmaba que la palabra «género» en español no significa «sexo», en relación con la corrección de la expresión «violencia de género» empleada en el título del proyecto de Ley orgánica integral de medidas contra la violencia de género, se avivó la polémica sobre la idoneidad de ese término para designar tal fenómeno social. En el artículo se recoge una muestra de los argumentos a favor y en contra de su utilización, para terminar con un estudio cuantitativo de la extensión de la secuencia en dos periódicos de ámbito nacional, *El País* y *El Mundo*. Como conclusión se puede destacar que, a partir de la aprobación definitiva del proyecto de ley con el mencionado título, la expresión ha aumentado su uso, con la consiguiente popularización del término.

Palabras clave: variación lingüística, cambio lingüístico, factores externos, calco semántico, lengua española, violencia, «género».

1. Introducción

Este artículo aborda el debate lingüístico desarrollado en España en torno al título del proyecto de ley –*Ley orgánica integral de medidas contra la violencia de género*– aprobado el 25 de junio de 2004 por el Gobierno español.

La presencia de la expresión *violencia de género* en la denominación de la ley ha provocado una intensa polémica que enfrenta a académicos de la lengua con colectivos principalmente feministas. Mientras que los primeros abogan por el cambio del término, los otros defienden a ultranza su uso.

El estudio realizado se organiza a partir de dos objetivos principales:

- a) la recopilación de las opiniones vertidas a favor y en contra de la expresión por parte de los medios de comunicación escritos españoles. De este modo, en el segundo de los apartados que configuran el artículo se exponen los razonamientos esgrimidos en contra del término *género* por la RAE, como consecuencia del anuncio del título de ley propuesto en primera instancia por el Gobierno. En las secciones tercera, cuarta y quinta se muestran los argumentos utilizados por distintos colectivos a favor y en contra de la expresión, así como los vocablos alternativos (*violencia machista, masculina, sexista, familiar, etc.*), que cada vez tienen un mayor calado en la prensa diaria.
- b) la observación de la incidencia que puede tener un factor de tipo externo, como es la presencia de una expresión –*violencia de género*– en el título de una ley, en la generalización del uso de un término, a pesar de no contar con el beneplácito de la Academia. Para ello se ha efectuado un análisis cuantitativo del empleo de la secuencia, frente a otras posibilidades, en dos periódicos nacionales, *El País* y *El Mundo*. Los datos revelan un aumento progresivo de su uso a partir del 25 de junio de 2004, fecha de la aprobación definitiva del proyecto de ley con el título de *Ley orgánica integral de medidas contra la violencia de género*.

2. El informe de la RAE sobre la expresión *violencia de género*: inicio del debate lingüístico

La propuesta, por parte del Gobierno de España, de un *Proyecto de Ley integral contra la violencia de género*¹ ha tenido no sólo una repercusión social y política,

1. Con el nombre de *Ley integral contra la violencia de género* llegó por primera vez a la mesa del Consejo de Ministros en su primera reunión ordinaria, el 23 de abril de 2004, momento en el que se aprobaron las líneas generales de la ley.

sino también lingüística: la Real Academia Española aprobó el pasado 13 de mayo de 2004 un informe sobre la poca conveniencia del uso en español de la expresión *violencia de género*, en respuesta a la solicitud por parte del Gobierno de un dictamen sobre el nombre de la futura ley.

El estudio realizado por esta institución se sustenta, por una parte, en el significado de la palabra *género* en español (RAE, 2004): «conjunto de seres establecido en función de características comunes» y «clase o tipo», así como en su acepción gramatical: «propiedad de los sustantivos y de algunos pronombres por la cual se clasifican en masculinos, femeninos y, en algunas lenguas, también en neutros»,² es decir, «las palabras tienen *género* (y no *sexo*), mientras que los seres vivos tienen *sexo* (y no *género*)»; de hecho, según la Academia, «en español no existe tradición de uso de la palabra *género* como sinónimo de *sexo*».³

La explicación de la presencia de la expresión *violencia de género* en español está en la traducción del inglés *gender-based violence* o *gender violence*,⁴ expresión difundida a raíz del Congreso sobre la Mujer celebrado en Pekín en 1995 bajo los auspicios de la ONU. A diferencia del español, el inglés documenta desde antiguo el uso de *gender* como sinónimo de *sex*, mientras que con el sentido de «sexo de un ser humano», desde el punto de vista específico de las diferencias sociales y culturales, se comenzó a utilizar en el mundo anglosajón a partir de los años sesenta, como consecuencia del auge de los Estudios Feministas. Es con esta última acepción con la que ha pasado del inglés a otras lenguas, como el español.

Junto a la reflexión lingüística, la Academia aporta datos cuantitativos en torno a una serie de fórmulas de denominación legal que podrían utilizarse para dar nombre a la nueva ley. Tras las consultas realizadas en Internet y en el *Corpus de referencia del español actual* (CREA) de la propia Real Academia, se llega a la conclusión de que la expresión *violencia doméstica* es la más utilizada con bastante diferencia en el ámbito hispánico. La denominación definitiva que propone la Real Academia es *Ley integral contra la violencia doméstica o por razón de sexo*, dado que así tiene cabida también la violencia contra la mujer en

-
2. En las diferentes Gramáticas se encuentran definiciones como la siguiente: «El género es una clase de morfemas que sirve (a) para actualizar un determinado morfema lexemático como nombre sustantivo o adjetivo, (b) para, juntamente con el número y el artículo, marcar la concordancia, y (c) para, en algunas realizaciones, aportar información sobre el sexo y otros aspectos de la realidad que representa el lexema mediante la oposición de los morfos del sistema» (Alcina Franch y Blecua, 1991 [1975]: 513-514).
 3. Esta ausencia de empleo del término *género* como sinónimo de *sexo* queda corroborada tras la consulta de diversos diccionarios del español actual. Así, por ejemplo, María Moliner (1998 [1967]) define *género* como «grupo constituido por ciertas cosas iguales entre sí por ciertos caracteres que se consideran, y distintas por otros caracteres de otras comprendidas con ellas en un grupo más amplio»; y en relación al *género gramatical* afirma que es un «accidente gramatical por el que los nombres, adjetivos, artículos y pronombres pueden ser masculinos, femeninos o (sólo los artículos y pronombres) neutros».
 4. Con esta expresión, señala la Real Academia Española (2004), «se identifica la violencia, tanto física como psicológica, que se ejerce contra las mujeres por razón de su sexo».

los casos en los que no hay convivencia en el mismo hogar con el novio o compañero sentimental.

A finales de mayo de 2004, los distintos periódicos y agencias de noticias se hacían eco del informe de la Real Academia con titulares como «La RAE recomienda usar la expresión “violencia doméstica” y no “de género”» (*El Mundo*, 27 de julio, 2004), o «La Real Academia propone cambiar la denominación de Proyecto de Ley de Violencia de Género por el de Violencia Doméstica» (*Europa Press*, 27 de mayo, 2004), o «Sexo, género y Real Academia. Los académicos piden al Gobierno que utilice la expresión “violencia doméstica” en la futura ley contra el maltrato» (*El País*, 28 de mayo, 2004). Pocos días después, al aprobar el Gobierno el anteproyecto de ley —el 4 de junio de 2004—, éste decide cambiar el nombre —que no será el definitivo— y llamarla *Ley orgánica integral de medidas contra la violencia ejercida sobre las mujeres*.⁵

Se inicia, entonces, la polémica en torno al nombre de la futura ley, polémica que entronca con un debate ya antiguo con respecto a la corrección del sintagma nominal *violencia de género*. Dos autoridades competentes en la materia, Fernando Lázaro Carreter y Álex Grijelmo, ya dedicaron, en el año 2000, sendas observaciones referidas a la expresión *violencia de género*.⁶

A fines de noviembre, varias jornadas fueron justamente consagradas en Valencia al problema de las mujeres agredidas, tan frecuente y bochornoso [...]. Esa misma reunión valenciana suscitó un editorial en otro periódico [...]. Rezaba así: «Violencia de género», y rompía a razonar de este modo: «Mujeres procedentes de cien países [...] han vuelto a dar la voz de alarma sobre la *violencia de género* [...]» [...] he procurado enterarme sobre qué hace ahí ese género, y de las averiguaciones resultan probados los siguientes hechos: a) en inglés, el vocablo *gender* significa, a la vez, «género» y «sexo»; sabemos todos que, en las lenguas románicas, estos tér-

-
5. «Tras el informe contrario de la Real Academia Española, ha perdido su denominación original de ley orgánica integral contra la violencia de género, defendida por las feministas. El cambio obedece, según Caldera, a que se ha buscado un título “descriptivo” y más comprensible» (Nogueira *b*, 2004: 32).
 6. Estas opiniones han sido recogidas por Soledad de Andrés Castellanos (2001). En su trabajo, la autora realiza un recorrido por la presencia de la expresión *violencia de género* en la prensa y en la literatura, así como las opiniones vertidas a favor y en contra del empleo de dicho sintagma. Con respecto a las opiniones en contra, además de confirmar la ausencia de identificación entre los términos *género* y *sexo* en los diccionarios de la lengua española, la autora rescata una serie de noticias de prensa del año 2001 en las que se evita el uso de la expresión *violencia de género* —quizá, como afirma la propia autora, por la ausencia en los diccionarios de la identificación entre *género* y *sexo*—, la cual se sustituye por otras como *violencia doméstica*, *violencia conyugal*, *violencia contra las féminas*, *violencia sexual*, etc. Con respecto a las opiniones a favor, señala Soledad de Andrés que éstas reivindican la difusión del uso de la palabra *género* en el sentido de concepto sociocultural, ligado a las costumbres, frente a la palabra *sexo*, concepto fisiológico o biológico. Recoge, así mismo, testimonios de los últimos años del uso de esta palabra en ese sentido, junto a expresiones como *violencia de género*, *temas de género*, *perspectiva de género*, etc. Concluye la autora mostrando su inquietud ante la influencia que los medios de comunicación puedan tener sobre el futuro del sintagma *violencia de género*, coartando la libertad del ciudadano de a pie, el usuario común de la lengua.

minos tienen significados muy distintos, gramatical el uno, y biológico el otro [...]; b) en el Congreso sobre la Mujer celebrado en Pekín en 1995, los traductores de la ONU dieron a *gender* el significado de «sexo» [...] La solución, inmediatamente aceptada por algunos siervos de la lengua inglesa, satisfará, tal vez, a quienes tienen que vivir en tal contrariedad, y sería aceptable si no hiriera el sentimiento lingüístico castellano (y catalán, portugués, italiano, francés, etcétera), donde se diferencian muy bien cosas tan distintas como son el género y el sexo. (Lázaro Carreter, 2000: 15)

Muchas feministas han llevado su justa lucha al terreno del lenguaje, pero despreciando la historia de las palabras y las estructuras de la lengua común. Podemos ver un ejemplo claro de este desdén lingüístico en su empeño por emplear la expresión «violencia de género». Sólo el complejo de inferioridad de los hispanohablantes frente a los términos que llegan desde el inglés puede explicar que las feministas españolas prefieran la expresión «violencia de género» (pésima traducción del inglés: meliflua y blandurria además) a fórmulas más descriptivas y contundentes en español, y menos candorosas, como «violencia machista» o «violencia sexista», o «violencia de los hombres». (Grijelmo, 2000: 252-253)

3. Opiniones a favor de la expresión *violencia de género*

Los defensores del término *violencia de género* sustentan su postura básicamente en las siguientes razones:

a) Uno de los principales argumentos en contra de la expresión *violencia de género* es su procedencia inglesa, dado que es una traducción literal de *gender-based violence* o *gender violence*. Sin embargo, según de Andrés Castellanos (2001), dicha influencia inglesa no es tanta como pueda parecer a simple vista, puesto que *gender* entró en el inglés a través del antiguo francés *gendre* (*genre* en francés moderno), que procede del neutro latino *genus*, *generis*, derivado de *gignere* «engendrar», según Corominas, o del griego *génos*; mientras que el término inglés *violence* procede igualmente del latín *violentia*. Por tanto, ¿por qué rechazar una expresión que contiene palabras de origen latino cuando se toleran unánimemente las expresiones en inglés? Además, según Enrique Gil Calvo (2004: 20), si la Real Academia acoge sin censura los anglicismos técnicos, ¿por qué se resiste a aceptar los humanísticos?

Por otra parte, es significativo también que el diccionario de la Real Academia (2001) defina *humanidad* como «género humano» –del latín *humanum genus* («la especie humana», «el género humano»). «¿Por qué toleramos la expresión *género humano*, que se refiere a todos, hombres y mujeres, y nos rebelamos contra la fórmula *violencia de género* para

expresar la que ejercen hombres contra mujeres, o bien mujeres contra hombres?» —se pregunta de Andrés Castellanos (2001).

- b) Esta expresión cuenta ya con una tradición en ámbitos internacionales: por una parte, fue adoptada por la Conferencia Mundial de la Mujer, auspiciada por la Organización de las Naciones Unidas en 1995 en Pekín; por otra, en 1999, declarado «Año europeo contra la violencia hacia las mujeres», las campañas desarrolladas en la Unión Europea contra la *violencia de género* favorecieron, de un modo inconsciente, la difusión del término.
- c) Las opiniones más férreas de defensa de la expresión *violencia de género* provienen, sin lugar a dudas, del campo académico de los Estudios de Género —estudios que recogen aportaciones especializadas sobre teoría y análisis de *género* de aquellas personas interesadas en profundizar en el conocimiento de las causas de las desigualdades y discriminaciones entre los sexos, proponiendo alternativas para su erradicación. Desde este ámbito, se ofrecen las siguientes definiciones de *género*:

Por *género* se entiende una construcción simbólica que alude al conjunto de atributos socioculturales asignados a las personas a partir del sexo y que convierten la diferencia sexual en desigualdad social. La diferencia de género no es un rasgo biológico, sino una construcción mental y sociocultural que se ha elaborado históricamente. Por lo tanto, *género* no es equivalente a *sexo*; el primer término se refiere a una categoría sociológica y el segundo a una categoría biológica. (Lamarca Lapuente, 2004)

Cuando las feministas hablan de género, se refieren a esas normas socialmente construidas que, con grandes variaciones de una a otra parte del mundo, nos dictan, tanto a los hombres como a las mujeres, el significado y contenido de lo femenino y lo masculino, a esas normas que regulan el grado de adecuación de nuestras conductas, de nuestro aspecto exterior y hasta de nuestras carreras profesionales. (Oroz, 2004)⁷

Esta acepción del término *género* se viene utilizando desde hace tres décadas en los Estudios Feministas (desde los años sesenta en el ámbito anglosajón y desde los años setenta y ochenta en el español), por lo que, de acuerdo con Nieva de la Paz (2004: 13) es evidente su sólida penetra-

7. Para Alfonso Oroz (2004), «en este debate, las mujeres no tratan de dilucidar el significado gramatical de una palabra. De lo que tratan es de proclamar de una vez y para siempre que la dominación que sufren no tiene su raíz en el sexo (concepto fisiológico) sino en el género (concepto sociocultural). No hay ningún problema de traducción del inglés al español, siempre y cuando en ambos idiomas se modifique ligeramente el campo semántico del término [...] Acostumbrémonos desde ahora a pensar en términos de género, concepto sociocultural, en lugar de hacerlo desde el punto de vista del sexo, un concepto meramente fisiológico».

ción en el mundo de la investigación académica y su generalización en los medios de comunicación.⁸

Como resultado de estas argumentaciones, algunas asociaciones feministas abogan por la siguiente denominación de la ley: *Ley integral contra la violencia de género en el ámbito doméstico* (o simplemente *Ley integral contra la violencia de género*, si se quiere legislar más allá de este ámbito⁹), dado que el asunto de que se trata es de la violencia contra las mujeres en el ámbito doméstico por razones de género. Y así entienden la *violencia de género*:

el término *violencia de género* engloba tanto la violencia producida en el ámbito doméstico, como la que ocurre fuera de él [...] a su vez, la *violencia doméstica* no obligatoriamente se corresponde con el concepto de *violencia de género*, puesto que existe también violencia en el ámbito doméstico que no tiene nada que ver con cuestiones de género, como es la violencia contra los menores, los mayores, los hombres, etc. (Lamarca Lapuente, 2004)

Para Nieva de la Paz (2004: 13), el fondo de la cuestión tiene que ver más con cuestiones ideológicas y políticas –poco afines a la evolución de un pensamiento más igualitario en nuestro país– que con argumentos realmente filológicos o lingüísticos. De la misma opinión es Próspero Morán (2004), para quien el criterio de la RAE es ideológicamente conservador, simple y machista.

4. Opiniones en contra de la expresión *violencia de género*

Aquellos –en particular, profesionales de la lingüística– que están a favor de la Real Academia Española y, en consecuencia, en contra del término *violencia de género*, lo justifican de la siguiente manera:

8. Apoya esta argumentación un estudio elaborado recientemente por Lamarca Lapuente (2004): de 487 libros disponibles en el ISBN español, en referencia únicamente al título, 273 aluden al concepto de *género* con la acepción que la Real Academia niega. Por otro lado, como afirma dicha autora, lo que analiza la Real Academia no es la frecuencia de uso del concepto *género*, sino de la expresión *violencia de género*. Los datos obtenidos no pueden considerarse relevantes en tanto en cuanto los documentos de la Red se actualizan constantemente y las cifras oscilan por momentos; de hecho, la prueba es que la propia difusión de la noticia del Informe de la RAE ha elevado el número de documentos en los que aparece la expresión *violencia de género* de 37.700 a 55.900 en sólo un día y medio, según el estudio de Lamarca Lapuente.
9. Consuelo Abril (en Drago, 2004) se opone a la expresión *violencia doméstica* porque limita el concepto, al no dar cabida al acoso sexual en el trabajo, el tráfico de mujeres, el proxenetismo y cualquier tipo de violencia perpetrada por el varón hacia la mujer. Con todo, hay que tener en cuenta que el texto definitivo (*Proyecto de Ley orgánica integral contra la violencia de género*), aprobado el 25 de junio de 2004, limita el ámbito de aplicación de la ley: entre agresor y víctima deberá existir, o haber existido, una relación de afectividad.

a) El argumento principal que respalda esta postura es que la expresión cuestionada es un anglicismo incorrecto: el *género* en español es el gramatical y no es el *sexo* (Magí Camps, en Casasús, 2004 b). Y frente a aquellos que defienden el origen latino de la palabra, académicos como Francisco Rodríguez Adrados (2004) recuerdan que, tanto en griego (*genos*) como en latín (*genus*), la palabra se especializó para el «género gramatical», tal y como hoy pervive en las lenguas romances. Sin embargo, en inglés, puesto que esta lengua perdió el género gramatical, la palabra *gender* quedó libre de ese uso y pasó a tener una segunda especialización inexistente en español, con el significado «sexo», palabra que el puritanismo británico tendía a proscribir.¹⁰ Por tanto, en Estados Unidos, lugar de donde se ha importado el anglicismo, *gender* equivale a «género» y a «sexo» al mismo tiempo (González, 2004). Opiniones a favor de esta argumentación son las siguientes:

La palabra *género* es un mal tropiezo a cuenta del inglés por culpa de los nefastos traductores de ONG, los medios de comunicación (los malos libros de estilo), partidos políticos y determinadas organizaciones que no se distinguen ni por el dominio de las lenguas ni por la facultad de pensar. No se debe utilizar en sustitución de las expresiones *violencia / discriminación sexista* y *violencia doméstica*. (Gómez, 2004)

O los que, en vez de *violencia doméstica* o *por razón de sexo*, que sería lo correcto y además es lo que más o menos recomienda la RAE al interesado en averiguarlo, recurren a ese *violencia de género* tan caro a periodistas, feministas y políticos de todo signo, olvidando o tal vez no lo supieron nunca que en la lengua española el género corresponde a los conjuntos de seres, a las cosas, a las situaciones, a las palabras, pero no a las personas. (Pérez-Reverte, 2004)

Si cualquiera de ustedes va a inscribir a un niño en un registro anglosajón, le preguntará: «¿Gender?» y entonces debe responder: «Male» o «female», según. Si va a un registro español, la pregunta será: «¿Sexo?» y las respuestas posibles, también dos: «Varón» o «mujer». Pero supongamos que esta moda genérica se impone y entre las anunciadas reformas del Código Civil, se incluye el nuevo término. Cabe la posibilidad de que al preguntar: «¿Género?», la

10. Las fórmulas del inglés *gender-based violence* y *gender violence* son en origen intentos políticamente correctos, de extracción ultrapuritana, para evitar la utilización de la palabra *sexo* (Gómez, 2004). En la misma línea y con tono irónico, afirma Francisco Álvarez Velasco (2004): «lo más lamentable es que las feministas hispanohablantes que asistieron a la cumbre pekinsa no supieran traducir un eufemismo puritano de la lengua inglesa, como recuerda el informe de la Academia [...]. El caso es que a las representantes “generistas” [...] les endilgaron la tal palabreja. Así que debieran rectificar y enmendarla en vez de sostenerla. Lo contrario es resignación ante la colonización lingüística de los amos del mundo y puro masoquismo frente a la violencia lingüística».

madre responda: «Póngale “epiceno”, como su padre». Ganas de complicarse la vida. ¿Por qué lo llamarán género cuando quieren decir sexo? Misterio.
(González, 2004)

b) Con respecto a la adecuación de la expresión *violencia doméstica*, preferida por la Academia, Elvira Siurana (en Drago, 2004), presidenta del Club Vindicación Feminista, considera que es más precisa y contundente que *violencia de género*, término que no deja claro lo que ocurre. En la misma línea, la lingüista Silvia Agosto (en Drago, 2004) afirma que el sintagma *violencia doméstica* incluye el vínculo familiar o de pareja entre el agresor y la víctima, con independencia de su sexo y siempre en el marco de la convivencia o la familia; además, da unidad de criterio a todo el amplio espectro hispanohablante. Finalmente, desde el punto de vista estrictamente jurídico, tal y como señala Luis Mariano Palacios Pérez (en Drago, 2004), es más adecuada la expresión *violencia doméstica*, por su amplitud (violencia física o moral entre sujetos ligados por la convivencia motivada por una relación afectiva, actual o pretérita) y porque, en el lenguaje judicial, se viene utilizando mayoritariamente esta expresión, ya acogida en una ley de 2003.

5. Alternativas propuestas a la expresión *violencia de género*

Desde los medios de comunicación se proponen nuevos términos para definir la ley:

a) *violencia machista* (en alguna ocasión *violencia masculina*¹¹): es una de las expresiones que cada vez amplía más sus apariciones en la prensa. Así, en junio de 2004 podía leerse en *El País*: «[...] en los últimos tres años la cifra de mujeres que perdieron la vida como consecuencia de la *violencia machista* ronda las 170» (Fraguas, 2004: 30 [el énfasis es propio]). Consuelo Abril (en Drago, 2004), presidenta de la Comisión de Investigación de Malos Tratos a las Mujeres, defiende esta alternativa por ser lo más común los malos tratos efectuados por los hombres, aunque con ciertas reticencias, puesto que para designar una ley el término machista suena muy vulgar. Por su parte, una lectora de *La Vanguardia*, Gema Pérez (en Casasús, 2004 b), considera que la violencia es un rasgo

11. Como ejemplo del uso de la expresión *violencia masculina*, en *El País* (Nogueira c, 2004: 32 [el énfasis es propio]) se registraba: «En cambio, el Gobierno eliminará de la futura norma la necesidad de probar que la *violencia masculina* obedece a un afán de discriminación o desigualdad».

genuinamente machista, típico de la cultura machista. Y Vázquez Martí, a través de una carta enviada a *El País*, reivindica este término, puesto que con él se consigue identificar a quien ejerce esa violencia y no tanto a quien la padece («violencia contra las mujeres»): «El Gobierno está haciéndolo bien a la hora de argumentar la legitimidad de la ley; lo haría mejor si abogara por la expresión “violencia machista”, que es poner el dedo en la llaga» (Vázquez Martí, 2004: 14).

- b) *violencia sexista o por razón de sexo*: proponen esta fórmula Álex Grijelmo (2000), Jesús Gómez (2004) o el propio académico Francisco Rodríguez Adrados (2004), entre otros.

En los periódicos, durante los meses de junio y julio de 2004, se registra en *El País* en dos ocasiones para denominar la nueva ley. Véase uno de los ejemplos: «Caldera ofrece “amplio consenso” para la *ley contra la violencia sexista*» (Bayón, 2004: 29 [el énfasis es propio]).

Así mismo, la expresión *violencia por razón de sexo* aparece en una ocasión en *El Mundo*: «Carnicer indicó que la solución a la *violencia por razón de sexo* pasa, “sin duda”, por hacer, dijo, “otro enfoque del programa formativo de nuestros niños”» (Álvarez, 2004: 34 [el énfasis es propio]). Santiago González (2004) apoya el uso del término *sexo* en su artículo de opinión «¿Por qué lo llaman género cuando quieren decir sexo?». Sin embargo, tal como se señala en el periódico *Levante* («Perspectiva de sexo», Editorial, *Diario de Levante*, 28 de junio, 2004, <www.levante-emv.com>, [29/06/04]), la palabra *sexo* no es políticamente correcta:

[...] la negativa a usar la palabra «sexo» proviene siempre de un temor puritano de fondo por los cuerpos y los placeres que les son propios. Tras la denominación «políticamente correcta» se esconde el horror del reprimido ante «la sucia corporalidad» que toda referencia sexual comporta.

- c) *violencia familiar o intrafamiliar*: únicamente se han registrado tres casos en los que aparece esta secuencia. En junio de 2004, Antonio Gala escribía un artículo en *El Mundo* titulado precisamente «Violencia familiar», en el que se afirmaba:

El PSOE ha entrado con ganas. Se decide por la celeridad al cumplir planes ya propuestos en vida del PP. Y apuesta por la sinécdoque, aunque no tenga muy claro qué sea. Apuesta por la «violencia de género», porque aún tiene miedo a la palabra *sexo* en un título de ley. Y apuesta contra la violencia doméstica (pero sin domesticar), que abarcaría abuelos, padres, niños desamados, parientes servidores, parejas homosexuales e incluso a los maridos, que a veces son mártires también. (Gala, 2004: 3)

d) *violencia contra / sobre la mujer*: es una de las expresiones más utilizadas, junto a *violencia doméstica*, dado que expresa claramente el concepto que se quiere dar a entender y conlleva menos problemas lingüísticos que *violencia de género*. De hecho, el 4 de junio de 2004, el Gobierno español aprobó el anteproyecto de la ley que denominó por entonces *Ley orgánica integral de medidas contra la violencia ejercida sobre las mujeres*.

Algunos ejemplos del uso del término *violencia contra / sobre la mujer* son los siguientes: «La Fiscalía cree un “importante avance” la creación de un fiscal delegado contra la *violencia sobre la mujer*» (Bayón, 2004: 29 [el énfasis es propio]); «El informe del CGPJ critica que los juzgados especializados que crea la futura ley sólo conocerán de los asuntos de *violencia contra las mujeres*» (de la Cuadra, 2004: 29 [el énfasis es propio]). Y con respecto a la expresión *violencia doméstica*:

Las causas de la *violencia doméstica* son complejas, y ninguno de sus protagonistas es asesino o mártir por naturaleza. («Pretextos contra la ley», Editorial, *El País*, Opinión, 25 de junio, 12)

Pregunto: ¿Hay algo más objetivo y razonable que diferenciar entre las mujeres y los hombres en lo que al ejercicio de la *violencia doméstica* se refiere? (Pérez Royo, 2004: 21 [el énfasis es propio])

Hace ya unos breves y despejados años que a la *violencia doméstica* la llamamos «violencia de género». (Umbral, 2004: 72 [el énfasis es propio])

Finalmente, de entre todas estas alternativas, el Gobierno decidió en un primer momento, con fecha 4 de junio de 2004, modificar el título originario de *Ley integral contra la violencia de género* por el de *Ley orgánica integral de medidas contra la violencia ejercida sobre las mujeres*, atendiendo así a la recomendación de la Real Academia de no emplear el término *violencia de género*.¹² Sin embargo, el 25 de junio de 2004, el Consejo de Ministros aprobó definitivamente el proyecto de *Ley orgánica integral de medidas contra la violencia de género*, que, como se observa, modificó su nombre, retornando al original, como consecuencia de las peticiones formuladas por las asociaciones feministas y algunos grupos parlamentarios, que veían más eficaz este título por tratarse de un término

12. Por aquellos días, se podían leer en la prensa comentarios como los siguientes: «El anteproyecto de ley integral para luchar contra la violencia doméstica (es muy posible que ya no se denomine contra la violencia de género)» (Nogueira a, 2004: 26).

13. La prensa se hacía eco de la noticia del cambio de nombre de la ley mediante titulares como, «EL NOMBRE. Un término más “internacional”», con el siguiente contenido: «El nombre definitivo de la nueva normativa será el de ley integral contra la Violencia de Género a pesar de las reticencias mostradas por la Real Academia Española. El ministro de Trabajo, Jesús Caldera, defendió el cambio de denominación

ampliamente arraigado en los ámbitos internacionales.¹³ A pesar de ello, no todos los colectivos se mostraron, ni se muestran, favorables a este cambio de terminología, como en el caso de Campmany (2004: 7):

La Real Academia Española ha condenado la expresión «violencia de género» [...]. Por otra parte, el Consejo General del Poder Judicial anatematiza el proyecto de ley que condena la violencia mal llamada «de género» [...]. De alguna correcta manera técnico-jurídica habremos de denominar a este lamentable suceso tan de todos los días.

No es posible que el Gobierno desconozca que ha perpetrado una tropelía jurídica, además de lingüística, con la aprobación del proyecto de ley contra la violencia de género. (Zarzalejos, 2004: 5)

6. Perspectivas sobre la capacidad del uso común para fijar el nombre de la ley

La creación, por parte del Gobierno español, de una *Ley integral contra la violencia de género* ha provocado un debate en torno a la idoneidad de la expresión *violencia de género*, rechazada años atrás por la Real Academia Española (Lázaro Carreter, 2000: 15). Según esta institución, el sentido que se le da a *género* en esa expresión procede del idioma inglés, y el hecho de que una ley acepte introducir tal incorrección en su título conllevaría su extensión entre los diversos sectores de la sociedad, lo que podría haberse evitado. Sin embargo, desde las asociaciones feministas, así como entre los sectores e instituciones que trabajan en la lucha contra la violencia que sufren las mujeres, se ha reivindicado esta expresión, debido a su arraigo en los ámbitos internacionales.

El problema de fondo es que, si bien existen vocablos diferentes para determinar si un asesinato es obra de un hijo sobre otro hijo o de cualquiera de los dos sobre sus padres, en cambio no existe un término que designe la violencia del

señalando que se trata de un término reconocido internacionalmente y por las peticiones en este sentido formuladas por las asociaciones feministas y algunos grupos parlamentarios» (Izquierdo, 2004: 31).

«Denominación del texto legal. Entre las modificaciones incorporadas por el Gobierno a su proyecto ley figura su propia denominación. El que era “Anteproyecto de Ley Orgánica Integral de medidas contra la violencia ejercida sobre la mujer”, es ahora proyecto de ley integral contra la Violencia de Género, término finalmente acuñado por el Ejecutivo por recomendación de otros partidos políticos, asociaciones de mujeres y por ser la terminología habitualmente empleada por organismos internacionales» (Marín, 2004: 10).

«“Género al fin”

[...] Pocos días después, en una reunión con el presidente Rodríguez Zapatero, las feministas le expusieron su malestar. Le explicaron que el término género es más adecuado por abarcar no sólo el sexo, sino también la concepción cultural que define los comportamientos. El Gobierno volvió a cambiar de opinión. Las feministas ganaron a los académicos. De ahí que el proyecto de ley aprobado ayer se llame “ley orgánica de medidas de protección integral contra la violencia de género”» (Nogueira, 2004 d: 28).

hombre sobre la mujer. Y el hecho de que una ley condene este acto fuerza a que dicha ley tenga una denominación propia (¿contra la *violencia de género*?, ¿contra la *violencia doméstica*?, ¿contra la *violencia sobre las mujeres*?, etc.). Es más, tal como señala la Real Academia (2004) en su Informe, «la opción lingüística que la próxima Ley adopte resultará claramente decisiva para fijar el uso común». Por tanto, junto a las consecuencias en el ámbito jurídico, la nueva ley, inconscientemente, trae consecuencias de tipo lingüístico.

Sin embargo, no sólo el nombre de la ley derivará en la aceptación y generalización de la expresión *violencia de género*. Los medios de comunicación tienen un peso importante en la extensión del término, al aceptarlo o rechazarlo. Así, por ejemplo, el 27 de junio de 2004, *La Vanguardia* publicaba una noticia en la que se afirmaba que en la versión actualizada de su *Libro de redacción* se proscribía la fórmula *violencia de género* por ser un anglicismo incorrecto, y se proponen como soluciones *violencia doméstica*, *violencia sexista* o *violencia contra la mujer* (en Casasús, 2004 b).

A partir de los datos obtenidos de la consulta de los periódicos *El País* y *El Mundo* / *Castellón al día* de los meses de junio y julio de 2004 —estableciendo una separación previa y posterior al 25 de junio de 2004, fecha de la aprobación definitiva del proyecto de ley con el título de *Ley orgánica integral de medidas contra la violencia de género*—, se desprende la siguiente conclusión: sigue siendo habitual el empleo de *violencia doméstica* y de *violencia contra las mujeres*, si bien el término *violencia de género* aumenta progresivamente su uso (obsérvese la diferencia en los porcentajes entre la primera y la segunda tabla: la expresión *violencia de género* pasa de una frecuencia de uso del 11'70% al 25'47% en tan sólo unos días).¹⁴ Habrá que esperar, no obstante, al paso del tiempo, para comprobar si, efectivamente, el título de la ley favorece la extensión y popularización del anglicismo.

Desde el 04/06/04¹⁵ hasta el 24/06/04 (*El País* y *El Mundo*)

Violencia de género	20	11'70%
Violencia doméstica	86	50'29%
Violencia contra / sobre las mujeres	58	33'92%
Violencia por razón de sexo	1	0'58%

14. No se han tenido en cuenta para el cómputo total los casos en los que las expresiones se usan para denominar la ley: ley contra la violencia sobre la mujer, ley contra la violencia doméstica, ley contra la violencia de género y ley contra la violencia machista.

15. Se ha iniciado la consulta a partir del 4 de junio de 2004 por ser ésta la fecha en la que el Gobierno aprobó el anteproyecto de ley con el título *Ley orgánica de medidas contra la violencia ejercida sobre las mujeres*.

Violencia machista	3	1'75%
Violencia sexista	2	1'17%
Violencia masculina	1	0'58%
Total de ejemplos	171	100%

Desde el 25/06/04 hasta el 15/07/04 (*El País* y *El Mundo*)

Violencia de género	27	25'47%
Violencia doméstica	40	37'74%
Violencia contra / sobre las mujeres	25	23'58%
Violencia machista	11	10'38%
Violencia familiar	2	1'89%
Violencia intrafamiliar	1	0'94%
Total de ejemplos	106	100%

Hoy por hoy, la polémica sigue vigente y hay quienes, a través de la burla, quieren manifestar su clara oposición a la «violencia lingüística» que se está cometiendo:

Al hablar de «violencia de género», se incurre en grave error, ya que, siendo una categoría gramatical, solo es definible como «la fuerza injusta y desproporcionada que se ejerce contra un gerundio, un participio pasado o un morfema». Que la hay a diario en todos los medios de comunicación. Y es porque en español el «género» es, más propiamente, una mercancía y, en particular, una tela. De este modo, solo existe verdadera violencia de género cuando, por ejemplo, un hombre golpea a su mujer –o viceversa– con un rollo de algodón, percal, tafetán u otro textil. «Mata su cónyuge a golpes de organdí»: eso es violencia de género. También hay violencia de género en ciertas situaciones específicas. «Asesinado un poeta por su mujer»: eso es género lírico. «Muerto un niño a patadas por su padre»: eso es género chico. (Samper Pizano, 2004)

Desde que a la paliza la llamamos violencia de género uno se siente más descansado cepillando a la hembra, más satisfecho y más justiciero. Cuando las leyes tienen nombres raros lo que pasa es que no se aplican, que en España hay mucha pereza funcionaria. (Umbral, 2004: 72)

7. Conclusiones provisionales

A lo largo de las páginas anteriores se ha mostrado cómo el nombre de una ley genera, en este caso, todo un debate lingüístico en torno a la corrección de uso del sintagma *violencia de género*. Su presencia en el título de la ley ha suscitado los recelos de los académicos de la lengua, los cuales manifiestan claramente una actitud que se podría denominar «purista» frente a la introducción de anglicismos.

Con el propósito de ilustrar esta polémica, se han recopilado argumentos, extraídos de los medios de comunicación escritos, a favor y en contra de la expresión. Adicionalmente, se ha realizado un cómputo de las ocasiones en las que aparece la secuencia en los periódicos *El País* y *El Mundo* en los intervalos temporales comprendidos entre el 4 de junio y el 24 de junio de 2004, y entre el 25 de junio y el 15 de julio de 2004, con el fin de averiguar si la denominación del proyecto de ley ha contribuido a la expansión del término.

Las dos posturas enfrentadas en esta polémica son: por una parte, la de la RAE, que rechaza el uso de la expresión *violencia de género* en español, dado que el significado del término *género* no equivale a «sexo»; por otra parte, la de aquellas personas que pertenecen al ámbito académico de los Estudios de Género, las cuales defienden la utilización de dicho término con un significado de categoría sociológica, diferente al de *sexo* como rasgo biológico. Los primeros basan su argumentación en que tal utilización de la palabra *género* se debe a una mala traducción del inglés por parte de personas poco preocupadas por el uso correcto de la lengua, a lo que añaden que el idioma español dispone de suficientes medios para nombrar cualquier concepto sin necesidad de recurrir a otra lengua. Los segundos, en contraposición, invocan la tradición del empleo del término, tanto en la investigación académica como en los medios de comunicación españoles, para defender su postura.

La variación en la secuencia –*violencia de género*, *violencia doméstica*, *violencia contra las mujeres*, *violencia sexista*, etc.– se hace patente, principalmente, en los medios de comunicación escritos, que, si bien en un primer momento respetaron el consejo académico y, por tanto, priorizaron las expresiones *violencia doméstica* y *violencia contra las mujeres*, en poco tiempo han aumentado, de un modo consciente o no, el uso de *violencia de género*, término aceptado, finalmente, por el Gobierno en su nuevo proyecto de ley.

Indudablemente, la denominación por parte del Gobierno español del proyecto de ley como *Ley orgánica integral de medidas contra la violencia de género* ha propiciado un incremento del uso de la expresión *violencia de género*, de lo que se desprende que el Gobierno se ha convertido involuntariamente en un factor determinante en la resolución del debate. Probablemente, tal decisión constituye un punto de inflexión a favor de la total generalización del uso de la expresión.

En última instancia, los medios de comunicación, debido a su influencia lingüística reconocida en la actualidad, jugarán un papel determinante en la propagación y aceptación del término entre todos los sectores de la sociedad.

Referencias bibliográficas

- ALCINA FRANCH, J.; J. M. BLECUA (1991 [1975]): *Gramática española*, Barcelona, Ariel.
- ÁLVAREZ, R. J. (2004): «Una ley en femenino y plural», *El Mundo*, 5 de junio, 34.
- ÁLVAREZ VELASCO, F. (2004): «Hablemos de sexo», *El Comercio Digital*, Opinión, 25 de junio, <www.elcomerciodigital.com>, [24/06/04].
- BAYÓN, M. (2004): «Caldera ofrece “amplio consenso” para la ley contra la violencia sexista», *El País*, Sociedad, 23 de junio, 29.
- CAMPANY, J. (2004): «La violencia del macho», *ABC*, Opinión, 26 de junio, 7.
- CASASÚS, J. M. (2004 a): «No todo sinónimo es digno de encomio», *La Vanguardia*, El Defensor del Lector, 11 de enero, <www.lavanguardia.es>, [29/06/04].
- (2004 b): «De qué violencia hablamos», *La Vanguardia*, Opinión, 27 de junio, <www.lavanguardia.es>, [29/06/04].
- DE ANDRÉS CASTELLANOS, S. (2001): «¿Violencia de género?», *El cajetín de la Lengua*, 5 de junio, <www.ucm.es/info/especulo/cajetin>, [24/06/04].
- DE LA CUADRA, B. (2004): «El Poder Judicial rechaza por un voto la ley contra la violencia sobre la mujer», *El País*, Sociedad, 25 de junio, 29.
- DRAGO, T. (2004): «Género, sexo y machismo en La Real Academia», *Inter Press Service News Agency*, 28 de mayo, <www.ipsnoticias.net>, [31/05/04].
- FRAGUAS, A. (2004): «Casi dos millones de maltratadas», *El País*, Sociedad, 26 de junio, 30.
- GALA, A. (2004): «Violencia familiar», *El Mundo*, Castellón al día / Opinión, 27 de junio, 3.
- GIL CALVO, E. (2004): «Género», *El País*, 5 de julio, 20.
- GÓMEZ, J. (2004): «Sexo sí, género no», *Convenio la Insignia / Rel-UITA*, 31 de mayo, <www.rel-uita.org>, [29/06/04].
- GONZÁLEZ, S. (2004): «¿Por qué lo llaman género cuando quieren decir sexo?», *Diario Vasco*, Opinión, 7 de julio, <www.diariovasco.com>, [12/07/04].
- GRIJELMO, Á. (2000): *La seducción de las palabras*, Madrid, Taurus.
- IZQUIERDO, L. (2004): «EL NOMBRE. Un término más “internacional”», *La Vanguardia*, Sociedad, 26 de junio, 31.

- LAMARCA LAPUENTE, CH.** (2004): «La R.A.E. y el monopolio del género... gramatical», *El cajetín de la Lengua*, 31 de mayo, <www.ucm.es/info/especulo/cajetin>, [24/06/04].
- LÁZARO CARRETER, F.** (2000): «Vísperas navideñas», *El País*, El dardo en la palabra, 3 de diciembre, 15. Reimp. en (2003): *El nuevo dardo en la palabra*, Madrid, Aguilar. 115-118.
- MARÍN, M.** (2004): «El Gobierno mantiene el desigual trato penal al hombre y la mujer en la ley de violencia de género», *ABC*, Nacional, 26 de junio, 10.
- MOLINER, M.** (1998 [1967]): *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos.
- MORÁN, P.** (2004): «Se llama violencia de género», *La Voz de Asturias*, Opinión, 18 de junio, <www.lavozdeasturias.com>, [29/06/04].
- NIEVA DE LA PAZ, P.** (2004): «Sobre sexo y género», *El País*, Cartas al Director, 1 de junio, 13.
- NOGUEIRA, CH.** (2004 a): «El Gobierno dedicará más de 400 juzgados a los casos de violencia doméstica», *El País*, Sociedad, 3 de junio, 26.
- (2004 b): «El Gobierno ataca la violencia doméstica con medidas sociales, penales, educativas y laborales», *El País*, Sociedad, 5 de junio, 32.
- (2004 c): «El Gobierno mantendrá el agravamiento de penas para los hombres violentos», *El País*, Sociedad, 19 de junio, 32.
- (2004 d): «Género al fin», *El País*, Sociedad, 26 de junio, 28.
- OROZ, A.** (2004): «Sexo, genética y género», 13 de julio, <www.elcastellano.org>, [14/07/04].
- PÉREZ-REVERTE, A.** (2004): «Patente de corso. Mis imágenes me miman», *El Semanal*, 30 de mayo, <www.capitanalatraste.com>, [12/07/04].
- PÉREZ ROYO, J.** (2004): «Debate absurdo», *El País*, 26 de junio, 21.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA** (2001): *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe.
- (2004): «Informe de la Real Academia Española sobre la expresión *violencia de género*», 19 de mayo, <www.rae.es>, [31/05/04].
- (s.f.): *Corpus de referencia del español actual* [CREA], <www.rae.es>.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F.** (2004): «Violencia que no es de género», *ABC*, Opinión, 23 de junio, <www.abc.es>, [12/07/04].
- SAMPER PIZANO, D.** (2004): «Sexo, violencia y lengua», 15 de junio, <www.terra.com.co/humor/columna>, [24/06/04].
- UMBRAL, F.** (2004): «Violencia de género», *El Mundo*, Castellón al día, 28 de junio, 72.
- VÁZQUEZ MARTÍ, L.** (2004): «Machismo», *El País*, Cartas al Director, 28 de junio, 13-14.
- ZARZALEJOS, J. A.** (2004): «Temeridad», *ABC*, Opinión, 27 de junio, 5.

ANEXO

Cambios de nombre en la ley:

1. *Ley integral contra la violencia de género*: con este nombre llegó por primera vez a la mesa del Consejo de Ministros en su primera reunión ordinaria, el 23 de abril de 2004, y se aprobaron las líneas generales de la ley.
2. *Ley orgánica integral de medidas contra la violencia ejercida sobre las mujeres* (4 de junio de 2004): al aprobar el anteproyecto de ley, pasó a denominarse de esta forma –unos días después de que la Real Academia Española recomendara el uso de la expresión *violencia doméstica* y no de *género*.
3. *Ley orgánica integral de medidas contra la violencia de género* (25 de junio de 2004): retorna a su nombre original para atender las peticiones de Grupos Parlamentarios y de sectores e instituciones con experiencia en el trabajo de lucha contra la violencia que sufren las mujeres.

Reseñas / Book Reviews

Cinematergrafía. La madre en el cine y la literatura de la democracia.

Col·lecció Sendes. Castellón: Universitat Jaume I / Ellago Ediciones, 2004.

Pp. 268. ISBN 84-95881-42-X (Ellago) – ISBN 84-8021-493-7 (U. Jaume I).

Reseñado por María Moliner Marín, Universidad de Salamanca.

La obra de María José Gámez Fuentes, *Cinematergrafía, la madre en el cine y la literatura de la democracia*, pretende llenar el vacío existente hasta bien entrados los años noventa de investigaciones precisas y rigurosas sobre la figura de la mujer en el arte. Su estudio se centra concretamente en las diferentes imágenes de la madre que aparecen en obras literarias y fílmicas españolas de 1975 a 2000, y sus repercusiones en el campo de la cultura y de lo social complementariamente. La originalidad con respecto a otros estudios comparativos estriba en que, en el *corpus* de obras analizadas, son mayoría aquellas dirigidas o escritas por mujeres que las realizadas por hombres, es decir, se ha tenido en cuenta el punto de vista de la mujer. Tal vez por ello, la expectativa del lector vaya más allá de la pretendida por la autora: posiblemente un estudio más profundo hubiera conducido a conclusiones más satisfactorias si no se hubiera limitado exclusivamente a realizar un trabajo descriptivo de la figura de la madre y se hubiera explorado el tratamiento diferenciado que ésta recibe por

parte de sus creadores, dependiendo de si éstos son hombres o mujeres.

Como señala la autora en la introducción, *Cinematergrafía* es una aportación dentro de los Estudios Culturales. En efecto, se trata de una obra interdisciplinar en la que se evidencian las injerencias de la política en el arte, la influencia de la historia en la literatura y las repercusiones de todo ello en las imágenes que se transmiten de la madre, mostrando así el nivel de complejidad de las diversas manifestaciones culturales en la sociedad. Para ello, comienza con un primer *corpus* teórico que comprende los tres primeros capítulos, a partir de los cuales expone los antecedentes históricos, psicoanalíticos y culturales en los que se fundamentará el análisis práctico de las obras literarias y fílmicas. Sin embargo, como marco teórico introductorio resulta demasiado amplio y un tanto desligado del posterior desarrollo del análisis central de esta monografía. Así, a lo largo de lo que podríamos considerar la primera parte del estudio, se indaga en la historia reciente de España (primer capítulo), concretamente de la España

franquista, para exponer no sólo la ruptura que supuso el avance de los logros de la emancipación femenina conseguidos durante la República, sino sobre todo la manipulación de la figura de la madre, a la que se asocia con la “madre” patria, utilizada como propaganda franquista a partir del adoctrinamiento instrumentalizado a través de la Sección Femenina. En el capítulo segundo, “Antecedentes psicoanalíticos”, la autora explora el cuestionamiento desarrollado por la Crítica Feminista a los planteamientos freudianos sobre la construcción sexual del sujeto, las fases que preceden al complejo de Edipo y las variables necesarias para la diferenciación del sujeto respecto de la madre y del exterior. Se presentan a continuación las aportaciones de Jacques Lacan a los presupuestos freudianos: la invalidez de estos para el análisis psicoanalítico del proceso diferenciador femenino y la importancia de la fase del espejo para el conocimiento de la mujer a partir de la imagen que del mundo exterior se ofrece de ella misma. En el tercer capítulo, se realiza una revisión de los antecedentes culturales que han conducido a la actual situación; se indaga básicamente en las aportaciones de la Crítica Feminista al Psicoanálisis y al estudio de la Crítica Literaria, para concluir con la afirmación de que no existe un discurso propiamente femenino en el cine y en la literatura porque las imágenes imperantes son fruto de construcciones culturales patriarcales, un hecho que puede aplicarse a todos los ámbitos de la cultura

y el arte. No obstante, libros como el que estamos reseñando ayudan a ser optimistas en cuanto a la posibilidad de que esta situación cambie en un futuro próximo.

La segunda parte del estudio, la aplicación práctica a la novela y al cine del aparato teórico analizado en la primera, se divide a su vez en tres partes bien diferenciadas, justificadas por la época en que aparecieron los objetos de estudio: franquismo, transición y democracia. En ellas se percibe un cambio drástico en cuanto al uso y abuso de la figura materna en las diferentes décadas en que se podrían simplificar los veinticinco años que abarca el estudio. Se comprueba que las imágenes de la mujer, y más concretamente de la madre, van evolucionando a medida que la sociedad española madura, al tiempo que su valor simbólico se transforma paralelamente al cambio de régimen. Sin embargo, este desarrollo de la mujer y del proceso democrático no es correlativo, sino que los derechos de las primeras, su aparición en la esfera pública y, en definitiva, la supuesta igualdad, quedan relegados.

Las tres partes en que se divide la aplicación práctica del monográfico oscilan del estudio exclusivo de la figura materna en el cine (capítulo 4) a la importancia casi exclusiva de las figuras femeninas en la novela (capítulo 6), con lo que se produce un desequilibrio estructural que afecta a la exposición de las conclusiones. El hecho de que no se justifique explícitamente la elección para el análisis de obras reali-

zadas por autores o autoras contribuye al mencionado desequilibrio: un enfoque específico en obras femeninas y masculinas en su contraste habría proporcionado a este estudio una mayor consistencia a la hora de reforzar la tesis que se desarrolla.

A pesar de la cantidad de imágenes maternas que aparecen y del intento por parte de la autora de presentar una interpretación abierta de la imagen de la madre, no se alcanza a realizar una problematización convincente de tales representaciones, debido a que se construyen en exceso a símbolos político-sociales, con lo que se tiende a una cierta simplificación: el enfoque dado a la película *Furtivos* constituiría un ejemplo de la, en ocasiones, excesiva visión monológica del texto.

La importancia de estudios de carácter feminista y cultural estriba en el intento de proporcionar una visión de la figura femenina que subvierta las construcciones ideológicas masculinas sobre la misma. En este sentido, la obra de Gámez Fuentes constituye una aportación destacada dentro de los estudios orientados a la búsqueda de la reescritura a partir de nuevos discursos. Así pues, se muestra el carácter plural e híbrido que subyace a las experiencias de la maternidad y de la feminidad, abordando el lesbianismo y la bisexualidad como parte integral de las mismas.

La recuperación de lo materno desde perspectivas no reduccionistas permite calificar el presente libro de investigación abierta, dado que no expone el *corpus* total y cerrado de imágenes femeninas; por otro lado,

ofrece una alternativa al análisis de la figura femenina que resalta el potencial existente en la utilización de una revisión sincrónica y diacrónica en la construcción de nuevas narrativas.

Consideramos que un estudio de esta calidad merecería haberse ubicado en una esfera de divulgación más generalista que el de una colección feminista, a pesar de su orientación expresa, para evitar su posible marginación al encuadrarlo dentro de un ámbito excesivamente específico. Se trata de una obra de referencia en el campo de los Estudios Culturales y Feministas que ahonda en la problemática de la representación social de la mujer y propone líneas novedosas de investigación y análisis que sin duda contribuirán al enriquecimiento de la disciplina en cuestión.

Normas de publicación CLR

0. Consideraciones generales. Política editorial

CULTURA, LENGUAJE Y REPRESENTACIÓN. CLR es una publicación de carácter científico-académico, de periodicidad anual, dedicada a la investigación en el área de los Estudios Culturales. Cada número aborda de manera monográfica alguno de los espectros relevantes de las representaciones de la cultura en sus diferentes manifestaciones (social, política, educativa, artística, histórica, lingüística, etc.), poniendo un especial énfasis en los acercamientos interdisciplinares e innovadores en el análisis de las mismas.

Su objetivo consiste en la divulgación de propuestas relevantes para la comunidad científica internacional dentro de la disciplina de los Estudios Culturales, para lo cual expresa su compromiso con la publicación de contribuciones originales y de alto contenido científico, siguiendo los parámetros internacionales de la investigación humanística.

La aceptación de artículos para su publicación estará condicionada al dictamen positivo de dos evaluadores externos. La presentación de un trabajo para su evaluación implica que se trata de material no publicado previamente y que no se encuentra en fase de evaluación para otra publicación.

En el caso de que un artículo previamente publicado en *Cultura, Lenguaje y Representación* quisiese ser publicado por su autor en otro medio, el mismo deberá mencionar a esta revista como lugar de publicación original. Para cualquier duda al respecto se recomienda consultar con la Dirección de la Revista.

1. Presentación de originales

- Los originales podrán presentarse en español o inglés.
- La extensión de los artículos no sobrepasará las 20 páginas a doble espacio.
- Las reseñas de publicaciones relevantes no superarán las 3 páginas.
- Se adjuntarán 2 copias en papel de las contribuciones, así como un diskette de 3.5" para PC y documento de WORD o RTF.

2. Información personal

La información personal y de contacto del autor aparecerá en una hoja aparte. Se incluirá la siguiente información: a) Título del artículo; b) Nombre y apellidos del autor; c) Institución de trabajo; d) Dirección postal de contacto; teléfono; fax.; dirección de correo electrónico.

3. Formato

- Los originales deberán estar mecanografiados a doble espacio, justificados, con letra Times New Roman, 12.
- Para las notas se utilizará la letra Times New Roman, 10 e interlineado sencillo. En ningún caso se utilizarán las notas al pie para acomodar las citas bibliográficas.

4. Citas

- Se utilizarán comillas españolas en la siguiente gradación (« “ ‘ ’ ») cuando el texto citado no supere las cuatro líneas.
- Para las citas de cuatro líneas o superiores se deberá indentar el texto y separarlo del resto del texto mediante un retorno.
- Se utilizará el sistema de citas abreviadas, incorporadas en el cuerpo del texto, utilizando el siguiente formato: Said (1993: 35); (Bhabha, 1990: 123).
- Cuando existan referencias a más de un autor dentro de un paréntesis, las mismas deberán ir separadas por un punto y coma y ordenadas cronológicamente.
- Las omisiones textuales se indicarán por puntos suspensivos entre corchetes [...]; igualmente, los comentarios del autor dentro de una cita irán entre corchetes.

5. Referencias bibliográficas

- En el apartado de “Referencias bibliográficas” deberán aparecer obligatoriamente todas las obras citadas en el texto.
- Los apellidos e inicial del nombre irán en letra versal.

a) Libros

SAID, E. W. (1978): *Orientalism*, Harmondsworth, Penguin.

b) Dos o más autores

DU GAY, P.; S. HALL; L. JANES; H. MACKAY; K. NEGUS (1997): *Doing Cultural Studies: the Story of the Sony Walkman*, London, Sage / The Open University.

c) Libros con editor

HALL, S.; D. HOBSON; A. LOWE; P. WILLIS (eds.) (1980): *Culture, Media, Language*, London, Hutchinson.

d) Artículos en publicación periódica

NADIN, M. (1984): «On the Meaning of the Visual», *Semiotica*, 52: 45-56.

BURGESS, A. (1990): «La hoguera de la novela», *El País*, 25 de febrero, 1-2.

e) Capítulo de libro colectivo

HALL, S. (1980): «Encoding/Decoding» en HALL, S.; D. HOBSON; A. LOWE; P. WILLIS (eds.) (1980): *Culture, Media, Language*, London, Hutchinson. 128-138. Cuando el libro colectivo aparece citado en la bibliografía es suficiente con hacer la referencia abreviada:

HALL, S. (1992): «The West and the Rest» en HALL, S.; B. GIEBEN (eds.) (1992: 25-37).

f) Año

Cuando exista más de una publicación del mismo autor y del mismo año, se indicará por medio de una letra minúscula en cursiva, separada del año por un espacio.

Lukács, G. (1966 *a*): *Problemas del realismo*, México, FCE.

— (1966 *b*): *Sociología de la literatura*, Barcelona, Península.

Para cualquier información o consulta adicionales sobre CLR (volúmenes anteriores, próximas entregas, colaboraciones, adquisiciones, etc.) pueden acceder a la página web de la Revista: www.clr.uji.es

o ponerse en contacto con la Dirección de la misma:

José Ramón Prado Pérez - prado@ang.uji.es

José Luis Blas Arroyo - blas@fil.uji.es

Guidelines for publication CLR

0) Notes to contributors. Editorial Policy

CULTURE, LANGUAGE AND REPRESENTATION. CLR is an annual scholarly publication devoted to the discipline of Cultural Studies, whose scope is aimed at the international academic community. Each issue deals monographically with a relevant aspect of the representation of culture in its various manifestations (social, political, educational, artistic, historical, linguistic, etc.), encouraging interdisciplinary and innovative approaches in the field of cultural research. The Journal is committed to academic and research excellence by publishing relevant and original material that meets high scientific standards.

Submission of a paper will be taken to imply that it is unpublished and is not being considered for publication elsewhere. Articles will undergo an independent evaluation by two external referees, who will advise the Editors on the suitability of their publication.

Publication elsewhere of an article included in *Culture, Language and Representation* requires that the author acknowledge that it has first appeared in the Journal. If in doubt, authors are advised to contact The Editors.

1) Manuscript submissions

- Contributions may be written in English or Spanish.
- The length of the articles should not exceed 20 pages, 6500 words approximately.
- Book reviews will be 3 pages, 650 words approximately.
- Submissions should be made in a 3.5" diskette (WORD or RTF document for PC), accompanied by 2 double-spaced printouts.

2) Personal information

Personal and contact information of the contributor must appear on a separate sheet, including the following: a) Article title; b) Full name of contributor; c) Institutional affiliation; d) Contact address; telephone number; fax.; e-mail address.

3) Layout

- Manuscripts should be double-spaced and justified throughout, using Times New Roman, 12 points fonts.
- Footnotes will be single-spaced, using Times New Roman, 10 points fonts. Avoid the use of footnotes to indicate bibliographical references.

4) Quotations

- Use Spanish quotation marks in the following sequence (« “ ‘ ’ ” ») for quotes not exceeding 4 lines.
- Quotations longer than 4 lines should be indented in a new paragraph.

- References must be incorporated in the body of the text, using the following model: Said (1993: 35); (Bhabha, 1990: 123).
- When reference is made to more than one author in a parenthesis, these should be separated by a semicolon and arranged chronologically.
- Textual omissions will be indicated by suspension points in square brackets [...]; authorial commentary in a quoted text will also appear in square brackets.

5) Bibliographical references

- All works cited in the text must appear in the “Works cited” section.
- Surname and initial of the author(s) should appear in SMALL CAPS.

a) Books

SAID, E. W. (1978): *Orientalism*, Harmondsworth, Penguin.

b) Two or more authors

DU GAY, P.; S. HALL; L. JANES; H. MACKAY; K. NEGUS (1997): *Doing Cultural Studies: the Story of the Sony Walkman*, London, Sage / The Open University.

c) Book by an editor

HALL, S.; D. HOBSON; A. LOWE; P. WILLIS (eds.) (1980): *Culture, Media, Language*, London, Hutchinson.

d) Article in a Journal or Periodical.

NADIN, M. (1984): «On the Meaning of the Visual», *Semiotica*, 52: 45-56.

BATE, J. (1999): «A genius, but so ordinary», *The Independent*, 23 January, 5.

e) Chapter or section in a collective book

HALL, S. (1980): «Encoding/Decoding» in HALL, S.; D. HOBSON; A. LOWE; P. WILLIS (eds.) (1980): *Culture, Media, Language*, London, Hutchinson. 128-138.
When the collective book already appears in the “Works cited”, a short reference might be used:

HALL, S. (1992): “The West and the Rest” in HALL, S.; B. GIEBEN (eds.) (1992: 25-37).

f) Year

When there are two or more works by the same author with the same publishing year, they should be listed adding a correlative letter in italics, separated by a space from the year.

Eagleton, Terry (1976 *a*): *Criticism and Ideology*, London, New Left Books.

— (1976 *b*): *Marxism and Literary Criticism*, London, Methuen.

For any further information about CLR (previous volumes, forthcoming issues, Calls for Papers, purchases, etc.) you may visit the Journal’s web page at: www.clr.uji.es or contact the Editors: José Ramón Prado Pérez - prado@ang.uji.es
José Luis Blas Arroyo - blas@fil.uji.es

Boletín de subscripción CLR / *Order form CLR*

Si tiene interés en recibir alguno de los números de la revista o subscribirse a la misma, háganos llegar su datos:

If you are interested in taking out a subscription to the Journal, or receiving any separate volume, fill in the following form:

Nombre:

Name:

Apellidos:

Surname:

Domicilio:

Postal address:

Localidad:

City:

Código postal:

Postcode:

País:

Country:

Correo electrónico:

e-mail address:

Volumen / volúmenes:

Volume/s:

Subscripción anual:

Annual Subscription:

Número de copias:

Number of copies:

Precio por unidad: 12€. Método de pago: contra reembolso.

Price per item: 12€. Method of payment: pay on delivery.

Igualmente, puede hacer su pedido en la página web de la Revista: www.clr.uji.es

You may make your purchase by accessing the Journal's web page: www.clr.uji.es

Enviar a: / *Forward this form to:* Universitat Jaume I
Servei de Comunicació i Publicacions
Campus del Riu Sec - Edifici Rectorat
12071 Castelló de la Plana - Spain

Contribuciones para CLR

Volumen 3

El volumen estará dedicado al tema de la cortesía verbal desde una perspectiva cultural.

El fenómeno de “la cortesía”, entendido como un principio interaccional de la comunicación podrá abordarse desde diferentes perspectivas teóricas y metodológicas (estudios pragma-lingüísticos, conversacionales, semióticos, interculturales, ideológicos, etc.).

Entre los posibles acercamientos a este concepto, las contribuciones podrán examinar: las implicaciones ideológicas derivadas de la implementación de estrategias de cortesía en distintas culturas, sociedades o grupos, así como en contextos culturales cambiantes; cómo el ejercicio de la cortesía puede contribuir a crear, definir / redefinir o reforzar las relaciones de poder entre individuos y colectivos, y las de estos con el medio; cualquier tema relacionado con la cortesía desde una perspectiva cultural. La cuestión final a desarrollar sería: de qué manera puede articularse una política de la cortesía.

Los artículos y reseñas de libros deberán seguir las Normas de Publicación de la Revista.

Para cualquier tipo de información adicional, pueden ponerse en contacto con la Dirección de la Revista o acceder a su página web:

www.clr.uji.es

El límite para la presentación de los originales será el 31 de agosto de 2005.

Call for contributions CLR

Volume 3

The volume will be devoted to the issue of “Politeness” from a cultural standpoint.

Politeness, regarded as a basic interactional principle of communication, may be approached from a wide range of theoretical or analytical perspectives: pragmatics / linguistics, discourse analysis and conversation, semiotics, diachronic studies, intercultural processes, etc.

Articles may address: the ideological implications derived from the implementation of politeness strategies in different cultures, societies, or groups, as well as in changing cultural contexts; how politeness may contribute to the creation, definition / redefinition, reinforcement of power relations between individuals and collectives, and of those with their environment; other approaches to the issue of politeness from a cultural perspective. The ultimate question to be posed would be: how is a politics of politeness to be articulated?

Articles and book reviews should follow the Journal’s Guidelines for Publication.

For any further information you may contact The Editors, or visit the Journal’s web Page: www.clr.uji.es

Deadline for submissions is 31 August 2005.